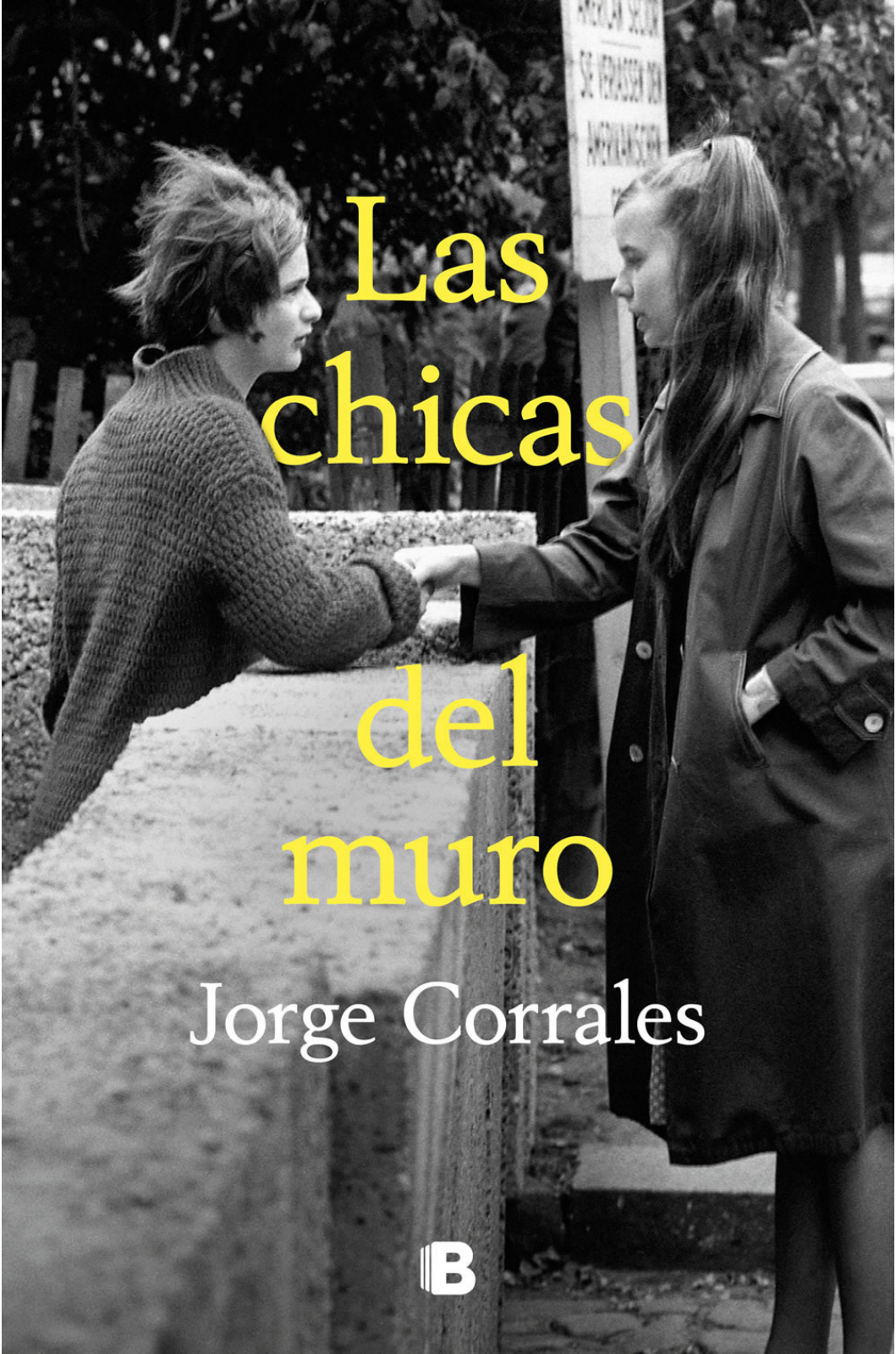

Las chicas del muro

Jorge Corrales

Las chicas del muro

Jorge Corrales

Para Daniel, por enseñarme el lenguaje
de las historias.

Para Maia, la primera y última estrella
de mi día.

Para Ana, por abrir su bolso de cuadros
una noche de diciembre y enseñarme que Berlín no
cabe en 37 minutos de amor.

Querido lector:

En este libro vas a encontrar dos historias. Una tiene lugar en 2019 y podríamos decir que se mantiene en el campo de la ficción. Sin embargo, la historia que se narra en 1961 es totalmente real.

Entre ambas hay un muro.

Te ruego que intentes saltar ese muro.

Ningún muro puede retener una buena historia, real o de ficción.

Ni tampoco una buena amistad.

Willkommen in Berlin.

BERLÍN OESTE

We can be heroes, just for one day
We can be us, just for one day.

DAVID BOWIE

ELENA

Hay fotografías que cuentan toda una historia.
Dos amigas se despiden frente al Muro de Berlín a medio construir.
Una se queda en el Este; la otra, en el Oeste.
Pero hay historias que no caben en una fotografía.
Y esta foto no es lo que parece.

La belleza de una buena fotografía no está en lo que muestra, sino en aquello que oculta. Elena lo comprendió la tarde que vio por primera vez la foto. Era como una pregunta sin responder.

Dos chicas.

Una despedida.

El Muro de Berlín a medio construir.

Unas manos sostenidas sobre los ladrillos, sobre la frontera, sobre el tiempo.

Sus ojos se concentraban en la fotografía, pero no para disfrutar de los detalles, quería saber qué se ocultaba detrás.

El Muro,
sus caras,
sus manos,
el soldado,
la calle,
el Muro.

La observaba una y otra vez, intentando descubrir qué significaba. Qué significaba realmente, porque el cartel que acompañaba la foto expuesta en el museo ya aclaraba lo obvio: «23 de agosto de 1961. Dos mujeres juntan sus manos sobre el Muro de Berlín en el límite entre Neukölln y Treptow. Fuente: Revista *Stern*». Algo había que la atraía magnéticamente y le impedía despegar su mirada de aquellas dos chicas.

Entonces, sin entender por qué, escuchó una frase en su cabeza: «A ti lo que te gusta es sentarte y mirar».

Era una vieja frase que hacía mucho tiempo que no oía. Una tonadilla que repetía una y otra vez su abuela. Elena la recuerda siempre cogida de su mano. Si iban a un parque o a unos columpios, se quedaba junto a ella. Sentadas las dos en un banco, frente a la marabunta de chicos que reían, escalaban y se perseguían, Elena no se movía de su lado pese a los intentos de su abuela para que fuera a jugar con los otros niños. Entonces era cuando le dedicaba aquel repiqueteo que tantas veces escuchó.

—A ti lo que te gusta es sentarte y mirar.

Y a continuación venía la mejor parte. Su abuela, en un tono entre orgulloso y crítico, terminaba con la coletilla:

—Como a mí.

Lo cierto es que su abuela no se equivocaba. Lo que más le gustaba a Elena era sentarse y mirar, quizá por eso había decidido aceptar aquella beca del museo de Treptow, en Berlín. Mientras algunos de sus compañeros de Historia del Arte habían firmado contratos con editoriales, fundaciones culturales y otras entidades donde había acción, ella había elegido una beca del museo más pequeño de la lista de destinos. Un museo periférico, alejado de las grandes exposiciones de la Isla de los Museos y del glamour de los artistas de Mitte. Un lugar donde hacer lo que más le gustaba a Elena.

Sentarse y mirar.

Eso era a lo que se dedicaba la mayor parte del tiempo. El pequeño museo de Treptow apenas recibía visitantes, así que Elena disfrutaba de largos periodos de tiempo para pasear por sus tres pequeñas salas y escudriñar las paredes llenas de recuerdos de otras personas, de otras familias, de otras épocas.

Su día favorito para deambular por el museo era el jueves. El jueves por la tarde. No era un día elegido al azar. Era el día del bingo. El museo ocupaba la última planta del centro cívico del

barrio, donde la tarde del jueves se reservaba para jugar al bingo en la planta baja del edificio. El monótono ruido de las bolas chocando entre ellas y el desfile de números pronunciados a voz en grito, por supuesto en un perfecto alemán, era un sonido demasiado estresante para ella. Así que, cada jueves, sobre las cinco de la tarde, Elena se ponía sus auriculares para evitar cualquier interrupción en forma de número veintidós y se levantaba de la mesa en la que habitualmente atendía a los visitantes, dispuesta a recorrer de forma desordenada los apenas cien metros cuadrados del museo. Le gustaba sobre todo observar las fotos de escenas cotidianas, de las gentes del barrio en su vida diaria. Por eso nunca se había detenido en la esquina dedicada al Muro de Berlín.

Cuando las vio por primera vez en sus auriculares sonaba algo que Elena jamás hubiera esperado: música electrónica. En concreto, *Kill for Love*, del grupo Chromatics. En sus años de estudiante, Elena siempre había sido una amante del rock acústico y la música inglesa, pero desde que había llegado a Berlín, hacía un mes y medio, la música electrónica se había ido colando en sus oídos hasta tal punto que formaba parte de su lista de discos más escuchados. Era como si la ciudad se le hubiera metido dentro del cuerpo y hubiera empezado a cambiarla por dentro.

Además, aquella música repetitiva y llena de graves le permitía entrar en un estado de concentración total y quedarse sola con sus pensamientos. Tal y como se encontraba aquella tarde, hasta que una voz la sacó del trance.

—Una fotografía preciosa, ¿verdad?

La voz no era de ningún visitante. Elena sabía que a aquellas horas tan cercanas al cierre solo una persona podía haber entrado en la sala: Dorothea, la conservadora del museo y su jefa directa.

Dorothea había sido su primera conocida de Berlín Este. Desde el principio le impresionó lo mucho que se diferenciaba su comportamiento del que mostraría una «persona formal» en España y en Berlín. El aspecto de Dorothea no era el que cualquiera esperaría en Madrid de alguien de su edad. Debía de rondar los sesenta y, sin embargo, vestía siempre de forma colorida, lejos de las aburridas combinaciones que, por ejemplo, solía llevar su madre. Su pelo gris colgaba en una trenza, igual que el de muchas de las colegialas con las que se cruzaba en el tranvía. Por supuesto, Dorothea iba a todos lados con su vieja bicicleta verde militar. *Die Grüne Minna*, «la mina verde», la llamaban los guardias del museo recordando aquellas antiguas furgonetas verdes de la policía del Oeste. Elena había pasado mucho tiempo con ella desde su llegada a Berlín y, aun así, seguía sin conocerla del todo. El sigilo con el que había entrado en la sala era el mismo con el que hablaba sobre su vida. Con Elena era simpática, generosa y muy educada, pero nunca había traspasado la línea que separaba la vida personal del trabajo.

Elena se quitó los cascos para poder escuchar a Dorothea. Aunque su alemán era muy fluido, las distorsiones en el ambiente le hacían entenderlo peor.

—¿Perdona?

Dorothea se acercó un poco más para admirar junto a Elena la fotografía.

—La fotografía. —Dorothea señaló el retrato de las dos chicas—. Decía que es preciosa. Es la joya de la exposición. Todo el mundo se queda parado al pasar por aquí.

—¿Es el día de la construcción del Muro?

—No creo —respondió Dorothea restándole importancia—. El primer día en realidad no había muro, solo alambrada y soldados por todas partes. Esta foto debió de tomarse un poco después, aunque por las chaquetas puede que se hiciera más

tarde. Aquel verano fue muy caluroso.

Las dos se quedaron calladas un momento.

—La composición es maravillosa. Está todo perfectamente equilibrado —dijo Elena intentando acertar con un comentario a la altura de la capacidad de su jefa.

—Creo que la magia no está en la fotografía, sino en las chicas. Mira su expresión.

—¿Quiénes son las chicas? —preguntó Elena llena de vergüenza, aunque no sabía muy bien por qué.

—Ah... me sorprende que no fuera la primera pregunta —dijo Dorothea con una media sonrisa en el rostro—. Ese es uno de los dos misterios de la foto de las Mauermädchen, las «chicas del Muro». Nadie sabe quiénes son. Probablemente, dos chicas del barrio que aprovecharon para despedirse antes de que se terminara de construir el Muro.

—Pero ¿se podía? O sea, a la gente del Este y del Oeste ¿la dejaban despedirse?

Dorothea soltó una pequeña risita.

—En aquella época había muchas cosas que nadie sabía si se podían o no se podían hacer. Fue un tiempo un poco convulso. Las reglas se iban inventando sobre la marcha... Y ya sabes lo que nos gustan a los alemanes las reglas. Por ejemplo, yo tenía una tía en Berlín Oeste. A veces me daban el pase para ir a visitarla y otras veces no. Nadie sabía por qué, supongo que serían órdenes de la Stasi.

—¿La Stasi?

Elena se extrañó de que el Ministerio para la Seguridad, aquel entramado de espías y funcionarios que controlaban la ciudad, estuviese interesado en una niña.

—Sí, la Stasi lo controlaba todo. Hasta qué le daba de merendar una tía a su sobrina. Lo sé porque lo he visto en mi expediente.

Aquella afirmación desarmó a Elena; no esperaba una

confesión de tal calibre de su jefa, aunque la había hecho como si comentara los turnos de trabajo de la semana siguiente.

—¿Tienes tu expediente de la Stasi? Quiero decir... ¿Cómo es posible?

Dorothea sonrió. Era la primera vez que Elena la veía sonreír así, como si estuviera reprimiendo un chiste.

—Eres una persona con muchas preguntas. Ahora tengo yo una para ti. ¿Sabes lo que es *Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik*?

La cara de Elena mostró en unos segundos que por muy bien que hables el alemán, nunca llegas a estar preparado para una retahíla de palabras como aquella.

—¿El qué?

—El día que cayó el Muro, mucha gente fue directa a la puerta de Brandemburgo para visitar el Oeste, aquello que tanto misterio tenía para nosotros. Sin embargo, un buen alemán nunca olvida su deber como ciudadano. —Hizo una pausa para sonreírle a Elena—. Así que otros muchos se olvidaron del Oeste y se dirigieron al Este, al Este más profundo, al Ministerio para la Seguridad del Estado, la central de la Stasi. Allí se encontraron a cientos de funcionarios quemando y triturando archivos.

Dorothea detuvo un momento la narración para volver a mirar la foto.

—Había tantos archivos que eran incapaces de acabar con ellos. La gente por fin consiguió entrar en el ministerio e interrumpir la destrucción. Encontraron cientos y cientos de bolsas llenas de trocitos de papel. Esas bolsas ahora pertenecen al Gobierno alemán, que ha creado *Der Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik*, donde lleva treinta años reconstruyendo, pedacito a pedacito, cada archivo.

Elena no pudo contener un pequeño gesto de sorpresa.

—Ya te he dicho que somos muy alemanes —añadió Dorothea con cierta sorna.

Pasaron unos segundos hasta que Elena se atrevió a preguntar:

—Y en tu expediente... ¿qué había?

—Nada de particular: mis recorridos, los transportes que cogía, a quién visitaba... Bueno, hay una cosa curiosa. En uno de los expedientes, un informador dice que puede que yo fuera lesbiana. Cuando escribieron eso aún no me había definido sexualmente, debía de tener unos catorce años. Ellos lo supieron antes que yo. Debo reconocerle a la Stasi que empleaba buenos informadores.

Elena conocía la existencia de su pareja, Angelika, ya que Dorothea nunca había tenido reparos en hablar de su homosexualidad, pero Elena advirtió que había traspasado una frontera y había abierto una pequeña rendija hacia su intimidad.

Quizá porque empezaban a hablar de su vida privada o quizá porque tenía cosas que hacer, Dorothea le dijo a Elena que apagase la luz cuando saliera de la sala y que podía marcharse cuando quisiera.

Le dio la espalda y enfiló hacia la salida.

Sin embargo, a mitad de camino se detuvo y volvió a mirar la foto de las Mauermädchen.

—No me has preguntado por el segundo misterio.

Elena volvió a mirar la foto.

—¿Qué?

—Estabas tan concentrada en las chicas que no has visto el segundo misterio. La segunda pregunta que todo el mundo hace.

Elena observaba la imagen, pero no veía nada misterioso en aquellas dos chicas.

—El soldado —le dijo Dorothea señalando al joven de la parte izquierda de la foto—. Buenas noches, Elena.

Mientras Dorothea se marchaba de la sala, Elena se fijó en el soldado. Su rostro casi no se apreciaba en la fotografía, la posición del chico impedía verle la cara. El uniforme no parecía fuera de lo común.

Sin embargo, a Elena le llamaron la atención sus manos.

Se acercó para examinarlas con más detalle.

Había algo entre ellas.

De pronto se dio cuenta y no pudo reprimir lanzar una pregunta en voz alta.

—¿Tiene una flor en la mano?

Pero ya no había nadie en la sala que pudiera responderla. Definitivamente, Elena era una persona con muchas preguntas.

«¿Por qué tenemos más pesadillas cuando estamos solos?». Este fue el primer pensamiento que le vino a la mente a Elena al despertar de su terrible sueño.

Aquella noche entendió por qué los niños corren a la cama de sus padres en plena madrugada. Le hubiera gustado acurrucarse junto a alguien, pero no había nadie más que ella en aquel piso de techos altos y paredes pálidas. El miedo a la pesadilla es casi peor que la pesadilla en sí misma. Elena no quería volver a sufrirla, así que encendió la lamparita de la mesilla. Sabía que ese pequeño gesto haría desaparecer el miedo, pero con él también las ganas de dormir.

A la vez que se iluminaba su cuarto, Elena recordaba el angustioso sueño. Caminaba por una calle en blanco y negro. Sus piernas la conducían hacia algún lugar al fondo del paseo; ella no sabía por qué y no quería ir. De pronto, por fin, entendió qué estaba buscando. Buscaba una mano. La veía allí, solo tenía que acercarse un par de metros. Elena avanzaba y avanzaba, pero el miedo crecía. De repente, su mano encontró algo. Elena lo agarró con fuerza, pero no se trataba de una mano: era un objeto frío y rugoso. Una piedra. No, no era una piedra, era un muro. Un muro que empezaba a crecer bajo su mano. Crecía en dirección al cielo. Elena veía con temor cómo su mano se elevaba junto al muro. Iba subiendo cada vez más y más arriba, por encima de sus hombros, por encima de su cabeza. El muro crecía y crecía, y ella no podía dejar de sujetarlo. Fue entonces cuando empezó a sentir dolor, el muro tiraba de su mano tan fuerte que se la iba a arrancar.

Por suerte, Elena se despertó antes de que se desprendiera

del brazo.

Con la luz encendida comprendió los mecanismos de su cabeza. La foto del museo, aquellas Mauermädchen, se habían quedado grabadas en su subconsciente y le habían jugado una mala pasada.

Eran las cuatro de la madrugada y Elena no sabía qué hacer. Fue a la cocina, o lo que el casero hacía pasar por cocina (un par de placas eléctricas y un horno que no funcionaba), para prepararse una infusión que la ayudara a tranquilizarse.

El recuerdo del Muro todavía continuaba fresco en su cabeza, así que decidió abrir su ordenador y teclear: «Muro de Berlín». Enseguida el buscador la avasalló con un montón de datos.

13 de agosto de 1961
9 de noviembre de 1989
Altura: 4,2 metros
155 kilómetros
125 muertos
Guerra Fría

Pero no eran datos lo que iba buscando Elena. Ella quería fotos, ver imágenes de aquel lugar. Pronto las encontró. Fotos de piedras. Fotos de cemento. Fotos de alambradas. El Muro en toda su extensión. Bloqueando el paso, invadiendo la calle, invadiendo los tranvías, los parques. Era una especie de lengua gigante gris sobre toda la ciudad. Sin embargo, algo le llamó la atención de este grupo de fotos. No eran fotografías de gente. Las imágenes mostraban una arquitectura terrorífica, pero no las personas. Ellas no eran protagonistas. Las personas que aparecían en las fotos eran meros espectadores, simples extras de la función. El Muro también había interrumpido sus historias, pensó Elena.

Entonces tuvo valor para hacer lo que llevaba posponiendo un buen rato.

Tecleó cada letra con lentitud para no equivocarse.

M-A-U-E-R-M-Ä-D-C-H-E-N

No se encontró ningún resultado de *mauermädchen*.
Se mostraron resultados referidos a *zimmermädchen*.

Un resoplido de decepción se escapó de la boca de Elena.

NELLY

Era el 23 de agosto de 1961. El Muro llevaba apenas diez días en la calle Harzer, separando el barrio de Rosie y el de Kriemhild.
Las dos iban juntas al colegio todos los días, pero desde el 13 de agosto no se habían podido ver.
La ciudad estaba dividida, y ellas también.

A la mañana siguiente, el sol había salido en Berlín, y eso era siempre motivo de alegría en una ciudad tan fría. Elena había quedado con su amiga Nelly en un café a mediodía, pero pensó que podría aprovechar la mañana dando una vuelta en bicicleta por las calles y ahuyentar así la pesadilla de la noche anterior. Cogió su bici de segunda mano y se echó a la carretera, vacía a esas horas de la mañana.

Una cosa que le gustaba mucho de Berlín es que la ciudad se detiene los domingos. Como si fuera un trabajador más, Berlín se toma cada domingo el día libre. Las tiendas están cerradas y la vida se retira de las oficinas y los grandes almacenes para ocupar los parques y los cafés. Elena tardó un tiempo en darse cuenta de que, los domingos, el ajetreado tráfico que la despertaba todas las mañanas desaparecía y le dejaba disfrutar de unos minutos más de sueño.

Elena se dirigió al barrio de Prenzlauer Berg, el centro de la vida dominical. Allí se montaba el famoso mercadillo de Mauerpark, en una zona ocupada antes por el antiguo Muro y reconvertida en parque. Aunque Elena era muy fan de los mercadillos, aquel le parecía demasiado grande, demasiado lleno y demasiado turístico. En cambio, adoraba las animadas terrazas de las calles aledañas. En primavera se llenaban de jovencitos tomando bebidas de nombres impronunciables y desayunos tan copiosos que en su casa serían considerados una comida familiar.

Pese a que aún faltaba mucho tiempo para que llegara Nelly, decidió sentarse en un café de la calle Oderberger y leer uno de los periódicos junto a la barra. A veces le sorprendía la relación

de amor y odio que había establecido con la ciudad. Hacía unas horas, mientras temblaba de miedo por la pesadilla, se preguntaba: «¿Qué demonios hago aquí?». Tan lejos de la casa de sus padres, tan lejos de sus amigos, tan lejos de las sonrisas cálidas en el rellano de su puerta. Sin embargo, ahora, sentada en aquel café, se sentía enamorada de la ciudad, de la luz intensa de una mañana de primavera, de las conversaciones joviales a su alrededor, de su vida.

Estaba disfrutando de estos pensamientos cuando una voz, en un atropellado español, los interrumpió:

—Perdón. ¿Soy retrasada? Pensaba que era puntual.

Era Nelly, su tándem para practicar alemán, que acababa de llegar con su habitual entusiasmo desbordante. Según su currículum, Elena no necesitaba estudiar más alemán. El año que estuvo de erasmus en Viena le había proporcionado el suficiente nivel para seguir una clase sobre paisajismo en jardines del siglo XVIII. Sin embargo, al llegar a Berlín se dio cuenta de que el paisajismo le iba a servir de poco para hablar con los berlineses. La gente no tenía un acento tan refinado como en Viena. El primer día que pasó en Berlín se tropezó con una cajera con la que casi tuvo que hablar por señas, porque apenas entendía una de cada dos palabras que decía.

Después de aquel encuentro se dijo que necesitaría a alguien que la ayudara a comprender Berlín y sus berlineses. Aunque, en realidad, lo que no se atrevía a decirse a sí misma era que estaba sola en la ciudad y cualquier compañía era bienvenida.

Y la compañía apareció con nombre exótico: Nelly. Pese a ello, Nelly era una verdadera berlinesa, amante de la libertad, los vegetales y los calcetines de dibujos animados. Se había criado en la parte Este de la ciudad, pero años después de que el Muro hubiera caído. Y su nombre no tenía nada de exótico, pues era la abreviatura de un nombre típicamente alemán: Leonie.

Nelly nunca podría haber pasado por ser hermana de Elena. Eran dos polos opuestos. Con personalidades tan dispares que no podían sino atraerse. No solo en el carácter eran diferentes, tampoco físicamente tenían nada que ver. La espalda de Nelly era dos veces la de Elena. Nelly llevaba el pelo corto y tenía un color de piel que nadie hubiera dicho en un primer vistazo que era del norte de Europa. Se escapaba de cualquier estereotipo.

Así, estas dos chicas tan diferentes se encontraron una mañana de primavera en un café berlinés.

—No eres retrasada —le dijo Elena con un español risueño—, si acaso, estás retrasada.

—Es lo mismo, ¿no? «Ser retrasada», «estar retrasada»... es que llego tarde —contestó Nelly volviendo a su lengua materna.

—La verdad es que no. «Estar retrasado» es «llegar tarde»; «ser retrasado» es... bueno, «no ser muy inteligente» —respondió Elena con cierta vergüenza por si no utilizaba las palabras políticamente correctas al explicarlo.

Nelly aprovechó la aclaración de Elena para sentarse frente a ella.

—Ah, ahora comprendo. «Estar retrasado» es que uno llega tarde una vez, «ser retrasado» es que siempre llega tarde y por eso es imbécil, ¿no?

Elena no pudo evitar una sonrisa.

Lo cierto era que a Nelly aún le faltaba mucho para dominar el español, por eso sus charlas solían discurrir en alemán. Con todo, su afán por aprender el idioma no tenía límite. Siempre intentaba conocer nuevas palabras y utilizarlas en cualquier contexto.

La camarera apareció rauda para tomar nota del pedido de Nelly.

—Yo quiero un *latte macchiato* con leche de avena, por favor, y la carta. Elena, ¿tú quieres algo?

Elena afirmó con la cabeza.

—Sí, por favor. Otro café americano. —A Elena le hacía mucha gracia que en Alemania se llamara así, con el «americano» en español. Por una vez, América no significaba Estados Unidos. Quizá por eso lo pedía siempre.

—¿Dos cafés en una mañana? ¿Hubo fiesta anoche? —le preguntó Nelly con sorna haciendo especial hincapié en la palabra «fiesta» en español.

—Fiesta de pesadillas. He pasado una noche horrible. Todo el rato intentando saltar el Muro.

—¿El Muro? ¿El Muro de Berlín?

—Sí.

—¡Ajá! —dijo Nelly abriendo muchos los ojos—. Ya está, ya lo tienes.

Elena la miró sorprendida.

—¿Tener? ¿El qué?

—El síndrome de Berlín —respondió Nelly, socarrona—. Cuando los nuevos llegáis a la ciudad, Berlín poco a poco se os va metiendo en el cerebro. Como en la película esa de los alienígenas y la traductora.

—*La llegada*.

—¡Esa! Primero empezáis por soñar con el Muro y pronto os ponéis a hablar con *Ick* en vez de *Ich* y compráis Sternburg un martes a las diez de la mañana.

—Muy graciosa. —Elena dijo «graciosa» en español para burlarse de ella—. Pero la verdad es que algo de eso hay.

Sin duda, Elena sentía que algo estaba cambiando dentro de ella. Además de la música electrónica y el gusto por ir a todas partes en bicicleta, su forma de pensar y actuar se estaba transformando. Ella, que siempre había sido una buena estudiante a la que, sin embargo, no le gustaba resaltar, ahora se veía a sí misma de una forma más atrevida, más lanzada. Como si se hubiera desencadenado una mutación en su interior.

Quizá por eso había elegido Berlín como destino. Lo había pensado la primera vez que visitó la ciudad, cuando estudiaba en Viena. Aquellas calles llenas de grafitis y la gente extrañamente vestida le resultaban ajenas, pero, de alguna manera, sintió que allí podría ser... una más.

La camarera apareció con los dos cafés y el menú.

—Gracias. —Elena esperó hasta que se hubo marchado la camarera para comenzar su historia—. Ayer descubrí una fotografía que estoy segura de que es la causa de mis pesadillas. Es la foto de las Mauermädchen. ¿La conoces? —Nelly negó con la cabeza—. Es una foto preciosa y a la vez desgarradora. Dos chicas se despiden agarrándose la mano por encima del Muro a medio construir. Es tristísimo. Esas chicas quizá eran amigas...

Nelly la interrumpió.

—Chisss... No quiero saber nada más.

Elena se quedó extrañada con la actitud de su amiga.

—Estoy segura de que es otra historia de Berlín que acaba mal —continuó Nelly— y no quiero ni una más. Ya tengo el cerebro demasiado lleno de esas historias terribles.

—Pero nadie sabe qué les pasó a esas chicas.

—Ya te lo digo yo. Acabaron mal.

—¿Por qué dices eso? A lo mejor...

Nelly volvió a interrumpirla.

—En Berlín nunca hay un «a lo mejor». Siempre encuentras una historia terrible detrás.

—Bueno... ¿y qué si fuera una historia terrible? A lo mejor las historias terribles también necesitan ser recordadas.

Nelly la miró con cara de incomprensión y un segundo después estaba rebuscando en el bolso. Sacó el móvil y sin mirar a Elena le preguntó:

—¿Cómo se llama esta calle?

—Oderberger —respondió Elena sin entenderla.

Nelly tecleó en su móvil y después le pasó el teléfono a Elena.

—He buscado la primera historia que aparece en Google sobre esta calle. No sé lo que es, pero estoy segura de que será desgraciadísima.

Elena tomó el móvil y comenzó a leer. Era un texto de la página web *Stolpersteine in Berlin*, un sitio donde se recogían los sucesos señalados por las Stolpersteine, las «piedras del tropiezo», una serie de piedras doradas colocadas en el suelo por toda la ciudad para recordar las vida de las víctimas del holocausto. El texto era largo, así que seleccionó los datos más importantes.

> Taube Toni Zenne, nacida como Taube Toni Kanarek en Cieszanow (Polonia), era propietaria de una tienda de telas en la esquina de las calles Oderberger y Bernauer. En 1933, los nazis le prohibieron vender por su procedencia judía. Tuvo que cerrar la tienda. Más tarde obligaron a su hija, Judith, a abandonar los estudios de odontología. En 1939, Taube Toni intentó huir junto con su familia a Inglaterra, pero le denegaron el visado. En algún momento de 1942 fue deportada a Riga. Le envió una carta a su hija el 2 de febrero de ese año.
>
> Después de eso no escribió nada más.

Y por último, una frase que le revolvió el estómago a Elena:

> Fue exterminada en Riga.

Nelly cogió el móvil ante la mirada entristecida de Elena.

—Trágico, ¿verdad? —dijo Nelly—. Pues he tardado un segundo en encontrarlo. Esta ciudad está llena de mierda. Estoy de acuerdo en que se recuerde a las víctimas, pero a mí me resulta muy duro conocer sus historias. Me hacen tener... pesadillas.

Nelly guardó silencio un instante.

—Berlín es así, hay que asumirlo. Está construida sobre mierda. Cada esquina recuerda un momento horrible. ¿Has estado alguna vez en el Museo Judío? —Elena contestó que no —. Es un lugar construido para sufrir. Literalmente. El arquitecto lo diseñó para que sintamos la angustia del pueblo judío. Me llevaron a los diez años. Estuve tres semanas haciéndome pis en la cama.

Nelly se detuvo. A Elena le dio la impresión de que aquella confesión la había hecho sin querer, así que decidió tomar la palabra para suavizar un poco la conversación.

—Pero es mejor eso que no recordar nada, ¿no? En España la gente prefirió olvidar la guerra. Pensaban... —Elena hizo una pausa—, quizá piensan todavía, que esos recuerdos pueden abrir heridas entre familias, vecinos, amigos... No sé, puede que tengan razón. Una vez leí en el periódico la historia de un pueblo donde uno de los vecinos, el más mayor, creo, era el único que había luchado en la Guerra Civil y estaba a punto de morir. Él sabía dónde estaban las... —dudó cómo se decía aquella palabra en alemán, así que la dijo en español— ¿fosas?

—¿El qué?

—Fosas, ya sabes, ese lugar donde ponían todos los cuerpos de los muertos en la guerra.

—Ah. *Massengrab* —contestó Nelly.

—Eso. Pues ese hombre sabía dónde estaban todos los muertos y, sin embargo, no lo quería decir. Prefería que las familias no enterrasen a los suyos antes que hablar.

—¿Por qué?

—Porque le preguntarían cómo lo sabía. Entonces tendría que contarlo todo: quién los asesinó, la crueldad de aquellos años, las familias que se odiaban entre sí y aprovecharon la guerra como excusa para acabar con viejas disputas. O, simplemente, porque no quería recordar.

De pronto, Elena notó que un sentimiento de horror le inundaba el cuerpo. Quizá su amiga sabía lo que decía. Su encuentro había degenerado en una horrible conversación sobre muertos y genocidios. Ella, que unos minutos antes pensaba que Berlín era la ciudad más radiante del planeta, ahora tenía la sensación de vivir en el cementerio más grande del planeta.

Elena dio un sorbo a su café mientras Nelly comenzaba a mirar el menú.

Con todo, aquello no podía quedar ahí. Estaba segura de que las Mauermädchen no formaban parte de ese tipo de historias. Se negaba a aceptarlo. En ellas había belleza y Nelly tenía que verla.

Así que ideó un plan mientras su amiga le preguntaba si quería compartir un desayuno para dos.

Un plan que ella creía simple, pero que la llevaría a lugares inesperados.

—Únicamente se pueden sacar copias de los archivos si son para un proyecto de investigación.

Esta no era la respuesta que Elena esperaba de Dorothea. Se quedó paralizada frente a su mesa del despacho. Siempre le había parecido una persona muy estimulante, de esas que te empujan a dar un paso más. No entendía de pronto su rechazo.

—Verás, es que... —Elena dudó si decir la verdad: «Tengo una amiga con el corazón de madera y quiero enseñárselo», pero prefirió mentir—: Me ha impresionado mucho y me gustaría tener una copia.

Dorothea la interrumpió.

—Lo siento, solo si es para un proyecto de investigación.

Sentía que estaba chocando con un muro. ¿Qué había sido de aquella alemana cordial y alegre que le había abierto un poquito las puertas de su vida hacía solo unos días en la sala del museo, frente a la foto de las Mauermädchen?

—De acuerdo. ¿Puedo al menos hacerle una foto con el móvil? —dijo Elena dándose por vencida.

Dorothea también pareció darse por vencida, pero en otro sentido. Se levantó de su asiento con firmeza. Se dirigió a la pequeña estantería donde guardaba los documentos más importantes del museo.

—¿Dónde estará? Creo que lo dejé por aquí.

Elena no comprendía qué buscaba ni qué quería de ella. Ni siquiera sabía por qué seguía allí parada, pero la curiosidad, una vez más, le impedía marcharse.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Dorothea ilusionada.

Sacó un archivador marrón de la estantería y se lo acercó a

Elena.

—Solo si es un proyecto de investigación.

Elena tomó una carpeta entre sus manos. Escrito con letras mecanografiadas en la portada, leyó: «Mauermädchen. Una fotografía de Horst Siegmann. F Rep.290_0076482. 1961. Berlín».

La cara de Elena mostraba cierto desconcierto, aunque creía empezar a entender las intenciones de Dorothea.

—Disponemos de poca información, aunque te servirá para arrancar el proyecto de investigación —le dijo Dorothea con una buena dosis de picardía—. Si necesitas cualquier cosa o tienes alguna duda, ya sabes dónde estoy.

Dorothea volvió a su mesa como si acabara de despachar un mero trámite burocrático, pero para Elena aquello significó mucho.

Sentía que llevaba una bomba en la cesta de su bici. El archivador se bamboleaba con cada bache. Elena temía que de un momento a otro se escapara volando. Siempre iba ligera de equipaje al museo, con un bolso pequeño, el casco y la bolsa de la comida en la cesta. No se esperaba volver a casa con aquel archivador, y ahora no sabía dónde meterlo. Había colocado la bolsa con los restos de la comida en el transportín trasero para que no manchara los documentos, pero aún le preocupaba que el archivador se abriera y los documentos de las Mauermädchen acabaran diseminados por la carretera.

Estaba tan tensa que al llegar a su calle y reparar en el tramo empedrado que le esperaba decidió no arriesgarse y bajarse de la bici. Iría andando. Quizá alargaría unos minutos la impaciencia por abrir el dichoso archivador, pero al menos estaría segura de que llegaría a su destino.

Mientras caminaba hacia su casa se cruzó con Herbert, uno de sus vecinos. Herbert tenía un trabajo cuando menos curioso: era el conserje de la calle, o al menos así lo llamaba Elena. De un pequeño sótano sacaba cada día viejos muebles y objetos de segunda mano que ponía en la acera para vender. Pero ese no era su verdadero oficio. Él trabajaba para el vecindario. Como siempre estaba en la calle, era el nexo de unión del barrio. Si el cartero no podía entregar un paquete, se lo dejaba a Herbert. Si alguien necesitaba un arreglo en su casa, se lo pedía a Herbert. Si te hacía falta una escalera de tres metros para colgar una lámpara, Herbert te la conseguía. Elena no sabía si ganaba mucho dinero con aquellos pequeños trabajos, pero siempre lo veía ocupado entre el estudio de arquitectura de Frank Schiffer

y la tienda de tartas Kuchenkultur.

Como aquel día iba con prisa, Elena lo saludó con un simple «buenos días». Herbert le correspondió con una sonrisa y un «Que tenga un buen día, *meine Spanierin*».

Abrió la puerta bastante sofocada, tanto por la presión con la que había encarado el camino de vuelta a casa como por el ejercicio físico. Mientras se quitaba a toda prisa la chaqueta, dejó el archivador en la mesa del salón.

Ya estaba lista.

Un simple movimiento de manos, y allí estaban.

Las dos chicas volvían a despedirse.

Elena tenía miedo de que la foto hubiera perdido fuerza y que, en realidad, hubiese sido su recuerdo el que hubiera generado toda aquella expectación. Pero no. Allí estaban. Igual de tensas, igual de quietas, igual de sorprendidas, igual... de separadas.

Solo dos chicas que se despiden.

Elena quedó tan impactada como la primera vez. Nelly tenía que ver la imagen; no podría rehuir el dolor y la belleza de aquellas chicas, ningún humano lo conseguiría.

Pasó al siguiente documento, ya tendría tiempo más tarde de examinar la foto con mayor detenimiento.

Lo que encontró tras la foto era un acta del Landesarchiv Berlin, el archivo municipal de Berlín. Junto a una copia en pequeño de las Mauermädchen, una serie de datos sobre la fotografía:

Número de referencia: F Rep. 290
Número de foto: 0076482
Fecha: 23.08.1961
Información de la fotografía: Muro de Berlín.
Lugar: calle Harzer (Treptow)

El último documento que había era un mapa de Berlín de 1960, con la frontera marcada entre las dos partes de la ciudad. A Elena le sorprendió que fuera de 1960, muchos meses antes de la construcción del Muro, pero enseguida comprendió que después ya no se publicaron más mapas de las dos «ciudades» juntas.

El mapa tenía un gran punto marcado con un lápiz. Señalaba, al parecer, el lugar exacto donde se había tomado la foto. La calle Harzer, en la esquina con la calle Mengerzeile. Sobre el punto, un nombre: «Die Mauermädchen».

Elena pensó que, en efecto, los datos eran pocos, pero le servirían para empezar la búsqueda, como había dicho Dorothea.

Abrió el ordenador y buscó la página web del Landesarchiv Berlin. A lo mejor allí encontraría un poco más de información sobre la foto. Sin embargo, lo que encontró fue un muro. No exactamente el de Berlín, sino el de la burocracia alemana.

El Landesarchiv contenía miles, millones de documentos sobre la ciudad. Era un gran monstruo. Toda la documentación de una urbe reunida en una sola página web. Por suerte, o al menos eso pensó Elena, la web disponía de un buscador. Comenzó introduciendo el número de serie que constaba en el título del archivador.

> Resultados: 0 documentos.

Esto sorprendió a Elena, que volvió a intentarlo con el nombre del fotógrafo: Horst Siegmann.

> Resultados: 0 documentos.

Elena pronto detectó su error: no debía haber introducido primero el nombre de pila, sino el apellido.

Resultado: 2.817 documentos.

Bueno, entre ellos estaría la foto. Tenía ante sí solamente 141 páginas de veinte fotos cada una para encontrar a las Mauermädchen. Recordó las asignaturas de archivística de su carrera y lo primero que hizo fue afinar la fecha: 1961.

Resultado: 267 documentos.

«Esto ya está mejor», pensó. Bastaría con avanzar hasta agosto de ese año y daría con ellas.

En la pantalla comenzaron a aparecer imágenes de entregas de premios. Gente en la calle. Fotos en color. Berlín en verano. Un retrato precioso de una chica taxista conduciendo un Mercedes.

Pero ni una sola foto del Muro de Berlín.

Entre junio y septiembre de 1961 había un salto incomprensible. Ninguna foto de Horst Siegmann de aquellas fechas. Tenían que estar por algún lado. Las fotos y las Mauermädchen.

Elena tomó el ratón y pulsó un botón, sabiendo que lo que iba a hacer era un error, pero que no tenía alternativa.

VER TODAS LAS FOTOS DEL ARCHIVO

Quizá si encontraba alguna foto del Muro podría averiguar dónde estaban el resto de las imágenes. Y, sobre todo, dónde estaban las Mauermädchen. Sin embargo, jamás habría imaginado lo que estaba apareciendo en su pantalla:

1897, unos tranvías arrastrados por caballos atravesaban un puente. Las señoras, con faldas largas y sombrillas, caminaban con elegancia. Todos los hombres llevaban sombrero. A lo lejos, un edificio con un gran letrero: MÜNCHENER LEIST BRAU.

Era un anuncio de cerveza, sin logotipos, ni marcas ni nada. Solo letras. Elena cayó en la cuenta: era Berlín, pero otro Berlín. Un Berlín muy diferente, que no conocía la guerra, ni el Muro ni el miedo. Un Berlín que caminaba despacio, agarrando el sombrero para que no se volara. Una ciudad que miraba al río y aún no vigilaba el cielo.

Continuó con su búsqueda, prendada de lo que iba encontrando.

1899. Inauguración de la escultura dedicada al poeta Theodor Körner.

Era la estatua que Elena había visto cientos de veces en sus paseos por el Viktoria Park, solo que en la foto aparecía impoluta, no vandalizada y llena de grafitis como la recordaba ella.

1901. La puerta de Brandemburgo.

Aquí estaba todo igual que ahora. O casi. Elena se fijó en que junto a aquel icono no solo de Berlín, sino de Europa, había una fuente. Una fuente que ya no existía. Y lo más extraño era que al lado de la fuente había... ¡palmeras! ¿Palmeras en la puerta de Brandemburgo? Es cierto que Berlín era exótico, pero Elena no sabía que lo fuera desde hacía tanto tiempo.

Comenzó a avanzar más rápido. Las Mauermädchen todavía estaban lejos.

1908. Unos niños que jugaban en la calle.

Un tren que pasaba por delante de un edificio. La modernidad y el optimismo invadían la ciudad.

Elena se dio cuenta de que en cada foto iba aumentando, en las calles, el número de farolas y de personas. La ciudad se

sentía orgullosa, el archivo conservaba fotos de palacios, de poetas, de criadas riendo frente a la casa de sus señores. Eran los años previos a la Primera Guerra Mundial. Berlín brillaba.

Hasta que empezaron a aparecer en las calles los uniformes militares, los gorros puntiagudos, las estrellas en el pecho, los desfiles perfectamente cuadrados. Elena vio el miedo en cada retrato, en cada paseante, en cada criada, en los caballos del príncipe Wilhelm.

Y al final, las fotos de la ciudad desaparecieron, sustituidas por las de militares. Elena pasó rápido esta sección, no le interesaban los uniformes, le interesaba la ciudad.

Al llegar a 1919 se encontró con una multitud avanzando por la calzada, esta vez sin militares. Solo gente pobre, obreros y niños. Era el entierro de Rosa Luxemburgo.

A partir de esta foto, Berlín se tornaba oscuro. Abundaban las huelgas y la gente pidiendo en la calle. El Lustgarten lleno de manifestantes, lleno de gritos, lleno de carteles. Elena siempre había pensado que los años veinte en Berlín habían sido fiesta y glamour, pero no era eso lo que veía en las imágenes. Lo que transmitían era miseria y enfado.

Elena entró en los años treinta con cientos de retratos de actores, directores, dramaturgos, poetas... Personas famosas entonces, cuyos nombres nadie recordaba. «Qué efímero todo», pensó Elena.

Tras esos rostros aparecían los primeros brazos en alto. A Elena le sorprendió en especial la foto de unos niños, perfectamente uniformados con un traje de las juventudes hitlerianas, saludando el paso del coche del Führer. Ahora los retratos que abría en su pantalla mostraban siempre los mismos elementos: dos hojas de roble en el cuello, una cruz negra colgando y una cruz gamada en el pecho.

Llegó el horror.

La ciudad se desvaneció. Ya no había fotos de Berlín, solo de

nazis. Nazis en Unter den Linden, nazis frente a la catedral, nazis lavando su ropa, nazis en el ayuntamiento, nazis saludando a nazis. «¿Dónde está Berlín?», se preguntaba Elena.

No lo recuperaría hasta haber pasado muchas fotos. Aún le quedaban miles y miles de imágenes que habría preferido no ver: campos de concentración, miradas de terror, soldados riendo mientras ella tenía ganas de llorar.

Y, sin previo aviso, la ciudad destruida.

Berlín reducida a escombros.

Le asombró ver casas sin tejados, los lugares por los que ella transitaba habitualmente cubiertos de piedras y cascotes. Como si hubiera habido un gran terremoto y todo se hubiera venido abajo.

Ya estaba en los años cincuenta, las Mauermädchen se iban acercando. Las fotos se llenaron de andamios, vigas y coches deportivos. La ciudad parecía regresar a la vida. Elena se detuvo a admirar una foto de unos niños leyendo cuentos en un *kindergarten*, una escuela infantil. ¿Cuánto rato llevaba sin ver una foto así? ¿Cinco o diez minutos? Poco tiempo comparado con los más de veinte años que duró el sufrimiento de los berlineses.

En las imágenes, la gente volvía a sonreír. Elena también.

Eso ocurría en el año 1957, solo quedaban un par de páginas para llegar a 1961.

Hizo clic dos veces en el ratón y apareció la fecha que ella estaba buscando.

Enero de 1961, el estreno de una película.

Febrero de 1961, Anhalter Bahnhof en ruinas.

Marzo de 1961, unos funcionarios de correos clasificando cartas.

Abril de 1961, el alcalde de Atenas de visita en Berlín.

Mayo de 1961, un concierto en la plaza del ayuntamiento de Tiergarten.

Junio de 1961, unas mujeres vestidas de domingo en una residencia de ancianos.

Julio de 1961, unos niños en una representación de marionetas en el zoo de Berlín.

Y agosto de 1961…

No existía.

¿Dónde estaba agosto de 1961?

Elena se sobresaltó. Tras pasar más de una hora mirando fotografías, ahora que por fin había llegado al momento importante no había nada.

Agosto de 1961 se había esfumado.

De pronto, Elena lo comprendió. Seguramente las fotos de la construcción del Muro estaban en una colección especial. Miró el reloj. Llevaba demasiado tiempo delante de la pantalla y las imágenes le habían revuelto la cabeza. Pensó que sería mejor parar y acercarse al día siguiente al archivo para preguntar por esa foto en concreto.

Se levantó de la silla y tuvo la sensación de que sus hombros cargaban con un peso que no tenía una hora antes.

—Va muy mal vestida —comentó Nelly señalando a una de las chicas de la foto—. Esta de aquí va muy mal vestida.

Elena no se podía creer lo que estaba escuchando. Sentada en uno de los asientos del metro de Berlín, le estaba enseñando a su amiga la foto que la perseguía cada noche, la foto que tanto le había costado conseguir, y lo primero que decía ella era que la chica iba mal vestida.

—¡Nelly!

—Es la verdad. Fíjate en la ropa. Cada una parece de un mundo distinto. La del Oeste tan bien trajeada, tan peinada, con zapatos de tacón, y la otra... con esa chaqueta, el pelo alborotado. Son una especie de versión lesbiana de *Pretty Woman*.

Elena, que por mucho que había estudiado la foto no había caído en ese detalle, no pudo más que rendirse a la evidencia. Sin embargo, lo que más interesante le parecía era algo que se había colado en la conversación casi sin querer.

—Nelly, ¿cómo sabías que la de la derecha es del Oeste y la de la izquierda es del Este?

—Llevo muchos años catalogando alemanes como para no saberlo, se podría decir que soy una entomóloga de Ossis y Wessis.

Elena sabía que así era como se conocía a los habitantes de uno y otro lado del Muro: Ossis, los del Este (*ost* en alemán), y Wessis, los del Oeste (*west* en alemán). Como no fue capaz de encontrar una réplica adecuada a lo que acababa de escuchar, decidió colocar la fotografía en el asiento que tenían frente a ellas para que Nelly pudiera observarla con más distancia y no

se fijara tanto en los detalles. El blanco y negro de la foto contrastaba con el colorido tapizado de los asientos del tren.

—¿Y el soldado? ¿Qué me dices? —preguntó a sabiendas de que su amiga no había visto la flor que llevaba en la mano. Elena se sintió como quien va a contar un chiste y se ríe al acordarse del final.

—El típico *vopo* que vigilaba el mu... —Nelly se detuvo—. ¿Qué tiene en la mano? ¿Una pistola?

Elena sonrió satisfecha.

—Una flor.

—*Whaaat?* ¿Una flor? ¿Era un *vopo* hippy? —Nelly no podía quitar los ojos de la foto, y Elena estaba encantada—. La verdad es que la foto es brutal. Es como si hubieran embotellado todo aquel verano en una imagen. Tengo que decirte que he visto muchas fotografías sobre el Muro, pero esta es la más impresionante.

A Elena el corazón le dio un pequeño respingo. Era una de esas personas a las que le gusta tener razón y se siente satisfecha cuando consigue que alguien le conceda la oportunidad de poder replicar: «Te lo dije». Aun así, Nelly continuó sin dar su brazo a torcer.

—De todas formas, como te comenté el otro día, es otra de las cientos de historias tristes de Berlín. No hay más.

Elena tenía la respuesta en la punta de la lengua cuando Nelly se levantó. El tren había llegado a la estación. Tomó su abultada mochila, impidiendo que Elena pudiera rebatirle nada.

Las puertas del metro se abrieron y Nelly fue la primera en descender, sin dar tiempo a la chica española a alcanzarla. Elena captó el mensaje: «Puede que sea cierto lo que dices, pero no pienses que vas a escucharlo de mi boca».

Le costó ponerse a la altura de su amiga, lo consiguió justo cuando Nelly comenzaba a subir las escaleras de la estación.

Por supuesto, no pudo evitar responder al último comentario de su amiga.

—A lo mejor no. A lo mejor es una historia con final feliz. A lo mejor sí son una versión lesbianoberlinesa de *Pretty Woman*. Dos enamoradas de mundos diferentes.

—¿O de *Romeo y Julieta*? —contratacó Nelly—. Y quizá murieron las dos.

Se acercaban al final de las escaleras y Elena estaba furiosa. Nelly sabía cómo buscarle las cosquillas. Por suerte, lo que vio al llegar a los últimos escalones mejoró mucho su ánimo.

Frente a ella: Tempelhof.

Lo que un día había sido el mayor aeropuerto de Berlín, el lugar que los nazis habían reconstruido con las mismas líneas puras y duras con las que gobernaron Alemania durante más de una década, era ahora un gran parque lleno de familias y cometas, de barbacoas y ciclistas. Una gran anomalía en la ciudad. Un lugar vacío de construcciones en el corazón de la metrópolis. A Elena le recordaba a la panorámica del mar desde la casa de su abuela. Un lugar dominado por el horizonte. Un espacio donde los ojos podían descansar.

Esta visión le cambió el humor.

—Mira, Nelly, puedes creer lo que quieras, pero donde tú ves un suicidio, yo prefiero ver a Julia Roberts.

Y con esta sentencia, Elena se sentó en el primer banco que encontró y abrió su mochila. Dentro estaba lo que había unido a aquellas dos chicas tan distintas, aquello que había logrado que un simple intercambio de idiomas se convirtiera en algo más: en tardes contra el viento de Tempelhof, en paradas eternas junto a los jardines urbanos, en cenas de verano en el chiringuito de comida coreana.

Elena sacó de su mochila dos patines de cuatro ruedas.

Desde que se conocieron, por lo menos una vez a la semana recorrían la antigua pista de aterrizaje del parque, siempre en

la misma dirección: primero cuesta arriba, para luego disfrutar de la bajada a toda velocidad.

Al sacar sus patines, Elena pensó que la discusión había terminado, pero Nelly abrió una nueva vía.

—Sea como sea, lo que está claro es que esas dos chicas no era amantes.

—Ah, ¿no? —dijo Elena mientras veía cómo Nelly se sentaba también para calzarse sus patines.

—No.

—¿Por qué lo tienes tan claro?

Nelly la miró como si la respuesta fuera una obviedad y no hiciera falta decirla.

—Imagina que levantan un muro entre tú y tu amada. Vas a verla por última vez. ¡Vas a tocarla por última vez! ¿Y le das la mano? Vale que los alemanes somos muy fríos, pero... ¿la mano? ¿En serio?

Elena quería ganar en el debate, así que fraguó un argumento en milésimas de segundo.

—Quizá en aquella época estaba mal visto y no pudieron, no sé, besarse.

La mirada de Nelly volvió a ser de incredulidad.

—Vamos, Elena... Al menos un abrazo, algo. No, esas dos chicas no era amantes. —Nelly terminó de atarse los patines—. Quizá son familia... Eso es, ¡primas!

—¿Primas? —contestó Elena mientras se levantaba—. Pero si tú misma lo acabas de decir: son totalmente diferentes. No visten igual, no viven en el mismo lado de la ciudad.

Nelly también se puso de pie, lista para empezar a patinar.

—Lo tengo. Lo tengo. Son espías. Esto es como esas historias del puente de los espías, solo que en versión femenina.

Las dos comenzaron a rodar por el asfalto. Y fue como si el movimiento ejerciera un cambio entre ellas, un cambio positivo. Habían desaparecido las asperezas y las ganas de

tener razón. Al entrar en Tempelhof, su visión del mundo había cambiado.

—¿Espías? Tienen toda la pinta de ser profesoras. Sí, son dos profesoras, compañeras de colegio, que se despiden.

—Uy, no —contestó Nelly mientras esquivaba las familias que paseaban por el parque—. La del Este se llama Andrea, trabaja de modista en una tienda que está al otro lado del Muro, así que ha ido a darle a una clienta su último pedido, en el que ha estado trabajando en casa: una gabardina azul.

—A lo mejor eran actrices y solo ensayaban una obra —continuó con el juego Elena.

—A lo mejor una era prestamista y la otra le estaba devolviendo el dinero.

—A lo mejor eran cantantes.

—Cantantes de un coro de góspel —respondió Nelly dando media vuelta y rodando de espaldas para poder mirar a la cara a Elena—. Eran cantantes de un coro de góspel, pero en realidad eran espías y fingían ser modistas para engañar al soldado.

La imaginación de Nelly no tenía limites, pensó Elena. Entonces Nelly soltó algo que Elena no se esperaba en absoluto.

—Tenemos que encontrarlas, Elena. Hay que saber qué hacían ahí. —La sorpresa de Elena se tornó entusiasmo—. Le preguntaré a mi madre, a lo mejor conoce a la del Este.

—Nelly, por favor, Berlín no es un pueblo. Es imposible que la conociera.

—Ay, Elena, cuánto te queda por aprender: por supuesto que Berlín es un pueblo. Un pueblo grande. ¿O no te has dado cuenta de que todos los berlineses no somos más que granjeros con gorras hípster?

Al instante, Nelly volvió a poner sus patines en la misma dirección en la que patinaba Elena y comenzó a acelerar. La chica española aceleró también para alcanzarla.

VIKTORIA

Entonces, Kriemhild aparece en la calle, pero en el lado oeste.
Rosie duda un momento. Frente al Muro hay un soldado.
Le da igual, quiere ver a su amiga.
Echa a correr.
Nadie la detiene.
Cuando llega hace un movimiento natural, casi involuntario:
le da la mano a su amiga.

El piso de Elena era un absoluto disparate. El suelo, las mesas, el sofá... todo estaba lleno de libros. Parecía que un huracán hubiera decidido entrar por la ventana y desperdigar hasta el último ejemplar de la estantería, aunque en realidad el huracán había sido la propia Elena. Para entender la fotografía de las Mauermädchen había decidido que primero debía conocer cualquier cosa referente al Muro de Berlín, así que había pedido prestados todos los libros sobre el tema que había encontrado en la biblioteca. Libros que ahora estaban tirados por el suelo.

De las páginas de los libros sobresalían pequeños papeles post-it en los que Elena había escrito nombres como el de Ida Siekmann, la primera víctima del Muro, o las direcciones de los túneles por donde la gente se fugó del este de Berlín. En otros anotó simplemente palabras alemanas cuyo significado desconocía. De aquella forma, Elena tenía la sensación de haber construido también un muro, en este caso, no una barrera física, sino temporal. Mientras estuviera en aquella casa, Elena no vivía en 2019, sino que se mantenía en 1961. En el Berlín de 1961.

Entonces sonó el timbre de la puerta y su muro comenzó a resquebrajarse.

—Hola —dijo sin abrir. Era extraño que alguien hubiera llegado a su rellano sin haber llamado por el telefonillo antes.

Nadie contestó.

Elena insistió.

—¿Hola?

—Perdone, he perdido una cosa. ¿Podría ayudarme? —dijo

la voz de Nelly al otro lado de la puerta. Elena la entreabrió—. Verá, yo tenía una amiga, así un poco española y un poco alocada, que vivía aquí... No sé si la habrá visto usted.

La sonrisa de Nelly hizo que Elena se alejara definitivamente de 1961 y volviera a su mundo.

—¿Una chica muy guapa, con el pelo sedoso y una gran personalidad? —preguntó con sorna—. Sí, está trabajando.

Nelly miró a través de la rendija de la puerta y vio los libros tirados por el suelo, llenos de anotaciones.

—Déjame entrar.

—Nelly... —le dijo Elena a modo de súplica.

Nelly empujó un poco la puerta y consiguió pasar. Admiró el caos como si fuera una obra de arte. Dio un pequeño paseo entre los libros.

—¿Cuánto llevas sin salir de aquí?

—Voy todos los días a trabajar —respondió Elena.

—Y luego vuelves aquí para seguir... trabajando. Esto tiene un nombre en alemán. —Lo último Nelly lo dijo en su español de andar por casa.

—Lo sé: *Arbeitssüchtig*, «adicto al trabajo» —respondió Elena también en español.

—No, se dice: «Tú no tienes todas las tazas en el armario».

Elena no pudo más que reírse. Nelly acababa de traducir al español la expresión «*Nicht alle Tassen im Schrank haben*» literalmente. «No tener todas las tazas en el armario» era la forma alemana de decir a alguien que estaba loco.

—Cámbiate. Nos vamos.

—Pero... —intentó detenerla Elena.

—Elena, vístete.

—Nelly, tengo mucho que hacer, hay que...

Nelly la hizo callar con un gesto.

—Ahora mismo vas a ir a tu cuarto, vas a quitarte esa ropa, porque es horrible, y vas a ponerte a la altura de mi outfit.

Porque, Elena, tú y yo vamos a salir a la calle.

—¿Y si digo que no quiero? —intentó a la desesperada Elena.

—Entonces vas a perdrte una cosa que te habría gustado.

—¿Qué cosa?

Nelly solo sonrió.

Elena acababa de caer en su propia trampa: ahora no podía remediar sentir el inevitable deseo de descubrir dónde pensaba llevarla Nelly.

La puerta de Brandemburgo.

A Elena le sorprendió la elección de Nelly. Era verdad que se trataba de un punto clave en la historia de la ciudad, pero desde hacía tiempo se había convertido más bien en una atracción para turistas y los berlineses habían dejado de frecuentarlo. Cuando hablaron en su piso pensó que su amiga le descubriría uno de esos lugares ocultos de la ciudad, uno de esos sitios que solo conocen los locales, como aquella vez que la llevó a un club al que se entraba a través de una puerta roja oculta en mitad de la calle.

Sin embargo, allí estaban las dos, caminando bajo las arcadas de la puerta mientras un grupo de japoneses se hacía una foto con un hombre disfrazado de oso.

—Aquí es —dijo Nelly sonriente al llegar a uno de los laterales de la puerta.

—¿El qué? —preguntó Elena, algo desorientada.

—Tú espera un poco.

¿Esperar a qué? Elena empezaba a ponerse nerviosa. No sabía si la sorpresa de Nelly era solo una broma o si realmente sería algo interesante. De pronto, la llegada de un chico detuvo su pensamiento. Era un chico alto, típicamente alemán, con el pelo corto y rubio. Llevaba una cazadora vaquera y una mochila a la espalda.

—Hola, ¿has reservado?

—Sí, dos plazas —contestó Nelly—. A nombre de Lola Lola.

Elena la miró sorprendida. No entendía a qué venía tanto misterio. En alemán se utiliza una expresión para referirse exactamente a la sensación que experimentaba Elena en

aquellos momentos: «Ich bin gespannt». Una mezcla de expectación, curiosidad y ganas de resolver un enigma.

El chico miró su móvil y confirmó el nombre de Lola Lola.

—Vale, ya pagaste por internet.

Después sacó de su mochila dos termos y se los dio a Nelly. Elena los miró, confusa.

—Es aquel de allí —indicó el chico señalando a un grupo de gente frente a la puerta de Brandemburgo.

Nelly le dio un termo a Elena y dijo:

—Vamos.

Al llegar al grupo, Elena se dio cuenta de que era la única extranjera. A su alrededor solo había chicos y chicas alemanes con ropa típicamente berlinesa: chaquetas negras, vaqueros raídos, deportivas impolutas. Todo lo contrario de los grupos de turistas que rondaban la plaza.

Pronto apareció un guía con una banderola pegada a la espalda. Él no vestía como un berlinés. Era un señor con la cara muy redonda y una ridícula gorra roja a juego con su chaleco. Nelly sonrió divertida al verlo.

—Nelly, ¿qué es todo esto?

—Disfruta —dijo Nelly e hizo chocar su termo contra el de Elena. Después dio un trago a su termo.

El guía tomó la palabra con un grito que sorprendió a Elena.

—*Willkomen in Berlin!* —Un grupo de chicos a la espalda de Nelly aplaudió—. Gracias, gracias. Veo que hay mucho entusiasmo hoy, eso me gusta —continuó el guía en inglés—. Me llamo Thomas y voy a ser vuestro guía. Durante más de una hora pasearemos por las bellas calles del centro de Berlín. Un lugar cargado de historia y monumentos que nos harán viajar al pasado.

Elena no se lo podía creer. ¡Nelly la había llevado a un *tour* turístico por Berlín! O su amiga no la conocía en absoluto o algo no encajaba.

El guía continuó con su discurso.

—Bien, comencemos por este bonito monumento que tenemos aquí detrás. Seguro que muchos lo habéis visto en las monedas de cincuenta y de veinte céntimos, pero ¿alguien sabe cómo se llama?

Elena estaba tan conmocionada como abochornada.

—*Brandenburg Gate!* —gritó Nelly a su lado.

Elena la miró sin comprender su apasionamiento.

—¡Exacto! —exclamó el guía. Varios chicos alrededor comenzaron a aplaudir y vitorear a Nelly—. Vaya, veo que hoy tenemos un buen público. La puerta de Brandemburgo, un monumento conocido en el mundo entero. Pero en realidad no estaba orientada así, tal y como lo vemos ahora. El monumento sufrió un cambio muy grande tras la Segunda Guerra Mundial. La cuadriga que vemos en lo alto, comandada por la diosa Viktoria, no siempre ha estado orientada así. Durante mucho tiempo miró hacia el oeste, es decir, hacia el parque Tiergarten —dijo señalando en dirección al parque—, pero como la puerta de Brandemburgo pertenecía al sector de la Unión Soviética, en cuanto pudieron le dieron la vuelta. ¿Sabéis para qué?

Mientras el guía turístico esperaba la respuesta, Elena se dio cuenta de que todo aquello no tenía ningún sentido. Lo que estaba contando el guía era totalmente falso. Era una de las leyendas que corrían por Berlín, y que los historiadores desmentían sin parar, como había leído en varios de los libros que tenía en casa.

A la vez que abordaba estos pensamientos, Elena se fijó en que varias personas del grupo empezaban a beber de sus termos.

El guía continuó.

—¡Para que los del Oeste solo pudieran verle el culo desde el otro lado! —El hombre no pudo contener una carcajada al decirlo—. Además, esta puerta construida por el famoso

arquitecto Schinkel es única por otras razones.

«Schinkel no la construyó, solo la restauró», se dijo Elena a sí misma. Vio como más y más gente bebía de los termos, incluida Nelly.

—Por ejemplo, aquí Kennedy dio el famoso discurso en el que pronunció la memorable frase: «Ich bin ein Berliner».

«Pero ¿qué está diciendo? No fue aquí, solo hay que ver el vídeo para saberlo». Entonces todos los demás, absolutamente todos, tomaron un sorbo del termo.

Elena lo acababa de comprender.

No era una visita para aprender sobre Berlín, era una visita para emborracharse sobre Berlín. Por cada error del guía, un chupito. Elena sonrió a Nelly. No sabía si le parecía una locura o una genialidad, pero solo pudo hacer una cosa.

—*Prost* —le dijo a Nelly antes de vaciar un par de centilitros en su garganta de aquel extraño licor. No sería la única vez que lo haría aquella noche.

A la mañana siguiente, un sol blanquecino inundó la habitación de Elena. Había olvidado correr las cortinas la noche anterior y ahora lo lamentaba. No debían ser más de las diez. Un agudo dolor de cabeza la avisó de que el día no sería fácil.

Se incorporó un poco sobre la cama y buscó su móvil en la mesilla. Estaba sin batería. Comenzaba a darse cuenta de que no cerrar las cortinas era el menor de los errores cometidos la noche anterior. Unos flashes cruzaron su mente: música techno, Nelly riendo, dos vasos con un licor verde, luces parpadeantes, olor a sudor, el frío de la mañana... Elena decidió levantarse, y lo hizo poco a poco, como si así pudiera controlar el mareo que pronto sentiría. Caminó hasta el baño. Un remojón con agua fría en la cara la despertó un poco. Entonces, al entrar en el salón, se percató del mayor de los errores cometidos. Vio sus libros, sus apuntes, su investigación... y comprendió que era jueves y no había ido a trabajar.

Suponía que Dorothea habría intentado ponerse en contacto con ella, pero el móvil estaba sin batería y aún no tenía modo de saberlo.

¿Cómo se podía haber dejado arrastrar así por Nelly... un miércoles?

Necesitaba buscar una disculpa para explicar su ausencia en el museo y resolver el problema. Podría decir que estaba enferma, pero le pareció una excusa de niña pequeña y no quería que Dorothea pensara que ella era una chiquilla.

Así que se preparó un café y volvió a mirar los libros y papeles del suelo.

Entonces recordó que había postergado la visita al centro de

documentación Landesarchiv Berlin, donde tenían la foto original de las Mauermädchen. Quizá un poco de aire fresco y salir a la calle le sentaría bien, como le había recomendado Nelly la noche anterior.

Sin embargo, nada más poner un pie en el tren se arrepintió. Se había olvidado del pitido que emite el S-bahn, el tren de corto recorrido, al cerrar las puertas. Y de los constantes cambios de luz al entrar y salir de los túneles de la línea S25. Tenía la cabeza a punto de estallar, de modo que decidió dejar de pensar en su malestar y concentrarse en otra cosa. Por ejemplo, en el guía de la noche anterior. Lo cierto era que ahora se sentía avergonzada de lo que había hecho. Aquel señor estaba haciendo su trabajo y ellos se habían mofado de él. Aunque, en realidad, se dijo, el guía también debería avergonzarse un poco. No solo por los errores en fechas o nombres, sino por su forma de transmitir la historia. Durante la caminata no había hecho más que soltar nombres de personalidades bien reconocibles —Kennedy, Stalin, Hitler, Gorbachov...— igual que si hablara de superestrellas de Hollywood.

En cambio, ¿dónde estaba la gente de verdad? ¿Dónde estaban las Mauermädchen? No había dicho ni una sola palabra de la gente común, de la gente que sufrió las consecuencias de los disparates de la historia. Solo se hablaba de los grandes personajes. La historia parecía un enorme álbum de cromos en el que era necesario pegar una serie de fotografías para poder entenderla. Fotos de reyes, de dictadores, de revolucionarios, con la idea de que sus grandes acciones, sus grandes decisiones, representaban la vida de su época, cuando en realidad esa gente no podía estar más alejada de la vida. La verdadera historia era otra cosa, la verdadera historia era la foto de las Mauermädchen. Dos chicas que no decidieron nada, que no tomaron ningún partido y, sin embargo, se encontraron con

unos sucesos que les cambiaron la existencia. Unos sucesos tan importantes que las obligaron a despedirse una tarde de agosto.

Ellas nunca saldrían en ese álbum de cromos de la historia, pero habrían merecido estar allí, porque en ellas había más verdad que en cualquiera de los falsos posados de los gobernantes ante la multitud. Quizá habría que darle la vuelta a la cámara, quizá sería mejor enfocar a la multitud y buscar dentro de esas personas las historias que realmente representaban una época, una ciudad, una sociedad. De este modo, la historia volvería a quienes la sufrieron, a quienes la vivieron, a quienes realmente deberían ser los protagonistas.

Entonces un pensamiento le cruzó la mente. Si encontraba a las Mauermädchen, ¿sería una forma de sacarlas de ese anonimato de la historia? ¿Las devolvería a su lugar en el álbum de cromos de la historia?

Justo en ese momento el tren llegó a la parada de Eichborndamm, donde se encontraba el archivo.

En internet había visto una serie de fotos que mostraban una infinidad de pasillos, repletos de cajoneras amarillas donde Elena supuso que se guardaban los negativos de las fotos. Sin embargo, nunca llegó a saberlo. Esa zona estaba vetada al público. Eran los archiveros los que se encargaban de entrar allí y llevar el material a una sala bien iluminada cerca de la entrada del archivo.

Elena llevaba unos minutos en la sala, bebiendo de una botella de agua bien fría, a la espera de que le trajeran su pedido. Había solicitado la fotografía de las Mauermädchen y todo el material relacionado con ella. De una de las puertas que Elena imaginaba que conectaba con el archivo salió una mujer rubia, con el pelo corto, de mediana edad y con una carpeta entre las manos.

—¿Señora Onoro?

—Sí —dijo Elena obviando el fallo al pronunciar su apellido.

—Aquí tiene la fotografía que había solicitado.

La mujer le entregó la carpeta. Elena la abrió y allí estaban otra vez. Las dos chicas. El soldado. La despedida.

Sin embargo, la fotografía no era exactamente igual que la copia que le había entregado Dorothea. El color era diferente. En la copia se veía todo más blanquecino, con mayor contraste, mientras que la foto que sostenía ahora Elena tenía una pátina de color miel, estaba envejecida.

Y había algo más: un pie de foto en el que se indicaba el nombre del autor, Horst Siegmann, su fecha de nacimiento y... la de su muerte. Elena no lo había pensado hasta ahora, pero, por su edad, el fotógrafo podría haber estado vivo; sin embargo ya no habría manera de hablar con él. Había muerto en 2013.

—Puede sentarse en aquellas mesas, si quiere —le indicó la archivera que acababa de entregarle la foto—. ¿Necesita algo más?

—¿Perdone?

Elena estaba tan ensimismada observando la foto que ni siquiera había prestado atención a la mujer.

—Le preguntaba si necesitaba algo más. ¿Otras piezas del fotógrafo?

Elena se quedó unos momentos pasmada. Entre la resaca y la impresión de ver la foto original no se le había ocurrido que podía consultar más materiales.

—Sí, eso estaría muy bien.

—De acuerdo, tendré que volver al archivo para buscar los negativos.

La archivera se dio la vuelta y ya se encaminaba hacia la puerta cuando Elena, a pesar de lo lento que le iba el cerebro, tuvo una gran idea.

—Perdone, ¿tienen el negativo original? ¿El negativo de esta fotografía? —dijo Elena mostrando a las Mauermädchen.

—Sí, el autor lo donó en su momento.

—¿Es el negativo original? O sea, ¿tiene las demás fotografías que tomó aquel día con la cámara?

—Habría que mirarlo, pero creo que sí.

—¿Podría verlos? —preguntó Elena con la mejor cara que pudo poner.

La mujer la observó de arriba abajo. Elena sospechaba que aquel día no tenía el aspecto de ser una investigadora.

—Ha dicho usted que venía del museo de Treptow.

—Sí.

—¿Tiene algo que la identifique como empleada?

Elena rebuscó en su mochila un carnet que le habían hecho al comenzar a trabajar y que prácticamente no había utilizado nunca. Se lo dio a la mujer, que volvió a mirarla a la cara. Sintió que su cara de resaca debía ser muy diferente a la de la foto y temió que le negara ver el negativo.

Un instante después le alargó un papel.

—Rellene el documento con los mismos datos que el anterior, pero apunte junto al número de la fotografía «carrete de fotos» —indicó antes de desaparecer por la puerta.

A los pocos minutos tenía otra vez ante ella a las dos chicas, pero de una forma que no las había visto nunca. En negativo. Ahora sus caras estaban oscurecidas, frente a la deslumbrante claridad que emitía el árbol de la calle Harzer.

Una cosa peculiar de esta nueva visión era que en ella resaltaba mucho más el soldado. Como si al invertir la imagen también se hubiera invertido el centro de interés, y aquello que antes le había pasado inadvertido ahora le parecía la parte más visible de la composición.

Con todo, no fue eso lo que más le interesó a Elena. Sus manos, embutidas en unos guantes de plástico blancos empezaron a deslizar la tira de negativos para que la luz enfocase la siguiente fotografía. Quizá Siegmann no había tomado solo una foto de las chicas y había otras instantáneas

de ambas. Sin embargo, al pasar a la siguiente, sus ilusiones de descubrir más pistas sobre aquella despedida se desvanecieron. En vez de las Mauermädchen vio a unos obreros sacando arena alrededor de un muro a medio construir. Tampoco en las fotos anteriores había nada referente a las chicas. Estaban en una isla, ellas solas.

No obstante, como buena curiosa que era, Elena siguió examinando las demás fotos del carrete. Encontró muchas imágenes de la construcción del Muro. Obreros apilando ladrillos, gente mirando a varios metros de distancia, soldados controlando que nadie pasara al otro lado; incluso la foto de un tanque aparcado en mitad de la calle.

De pronto, algo le llamó la atención.

Un bolso.

Un bolso ajedrezado, con un estampado de cuadrados blancos y negros y un cierre de metal.

Un bolso que destacaba por su estampado en el negativo.

Un bolso que aparecía en todas y cada una de las fotos.

¿Qué hacía allí ese bolso? Repetido una y cien veces.

Entonces lo comprendió.

Y sonrió.

Por fin tenía una pista.

Al llegar a casa encontró la ropa de la noche anterior tirada por el suelo y recordó lo muy cansada que estaba. Tras decidir tumbarse en el sofá y dormir una buena siesta a la española, cayó en la cuenta de que no había hablado con Dorothea en toda la mañana. Tomó su móvil y comenzó a escribir un e-mail. No le gustaba utilizar el móvil para escribir cosas de trabajo, aunque estaba tan agotada que no creía que pudiera sentarse delante del ordenador.

El tecleo era lento, pero se tomó el tiempo necesario para explicarle a Dorothea por qué se había ausentado del museo: la excursión al Landesarchiv Berlin, su nuevo encuentro con las Mauermädchen y el descubrimiento del bolso ajedrezado en los negativos. Cuando terminó de escribir se acordó de una cosa. Se levantó del sofá, esperando que fuera la última vez en muchas horas, y abrió la carpeta en la que había traído las copias de las imágenes del archivo. Hizo unas fotos con el móvil y las adjuntó en el e-mail.

Pulsó el botón de enviar y sintió que una carga se desprendía de sus hombros.

Ahora podía tumbarse en el sofá y, al fin, descansar.

Sin embargo, diez minutos después de cerrar los ojos, el timbre de la puerta comenzó a sonar escandalosamente. Elena se levantó asustada y sorprendida.

Mientras caminaba hacia la puerta intentó arreglarse un poco el pelo, que debía de estar desastroso.

—¿Quién es?

—Traigo un pedido para Frau Oñoro.

Elena reconoció la voz al otro lado de la puerta, de modo que

abrió con una respuesta ya en la cabeza.

—Te voy a matar. —El rostro de Nelly apareció en el quicio de la puerta. Llevaba consigo una bolsa—. He pasado la peor mañana de mi vida... y ahora tú me llamas Frau... ¿No debería ser una Fräulein?

—Las Fräulein no bailan encima de una barra de bar.

—¿Yo hice eso?

Elena desanduvo sus pasos y cayó redonda en el sofá.

—De acuerdo, Nelly, adelante. Soy una chica que no pierde los modales —se dijo a sí misma Nelly.

—¿Y tú? ¿Por qué estás tan activa? Bebiste lo mismo que yo o más.

—Porque tengo un secreto.

—Oh, no. Nelly, no vengas a restregarme tu superioridad genética alemana.

—¿Me estás llamando «aria de la cerveza»? Ni en broma. —Nelly sacó el frasco que llevaba guardado en la bolsa de papel —. Esto no es natural, cariño. Es ciencia.

—¿Qué es eso?

—El famoso *reconstutiuyente* —dijo la chica alemana forzando un acento español.

—Se dice «reconstituyente».

—¿No es lo que he dicho?

Elena agarró el frasco de cristal y le echó una ojeada.

—¿Ayuda con la resaca?

—Sí.

—¿Está malo?

—Muchísimo.

Con el frasco entre las manos, Elena se lo pensó durante unos segundos y después le pidió un vaso a Nelly. Vertió parte del líquido del frasco en el vaso. Era rojo y de consistencia muy densa, parecía un puré de remolacha.

Elena miró con desconfianza a Nelly.

—De un trago.

La chica hizo caso a su amiga y se lo bebió todo de golpe. El sabor era mucho peor de lo que esperaba.

—Está repugnante.

—En diez minutos me darás las gracias. —Nelly se levantó y dejó el frasco dentro de la nevera—. Y entonces ¿te has quedado aquí todo el día llorando por lo bien que te lo pasaste ayer?

—No, he ido a trabajar.

—¿Has ido al museo con esa pinta?

—No, he estado en el Landesarchiv Berlin. —Elena se levantó y cogió la carpeta que unos minutos antes había fotografiado para Dorothea—. He encontrado algo. Mira.

Le dio las fotografías a su amiga y las dos chicas se sentaron en el sofá. Nelly comenzó a mirarlas, pero las pasaba sin detenerse mucho en los detalles, por lo que Elena le señaló aquello en lo que debía fijarse.

—Aquí. El bolso.

Fue señalando en cada imagen la aparición de aquel complemento a cuadros blancos y negros.

En todas aparecía sujetado por una mujer, bajita y delgada y con el pelo corto.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero seguramente conocía al fotógrafo, Horst Siegmann. O al menos lo acompañaba ese día.

Nelly sonrió a su amiga.

—Buena pista, Fräulein Oñoro.

Una de las cejas de Elena se subió sin que ella quisiera, demostrando el orgullo que sentía por aquellas palabras.

Por sorpresa, comenzó a sonar el móvil de Elena. Al ver el nombre de Dorothea en la pantalla se puso nerviosa. Sin saber por qué, le pidió a Nelly que se mantuviera en silencio. Quizá para que Dorothea no pensara que había estado todo el día con

una amiga.

—¿Doro?

Un ruido de metralleta surgió por el altavoz del teléfono.

—¡La conozco!

—¿A quién? —Elena intuía a quién se refería, pero necesitaba cerciorarse.

—A la mujer de las fotos. La he visto. Incluso juraría que he hablado con ella.

Elena dio un pequeño salto de alegría, alejándose del sofá donde estaba junto a Nelly.

—¿En serio? No me lo puedo creer. Qué casualidad. ¿Cómo se llama?

Entonces Dorothea cambió el tono de voz.

—No lo sé...

—¿No lo sabes?

—No... Aunque en cuanto haga un poco de memoria me saldrá. Es esta estúpida vejez que te deja idiota.

—Tú no eres vieja, Doro. —Mientras Elena pronunciaba estas palabras, Nelly intentaba hacerle señas para que le explicase qué pasaba, pero Elena negó con la cabeza—. Vamos a ver, ¿es de tu infancia?

—No, la conozco de otra cosa.

—Quizá es del barrio y va mucho al museo.

Nelly le hacía señas más y más deprisa pidiendo información.

—No, no es del Este. Es del Oeste... Qué forma tan extraña tiene la memoria de actuar: no recuerdo quién es, pero sí en qué lado del Muro estaba.

Como Nelly no paraba de hacer aspavientos, Elena tuvo que separar un momento el móvil de su oreja.

—Perdona un segundo, Doro... —Elena bajó el móvil y soltó muy deprisa su siguiente frase—. Mi jefa conoce a la chica de las fotos, aunque no se acuerda de su nombre ni de quién es. —Volvió a colocarse el teléfono en la oreja, pero cuando iba a

seguir hablando, Nelly se puso a hacerle señas otra vez, así que lo bajó de nuevo—. ¿Qué?

—Dile que piense en ella desnuda.

Elena la miró con cara de pocos amigos.

—No pienso decirle a mi jefa lesbiana que piense en una mujer desnuda.

—Elena, parece extraño, pero funciona. Es una forma de dejar de concentrarse en la cara y dejar que el cerebro comience a hacer conexiones. —Elena seguía mirándola con incredulidad—. Vale, pues dile que piense en ella con un disfraz. Un disfraz ridículo. Eso también funciona.

Elena miró a Nelly y respiró hondo. Se acercó el teléfono al oído.

—Doro, perdona. Sé que te va a sonar extraño, pero... ¿puedes imaginártela con un disfraz ridículo?

Elena no se podía creer lo que le estaba diciendo a su jefa mientras Nelly sonreía a su lado y levantaba los dos pulgares en señal de aprobación.

—¿Cómo? —acertó a decir Dorothea.

—Por lo visto —Elena miró a Nelly con odio— es una técnica para recordar.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Un disfraz ridículo...

Pasaron varios segundos sin ningún sonido.

—Lo siento, no...

Elena intentó parecer tranquila.

—Ya te acordarás, no te preocupes.

Elena se despidió de su jefa y volvió a tumbarse en el sofá.

—No me lo puedo creer: por primera vez siento que estoy cerca de las Mauermädchen y nada. Creo que quiero volver a beber.

Nelly se tumbó a su lado.

—¿Ves? Ya te ha hecho efecto el *reconstutiuyente*.

La risa de Elena fue seguida de un golpetazo con un cojín del sofá.

El verano se acercaba y eso hacía recordar a Elena que cada vez le quedaba menos tiempo para estar en Berlín. Con la llegada de las vacaciones finalizarían su beca en el museo de Treptow y los días dedicados a buscar a las Mauermädchen. Y aunque quedaban meses para que eso ocurriera, el tiempo era como un lobo acechándola a su espalda, recordándole que tenía un límite.

Por eso en aquellos días se afanaba en revolver papeles y buscar por todos lados el rostro de la mujer que solía acompañar a Horst Siegmann. Su mesa del museo estaba llena de sus fotografías del año 1961. Nunca había sido consciente de lo diferentes que eran las caras hasta ese día. Cada una le parecía un mundo diferente, una historia en cada mirada. Estaba tan concentrada en las caras que no oía la televisión que alguien tenía encendida en la planta baja, ni tampoco oyó llegar a Dorothea.

Venía con noticias.

Pero no las que ella esperaba.

—Elena, tenemos que quitar la foto de la exposición.

Elena entendió las palabras, pero no el significado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Nada, no te preocupes. Es solo que necesitamos espacio para la nueva exposición sobre el antiguo aeropuerto de Johannistal —dijo Dorothea con tacto—. En cuanto termine, la volveremos a poner en su sitio.

Elena comprendió que aquello no era el Louvre y que las exposiciones iban y venían, las fotos cambiaban. Todo fluía. Pero también se dio cuenta de lo que pasaría si continuaba la

corriente de aquel río.

—Cuando volváis a ponerla, yo no estaré. Es decir, ya estaré en España.

Dorothea afirmó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿No podemos colocarla en algún otro sitio, no sé, en el vestíbulo, por ejemplo? Quizá alguien las reconozca.

Dorothea ni tan siquiera llegó a contestar, sabía por lo que estaba pasando Elena, así que le dedicó una sonrisa amable. La obsesión del principio, la adrenalina de encontrar nueva información para, al final, no dar con la tecla, no llegar a nada. Por eso decidió intentar desviar la atención hacia el trabajo de Elena.

Tomó una de las fotos y vio otra vez la cara de la mujer.

—¿Algún avance con la mujer?

—Nada. Es como buscar una aguja en un pajar. ¿Cuántas berlinesas pudieron salir ese día a ver la construcción del Muro? Miles... Lo que no acabo de entender es por qué sale en tantas fotos.

—Quizá fuera su mujer.

—No, lo he comprobado. Su mujer es morena y alta. No se parece en nada.

Dorothea hizo un esfuerzo por identificar en su memoria aquella cara.

—Tengo la sensación de que la estuve viendo cada día durante un tiempo. Como si fuera una vecina o alguien con quien te cruzas habitualmente por la calle, ¿sabes?

—¿Podría haber sido una vecina?

—No lo sé... —acertó a decir Dorothea mientras dejaba la fotografía en la mesa de Elena—. Siento no ser de más ayuda.

Dorothea desapareció dejando tras de sí un rastro de pesimismo. Elena ahora ya no podía pensar en aquella mujer desconocida, ni en el Muro ni en las chicas. Ya solo pensaba en

que estaba perdiendo el tiempo. Nunca encontraría nada, ni tan siquiera se acercaría a desentrañar los misterios de la foto.

Después de la marcha de Dorothea solo quedó el molesto sonido de la televisión inundando la sala del museo.

Entonces, un rayo de esperanza.

Un rayo en forma de tres consonantes.

—¡ZDF!

Elena fue hacia el pasillo a ver qué estaba sucediendo, pero antes de llegar apareció Dorothea por la puerta.

—Informativos de la ZDF.

Elena seguía sin comprender.

—La mujer de la foto. Ya sé quién es —parloteaba Dorothea —. Salía en los informativos de la ZDF. Era reportera o algo así en Berlín Oeste.

Y el rayo de esperanza iluminó la cara de Elena.

—¡Claro, una periodista! —gritó Elena mientras en su cabeza encajaban todas las piezas—. Por eso sale en tantas fotos: no lo estaba acompañando, estaba trabajando con él.

—Búscala.

Y tras la consigna de Dorothea, Elena le sonrió y se volvió a indagar el número de la ZDF en el ordenador. Estaba pletórica. Dorothea la miró trabajar con una mezcla de orgullo y alegría.

INGRID

Las dos manos se quedan suspendidas sobre el Muro.
En ese momento aparece un fotógrafo de la revista *Stern*, Horst Siegmann.
Suena un clic y la fotografía se vuelve un icono: revistas, libros, anuarios...
Incluso reciben un nombre: las Mauermädchen, las «chicas del Muro».

Por una vez, no fue difícil encontrarla. Al poco de mandar la foto a los servicios informativos de la ZDF, Elena recibió un nombre: Ingrid Frey. Y un número de teléfono.

Antes de llamar, Elena dedicó un rato a averiguar quién era la persona con la que hablaría.

Ingrid Frey.

Periodista.

Nacida en 1939.

Licenciada en 1959.

Reportera *freelance* en Berlín Oeste en 1960.

Periodista del *Berliner Zeitung* de 1965 a 1970.

Reportera de los informativos de la ZDF de 1974 a 1982.

Corresponsal en Asia Pacífico de 1982 a 2001.

Columnista en el *Berliner Zeitung* de 2001 a 2005.

Ocupación actual: jubilada.

La conversación con Ingrid fue rápida. Ella se mostró amable y educada, aunque no dio mucha información. Elena le explicó que estaba buscando a una mujer que acompañó a Horst Siegmann el día de la construcción del Muro y las jornadas posteriores. Ingrid le confirmó que ella había estado ese día con Horst. Elena le preguntó por la foto de las Mauermädchen, pero Ingrid no sabía a qué foto se refería. Así que decidieron quedar para conocerse y ver la imagen.

Esa misma tarde, Elena se encaminaba a Teltow, el barrio donde vivía Ingrid. Al llegar se dio cuenta de que aquello tenía poco que ver con el Berlín que conocía. Las *Plattenbaus*, las típicas construcciones soviéticas, las tiendas de ropa de segunda mano y los grafitis habían dado paso a casas

unifamiliares y grandes espacios verdes. Tenía la sensación de haber aterrizado en un pueblo de mitad de Alemania. Y estrictamente estaba en un pueblo. Teltow no pertenecía a Berlín, pero si cruzaba cualquiera de los puentes del canal ya se encontraría en Berlín Oeste de nuevo.

Elena llegó a una de esas casas unifamiliares con un bonito jardín en la entrada. Lleno de flores y abejas. Se acercó y llamó a la puerta.

Al otro lado de la puerta la esperaba una mujer mayor, que se mantenía en muy buena forma, con el pelo blanco y largo.

—Ya voy.

Al segundo, Elena comprobó que aquella mujer era efectivamente la misma de la foto. Aunque el tiempo le había arrugado la piel y le había vaciado los músculos, su expresión seguía siendo la misma. Mirada inteligente, sonrisa de medio lado, nariz alargada.

—Elena, supongo —dijo Ingrid apretando la mano de Elena —. Te invitaría a entrar en casa, pero con el tiempo tan bueno que hace, he pensado que sería mejor que diéramos un paseo.

—Me parece una idea estupenda —respondió a la proposición Elena.

Así que las dos mujeres salieron del jardín siguiendo las indicaciones de Ingrid, que llevaba un sobre en la mano. Elena estaba intrigada por su contenido, pero decidió esperar a conocerla un poco más antes de preguntarle por él.

Pese a que en aquel momento la investigadora era Elena, los años dedicados al periodismo pesaban mucho en Ingrid, y fue ella la que tomó primero la palabra.

—O sea que eres española...

—Sí —dijo tímidamente Elena.

—Por el nombre no sabía si serías italiana o española. ¿Cómo has acabado en Berlín?

—Tengo una beca para trabajar en el museo de Treptow.

—¿Y qué tal? ¿Te gusta?

—Sí. Es todo muy diferente, pero me he adaptado bien.

—¿Habías estudiado ya alemán? ¿O tus padres son de aquí? Porque lo hablas muy bien.

—Gracias. Pasé un año en Viena, en la universidad.

Elena estaba incómoda hablando de sí misma, de modo que dio un giro a la conversación y sacó una de las fotos que llevaba en una carpeta.

—Es usted, ¿verdad?

Elena sabía que era ella, pero quería su confirmación.

—*Oh, mein Gott* —respondió Ingrid, deteniéndose en el camino—. Diría que sí, que soy yo... pero hace tanto que no me veo así que ya casi ni me reconozco. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

—Cincuenta y ocho años —puntualizó Elena, como si la última frase de Ingrid hubiera sido una pregunta.

—Qué guapa estaba. —Sonrió al verse—. Sé que no debería decirlo, pero estaba radiante. Horst siempre supo captar esos momentos.

Elena se alegró de escuchar el nombre de Horst Siegmann, eso le daba pie a entrar en el tema que le interesaba.

—Esto fue el día de la construcción del Muro, ¿verdad?

Ingrid volvió a retomar el paso.

—Sí, fueron días muy locos. Quizá los más locos de mi vida... y de esta ciudad.

Elena iba a sacar la foto de las Mauermädchen, pero se retuvo al oír aquella respuesta.

—¿Más que los de la caída del Muro?

—Para mí, mucho más.

—¿Qué le sucedió?

—Que me convertí en periodista. Es irónico, pero quizá si no hubieran construido el Muro, yo jamás habría hecho carrera en el periodismo. —Ingrid tocó el brazo de Elena y le hizo dar

media vuelta.

—Mejor vayamos por aquí, pasearemos por un sitio perfecto para esta conversación.

Las dos mujeres cambiaron de dirección y volvieron sobre sus pasos.

—¿Qué te estaba diciendo? —preguntó Ingrid.

—Que jamás habría trabajado de periodista si...

—Ah, sí. Hasta aquellos días yo era una don nadie en el mundillo. Acababa de terminar los estudios y casi no tenía experiencia. Me habían rechazado en varios periódicos, así que decidí establecerme como periodista independiente. ¿Sabes lo que significa eso?

Elena afirmó con la cabeza.

—No, no lo sabes. Crees que lo sabes, pero no... Periodista independiente significa aburrimiento. Al no formar parte de ningún periódico, era difícil conseguir pases de prensa para hablar con políticos o acudir a ruedas de prensa. Sin embargo, había muchos eventos que estaban encantados de tener cobertura periodística, daba igual quién fueras. Ya sabes, galas de cine, actos publicitarios, pases de moda... Aunque parece muy glamuroso, es aburridísimo. En uno de ellos fue donde conocí a Horst. Él era joven, pero llevaba ya mucho tiempo como fotógrafo. Enseguida congeniamos.

Elena recordó las fotos de 1961 que había visto en la página web del Landesarchiv Berlin, en las que aparecían galas, entregas de premios, eventos deportivos.

—Horst me acogió como a una hija, o más bien como a una hermana. Me vio desprotegida entre tanto hombre y siempre me conseguía algún famoso. Eso es algo que me enseñó él. A los famosos no les gusta hablar con periodistas, en cambio en aquella época nunca decían que no a una foto. Así que cuando alguno posaba para él, me hacía un gesto para que me acercara y pudiera entrevistarlo.

Elena estaba muy contenta de que Ingrid tuviera ganas de hablar, pero se estaba alejando mucho del tema.

—¿Y el día de la construcción del Muro?

—Esa sí que fue una buena historia... y todo casualidad. Como era verano había pocas noticias. Llevábamos semanas sin vernos, pero la noche anterior, el sábado, nos encontramos en el estreno de una película o de una obra de teatro, ya no me acuerdo. El caso es que estuvimos juntos cerca del zoo, en Berlín Oeste. Como hacía mucho que no hablábamos decidimos quedarnos hasta que saliera la gente para ver si conseguíamos alguna entrevista más y mientras tanto charlar un poco. La película, la obra de teatro o lo que fuera acabó tarde, y yo me fui a casa andando, pues no vivía lejos. Sin embargo, Horst tuvo que coger el transporte público. Allí fue donde se enteró.

—¿De la construcción del Muro?

—Sí —afirmó Ingrid—. Llevaban desde la medianoche poniendo alambre de espino y distribuyendo a los soldados por toda la zona este. Desde el tren se podía ver perfectamente lo que estaba sucediendo.

—No me quiero ni imaginar el miedo que pasaría la gente al ver que dividían la ciudad.

—En realidad no la dividieron, la aislaron —apuntilló Ingrid con tono de profesora—. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Alemania se partió en cuatro zonas: una francesa, una inglesa, una estadounidense y una soviética. Los distintos territorios, sin embargo, no eran equitativos. La Unión Soviética se quedó con la mitad este del país y los aliados, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, con la parte oeste. Y el mismo destino corrió Berlín, un pastel cortado en cuatro partes. Todo el este para la URSS y el oeste dividido en tres zonas para los aliados. Con una salvedad. Berlín estaba justo en el centro del territorio alemán de la Unión Soviética. Es decir, aunque el oeste de Berlín pertenecía a los aliados, estaba rodeado por

completo de territorios soviéticos. Era, como mucha gente lo llamaba, una isla tras el telón de acero.

Elena recordó que al llegar a Berlín se dio cuenta de que el Muro no dividía la ciudad, sino que rodeaba la parte oeste. En realidad servía para arrinconar a la población occidental. O más bien para impedir que los ciudadanos de Berlín Este pudieran escaparse al Oeste de una forma tan sencilla como cruzar la calle.

—Las palabras son siempre importantes —continuó Ingrid—. Si decimos que dividieron la ciudad, parece que fue simplemente un reparto de cartas. Esto para ti, esto para mí. Ahora ponemos una línea y esto es tuyo y esto es mío. Pero no fue así. De lo contrario, no lo habrían hecho en plena noche, durante las vacaciones y sin notificarlo a nadie.

—¿Usted se enteró también aquella noche? —preguntó Elena, volviendo a encauzar la conversación hacia lo ocurrido el 13 de agosto de 1961.

—Sí. Gracias a Horst. En cuanto llegó a casa me llamó. ¡Y eso que debían de ser las dos de la mañana! —Ingrid no pudo evitar una sonrisa—. Me dijo: «¿Quieres una noticia de primera plana? Sal a la calle. Ahí la tienes». —Ingrid hizo una pausa, como si estuviera recordando algo—. Le hice caso. Me vestí y fui a la puerta de Brandemburgo. Por todas partes había soldados, obreros y camiones. Tomé mi bloc de notas y a las siete de la mañana estaba entrando en las emisoras de radio nacionales de varios países. Sin esa noche, quién sabe dónde hubiera acabado trabajando... ¡Aquí es! —anunció Ingrid con una efusividad que sorprendió a Elena.

Frente a las dos mujeres se extendía un pequeño parque, una zona colmada de verde que separaba las últimas casas de Teltow de las primeras de Berlín, con un paseo que zigzagueaba entre los árboles. Elena pensó que la franja era demasiado pequeña para ser un parque planificado. Entonces

vio dos placas de hormigón en la entrada del parque y lo entendió todo.

—¿Son las originales? O sea, ¿estuvieron aquí durante aquellos años?

—No lo sé —respondió Ingrid—. Pero sí, son auténticas. El Muro de Berlín en todo su esplendor.

Elena se acercó y comprobó lo pequeña que se sentía frente a aquella mole de hormigón.

—Me gusta verlo aquí, en medio de la naturaleza —prosiguió Ingrid—. Hay algunos sitios donde se ha convertido en una especie de atracción turística. ¿Sabes que hay un hotel en Las Vegas en el que puedes hacer pis sobre un trozo de Muro? —dijo en un tono de reprimenda—. Bueno, en realidad, tú y yo no podemos. Solo los hombres.

Mientras Ingrid hablaba, Elena se fijó en una pequeña inscripción en japonés junto al Muro. Un cartel con letras niponas y un escudo del ayuntamiento de Teltow. Supuso que era el nombre del Muro de Berlín para los turistas japoneses, pero Ingrid la sacó de su error.

—TV-Asahi-Kirschblütenallee, es decir, la avenida de los Cerezos en Flor de la TV Asahi.

—¿Perdón?

—Es lo que pone ahí: TV-Asahi-Kirschblütenallee. Es el nombre de la calle.

—¿En japonés?

Ingrid no pudo ocultar una sonrisa.

—Sí, en japonés. Es que esta avenida es japonesa.

Al echar la vista al frente, Elena comprobó que estaba rodeada de cerezos, un árbol que había visto muchas veces junto a la casa de su abuela.

—Es una de esas viejas historias de Berlín —comenzó Ingrid —. En primavera, la avenida se llena de flores de cerezo. Lo que hoy ves verde, se llena de pequeñas flores rosas. *Sakura*, las

llaman los japoneses. Y, aunque no te lo creas, todo esto existe gracias a un corresponsal japonés en Berlín. El día que cayó el Muro estaba en Japón, lejos de la que había sido su ciudad. Se alegró mucho por sus amigos y excompañeros, cuando de repente le asaltó una duda: qué pasaría con el espacio que recorría el Muro. Él, que había paseado tantas veces por delante del Muro, sabía que ocupaba un espacio enorme. Se imaginó cientos de edificios copando lo que un día fue la franja de la muerte. Lo cierto es que no iba muy desencaminado —comentó Ingrid con ironía—. El caso es que llamó a su cadena de televisión, Asahi, e hizo una propuesta. Al día siguiente organizaron un programa especial para recaudar fondos para Berlín. La idea, de tan absurda, era bella: conseguir tantos cerezos como fuera posible para plantarlos en la franja del Muro.

Elena se quedó pasmada.

—¿Y lo consiguieron?

—Vaya si lo consiguieron —dijo Ingrid—. Consiguieron diez mil cerezos.

La cifra impresionó a Elena. Diez mil cerezos eran muchos, aunque el perímetro del Muro de Berlín era enorme.

—Pero... el antiguo Muro no está rodeado de cerezos, ¿verdad?

—No, tranquila. El ayuntamiento de Berlín tomó otra decisión para transformar el Muro...

—La franja de adoquines —se adelantó Elena recordando la línea en el suelo que había visto tantas veces atravesando la ciudad y que te avisaba de cuándo entrabas en el sector este u oeste.

—Efectivamente. El caso es que entonces el ayuntamiento de Berlín se encontró con que debía plantar diez mil cerezos.

Elena volvió a adelantarse.

—¿Están todos plantados aquí?

—No. Aquí hay una gran mayoría, pero muchos están plantados en lugares significativos de aquella época, como por ejemplo la puerta de la calle Bornholmer, el primer paso que se abrió a los berlineses del Este, o en el puente de los espías. Son una preciosidad. Fue uno de mis primeros reportajes para la televisión.

—¿Era difícil contar historias como esta en aquella época? Es decir, ¿era complicado ser periodista y mujer?

Ingrid respondió con una sonrisa la pregunta inocente de Elena.

—Querida, las cosas siempre son más difíciles para una mujer, en cualquier época y en cualquier profesión. —Elena la miró con un gesto de complicidad—. La mayoría de la gente no confiaba en mí. Creo que ni ellos lo sabían, pero era así. Si tenían que elegir entre un hombre y yo, elegían al hombre por sistema. Daba igual la experiencia, los contactos o los conocimientos del tema, optaban por el hombre. —Elena dejó de mirar el Muro para centrarse en Ingrid—. Sin embargo, había algunas personas, una pequeña minoría, que no te juzgaban de cuello para abajo. Horst, por ejemplo, era así.

Elena de pronto recordó a Horst Siegmann y el cometido de su visita. Estaba tan a gusto charlando con Ingrid que había olvidado por un rato al fotógrafo, a las Mauermädchen y la investigación del museo.

—¿Y para Siegmann también cambió su vida profesional aquella noche?

Ingrid torció el gesto.

—Horst era mucho Horst. Él era *freelance* por vocación, no sabía estar en una redacción de prensa. No me entiendas mal, era un tipo encantador y todo el mundo lo adoraba. Pero a él nadie podía decirle dónde poner la cámara. Era único captando el momento perfecto y su esencia. Tenía un don, un don que necesitaba libertad. Como aquel día... Ah, por cierto, se me

olvidaba.

Ingrid abrió su carpeta y le enseñó lo que contenía.

—Cuando Horst murió, Elsa, su viuda, me las envió. Hacía años que no las veía. Me has hecho abrir una *Mottenkiste* para buscar las fotografías.

Elena no entendió la expresión y preguntó qué significaba *Mottenkiste*. Ingrid le hizo comprender que se refería a una caja llena de polillas, no en sentido literal, sino a que guardaba viejos recuerdos y al abrirse, las polillas salían de la caja. Elena, satisfecha de haber aprendido una palabra nueva en alemán, se dio cuenta de que sería incómodo ver las fotos de pie.

—¿Le importa si nos sentamos un momento para ver las fotos?

—Claro que no, así descanso un poco. Ya no tengo edad para hacer caminatas.

Las dos mujeres se sentaron en un banco del parque, junto a un columpio infantil donde una pareja de hermanos jugueteaba arriba y abajo.

Elena tomó la carpeta que le ofrecía Ingrid. Al abrirla, la primera foto que vio era una de las imágenes que ya conocía del Landesarchiv. En ella, un grupo de vecinos, reunidos en una esquina, observaban con curiosidad a unos obreros que descargaban un camión protegidos por varios soldados. Entre los curiosos de la esquina estaba una Ingrid joven y despreocupada mirando la escena.

—No sé cómo pude hacerlo. No había dormido en toda la noche y, sin embargo, mírame. Parece que acabo de salir de la peluquería.

Elena aprovechó para volver sobre el tema.

—¿Estuvieron juntos todo el día?

—Sí, supongo. No recuerdo todo. ¡Hace tanto tiempo! Pero sí recuerdo que paseé con Horst por todo el perímetro, y que

estuve con él de madrugada. —Ingrid no pudo evitar reírse—. El pobre pasó la noche entera esperando a que saliera el sol para poder hacer fotos en condiciones. Mientras yo entrevistaba a la gente, él se quedaba fumando a unos pasos de distancia. Ahora me puedo reír, pero en aquel momento estaba asustadísima.

—Por lo que he leído, no fue la única. La gente se volvió loca aquella noche.

—No te lo puedes ni imaginar. Mucha gente tomó medidas desesperadas. En un par de horas tuvieron que decidir dónde iban a vivir. Era habitual tener familia, pareja o trabajo en el otro lado. Para los del Este era más complicado salir, pero en aquellas horas aún era más fácil de lo que sería después.

—La verdad es que tuvo suerte de estar en el Oeste.

—Sí —respondió Ingrid, aunque Elena vio una sombra de duda en su afirmación.

—¿No le parece mejor?

—Bueno... no era peor —contestó Ingrid—. La ciudad se quebró. Hubo malos momentos en ambos lados. No fue fácil para nadie.

Elena no lograba entender la crítica, así que apretó un poco más con una pregunta.

—Pero el Oeste al menos tenía el apoyo de los aliados.

—Ah, los aliados —dijo Ingrid con grandes aspavientos—. ¿Sabes lo que hizo Kennedy el día que se enteró de lo del Muro?

Elena negó con la cabeza.

—Respirar aliviado —se autorrespondió Ingrid con enfado—. Mucho «Ich bin ein Berliner» y mucha publicidad, pero le vino de perlas que construyeran el Muro.

Ingrid había cambiado la sonrisa con la que había descrito a Horst por un gesto soliviantado al hablar de Kennedy.

—¿Por la propaganda? —preguntó Elena, desconcertada.

—No, porque le resolvió un problema. Los soviéticos no iban a soltar Berlín, eso lo sabía todo el mundo. Jrushchov se lo había dicho a Kennedy unos meses antes de la construcción del Muro. O nos devolvéis Berlín o...

Ingrid no terminaba la frase, así que Elena se atrevió a terminarla.

—¿Guerra?

—Sí —contestó Ingrid relajando un poco el gesto—. Esa era la otra opción. Una nueva batalla en Berlín. O eso decían los soviéticos... No sé si hubieran sido capaces, pero la amenaza estaba ahí. Así que los aliados ni se inmutaron cuando construyeron el Muro. Se quedaron calladitos y nos dejaron solos.

—Bueno, dieron mucho dinero a la ciudad —dijo Elena rebatiendo las palabras de Ingrid.

—El dinero no lo puede comprar todo, querida —sentenció la mujer.

Elena comprendió que aquella conversación no la estaba llevando hacia el lugar que ella quería, así que decidió volver a las fotografías. Iba pasando una a una las imágenes y deteniéndose para ver los detalles.

—Son preciosas —dijo Elena.

—Ya te he dicho que Horst tenía un don especial.

—Muchas las había visto en internet —comentó Elena—. Sin embargo, ahora me parecen mejores.

—Es el papel. La fotografía es siempre diferente en papel —respondió sin dudarlo Ingrid.

Elena acarició una de las fotos pensando en la cantidad de información que le transmitía. Parecía despertarle todos los sentidos, no solo la vista.

—Yo casi no he conocido fotos en papel. Siempre las he visto en una pantalla —comenzó Elena—, pero sí recuerdo sentarme de pequeña junto a mi padre para ver sus álbumes. Mis padres

tenían dos tomos marrones de cuando eran jóvenes. Yo los miraba una y otra vez. Me imaginaba sus vidas antes de mí, me imaginaba cómo serían, cómo hablarían, por qué vestían así.

—Los recuerdos no se pueden guardar en un ordenador —afirmó Ingrid—. Al menos, no los nuestros. Pertenecemos a un mundo de papel. Si alguien quiere conocer nuestras vidas, tendrá que tocar las fotos con sus propias manos.

Elena quedó hipnotizada al oír la frase «Pertenecemos a un mundo de papel». Le pareció un hallazgo, algo que podría escribirse en un libro. Y pensó que debía apuntarla en cuanto terminara de hablar con Ingrid, para no olvidarla nunca.

Y justo en ese momento, como si hubiesen escuchado la frase de Ingrid, aparecieron ellas. Entre el montón de fotos que había traído Ingrid, allí estaban otra vez.

Dos chicas. Una despedida. Un soldado con una flor. Un muro. Esa mirada.

—Aquí están —dijo Elena en español para sí, aunque Ingrid pudo oírlo.

—¿Cómo?

—Las chicas del Muro. La fotografía. Esta es la fotografía sobre la que estoy investigando.

Ingrid tomó la foto y se acercó a ella para poder verla con detalle.

—Ah, ¿esta es? Qué curioso... Es la más triste —añadió.

Elena no dudó ni un segundo en hacer la pregunta que llevaba rumiando toda la mañana.

—¿Estabas allí? Cuando Horst disparó la cámara.

Ingrid la miró con un aire de desencanto.

—No, lo siento. Eso debió de ser unos días después de nuestra salida. ¿Ves? —dijo señalando el muro entre las dos chicas—. Eso no estaba construido el primer día. No se hizo hasta más tarde. Yo solo estuve con Horst el 13 de agosto. Bueno, y la noche del día 12. La foto la tomaría por lo menos

seis o siete días después.

Elena sintió que algo se rompía dentro de ella. No era su corazón, sino sus planes. Había imaginado que Ingrid le contaría lo que pasó aquel día con las dos chicas, y que su relato le serviría para avanzar en la investigación, incluso para encontrar a las muchachas. Pero ahora se daba cuenta de que no tenía nada.

Ingrid le devolvió la fotografía a Elena para que la pusiera de nuevo en el montón. Entonces, al pasársela, vio que había algo escrito detrás.

—Fíjate —dijo—, aquí está la fecha de la foto.

Elena le dio la vuelta al papel y se encontró con unas letras escritas hacía décadas, que se mantenían indelebles. «Sommer 63».

—Verano del 63 —leyó Elena en voz alta.

Ni siquiera la fecha estaba bien, pensó. La construcción del Muro fue en 1961 y no en 1963. El año, como su investigación, estaba equivocado. El pesimismo se iba apoderando de ella.

—¡Qué raro! —exclamó Ingrid, interrumpiendo su pensamiento—. Horst era muy ordenado con sus papeles. Tenía sus documentos muy sistematizados. Me sorprende que se confundiera de año.

—Eso es lo que pone aquí —respondió Elena entristecida.

—Es un error muy poco típico de Horst.

Elena ya no la escuchaba, pensaba en otra cosa. Estaba pensando en qué palabras y qué tono usar para decirle a Dorothea que renunciaba a la investigación.

DOROTHEA

Pero poco a poco el tiempo va borrando la historia.
Se pierden los nombres, las calles, las despedidas.
Hasta que un día la foto se cuelga en un museo.
Mi museo.
El museo de Treptow Berlín.

Elena llevaba toda la mañana retirando las fotografías de la sala donde hacía pocos meses había descubierto a las Mauermädchen. Su labor era sencilla: descolgar las fotos, guardarlas en unas cajas de cartón con refuerzos y dejarlas ordenadas según el número de serie. Elena lo hacía muy enfadada, no porque la tarea le pareciera aburrida, al contrario, disfrutaba de poder hacer algo práctico, con un fin en sí mismo. Era precisamente el otro trabajo, el «proyecto de investigación», como lo llamaba Dorothea, lo que la tenía abrumada. Ni siquiera creía poder considerarlo una investigación porque no había obtenido ningún resultado. Elena decidió utilizar lo que había aprendido en la universidad para ver si encontraba algún dato en internet o en los archivos de la ciudad, pero nada. Siempre daba con la misma información: la fecha y el autor de la foto. Un callejón sin salida.

Estaba tan desesperada que había escrito en foros dedicados al Muro de Berlín, en los que participaban investigadores y forofos de la historia. Había recibido alguna respuesta interesante, como la del usuario Hohenstückchen 192, que escribió lo siguiente al ver la imagen:

> Esa foto estaba en mi libro del colegio. Creo que en el de la segunda clase. No sé cómo se llamaba el libro, pero estoy seguro de que aparecía esa foto. Debía ser el año 1995. Si quieres lo busco.

Elena contestó que, por favor, lo hiciera. No obstante, el rayo de esperanza se apagó en unas pocas horas. El usuario le envió

la imagen de un viejo libro de historia. En una de sus páginas aparecía la foto que obsesionaba a Elena enmarcada en un texto sobre la construcción del Muro. El pie de foto solo ponía: «Dos chicas se despiden frente al Muro de Berlín».

Elena le dio las gracias a Hohenstückchen 192 y siguió buscando información sobre las dos chicas. En ningún otro foro de internet ni página web halló nada más.

Y entonces se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Nunca iba a encontrar a esas dos mujeres ni a conocer su historia. El mundo era demasiado grande. Berlín era demasiado grande, y no un pueblo como le había dicho tantas veces Nelly.

Elena continuó guardando en cajas las fotografías, dejando a las Mauermädchen para el final. «En cuanto descuelgue esa fotografía —pensó— se acabó la investigación, se acabó el Muro y se acabaron las chicas». Mientras tanto, lo único que podía hacer era, precisamente, lo que había escuchado el día que descubrió la fotografía.

Sentarse y mirar.

En aquel momento le apetecía más que cualquier otra cosa volver a ese banco con su abuela, sentirse segura y mirar a los demás jugar.

Entonces entró Dorothea en la sala y, como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—A mí también me da pena guardarlas en una caja.

Elena no respondió.

—¿Hay alguna novedad sobre ellas?

—Sí —respondió Elena—. Dejo la investigación.

Dorothea se quedó estupefacta.

—Muchas gracias, me parece un proyecto precioso, pero creo que no soy la persona adecuada. En un par de meses me marcharé de la ciudad y estoy segura de que habrá alguien que pueda hacer la investigación mejor que yo.

Dorothea la miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Si continúo yo con la investigación, nunca van a ser encontradas.

Dorothea sonrió.

—Pero es que yo no quiero que sean encontradas. Quiero que las encuentres tú.

A Elena la asombró el comentario de Dorothea. Nunca la había tratado así, de tú a tú, como si estuvieran al mismo nivel.

—Coge una chaqueta —dijo Dorothea mientras se levantaba de su sitio—. Hace frío y vamos a ir en bicicleta.

Elena seguía la bicicleta verde de Dorothea por las calles cercanas al museo. Efectivamente, aunque era un día soleado, en cuanto se subió a la bicicleta empezó a notar el viento frío en su cara. Siempre tenía la impresión de que Dorothea iba un paso por delante de ella. Entonces un pensamiento le cruzó por la cabeza.

¿Acaso Dorothea conocía la historia que escondía la foto? A lo mejor ella ya sabía quiénes eran las Mauermädchen.

Pero ese pensamiento desapareció en cuanto enfilaron la avenida hacia Neukölln. Elena tenía muy claro a donde se dirigían.

Al llegar, Dorothea se bajó de la bicicleta, grácil, y anunció el nombre de las calles como la actriz de un espectáculo circense:

—La calle Harzer con Mengerzeile. El lugar de la foto, el lugar de las Mauermädchen. ¿Habías estado aquí antes?

Elena pensó en mentir y asentir, pero el miedo la obligó a no engañar a su jefa y decir la verdad.

—No, solo lo había visto en fotos.

—¿Qué te parece?

El sitio no tenía nada que ver con lo que se veía en la foto de las Mauermädchen. Era un lugar lleno de modernidad. Un edificio en construcción alumbraba la esquina que en el pasado había sido la arboleda tras las chicas. Enfrente había una tienda de lavadoras suecas, muy blancas y muy caras.

—Frío. Es como si aquí nunca hubiera pasado aquella historia.

Al oír la palabra «historia» al final de la frase, Dorothea cambió el gesto.

—¿Alguna vez te he hablado de mi padre? —comenzó Dorothea—. Era historiador, como yo. Bueno, más o menos: no precisamente historiador de museo, sino un buen contador de historias. Cada noche se tumbaba junto a mí y me contaba una. Siempre comenzaba con la misma pregunta: «¿Quieres que hablemos en el lenguaje de las historias ?».

Elena vio a Dorothea emocionarse y comprendió que aquella barrera que alguna vez había existido entre ellas acababa de ser demolida.

—Yo le respondía que sí —continuó Dorothea—. El lenguaje de las historias... ¡Qué recuerdos! Él aseguraba que hablaba tres lenguas: alemán, berlinés y el lenguaje de las historias. Aún lo recuerdo tumbado en aquella cama fría, a mi lado. Noche tras noche, un cuento en el lenguaje de las historias. «Nadie más sabe hablarlo, solo tú y yo. Es nuestro idioma secreto», me decía.

Bajo los párpados de Dorothea empezó a formarse la primera lágrima.

—No sé cuántas historias pudo contarme; cientos, miles..., todas acerca de otras personas. Jamás hablaba de sí mismo. Cientos de veces le pregunté por su vida, por su infancia, por los años de la guerra. —Elena adivinó en un instante que, por edad, aquel padre que hacía tan solo unos segundos la había emocionado probablemente habría formado parte del peor ejército que jamás haya existido—. Nunca explicaba nada. Como buen maestro de las palabras, se escabullía y conseguía embaucarte con otro relato, lo más alejado posible de lo que le habías preguntado.

Dorothea miró a Elena.

—Un día estábamos andando por Leipzig, donde él se había criado. Habíamos ido a visitar a unos familiares. Al salir de la casa decidimos dar un paseo antes de volver a Berlín. Yo debía de tener unos veinte años y él, cerca de cincuenta —puntualizó

Dorothea—. Al doblar una esquina nos sorprendió un fuerte olor a comida. Venía de uno de los restaurantes tradicionales de la parte vieja. Era un aroma muy peculiar. Tenía un toque de pimentón, pero dulce y conjugado con otras muchas especias. Mi padre, al olerlo, se detuvo. Yo no entendía qué estaba pasando. Entonces dijo algo que en aquel momento no comprendí: «Se me había olvidado el olor». Acto seguido se echó a llorar. —Dorothea le sonrió a Elena, aunque su sonrisa era triste—. Nunca había visto a mi padre llorar así.

Elena dudó si debía decir algo, pero prefirió callar.

—¿Sabes a qué olor se refería?

—No —contestó Elena.

—Al olor de su casa. Era el olor de la cocina de su madre, de mi abuela. Cuando volvió de la guerra, roto por lo que había vivido, se fue directo a casa de sus padres. Al entrar en la cocina de su madre supo al segundo que ella había muerto.

Elena lo comprendió todo.

—¿Por el olor?

—Por su ausencia —contestó Dorothea—. La cocina no era la misma sin ese olor. Había cambiado.

Las lágrimas empezaron a caer por su rostro.

—Aquel día, en Leipzig, al encontrarse con aquel olor, los recuerdos volvieron a su mente. La guerra, los días de sol en el lago, el horror de las trincheras, los primeros bailes... Me lo contó allí mismo, como si fuera un torrente que no podía parar. Y lo había desencadenado un olor. —Dorothea hizo una pausa para secarse las lágrimas—. Pero ¿sabes qué es lo más fascinante? Que aunque nunca me había hablado de aquello, nada de lo que me contó me sorprendió. Porque ya me lo había contado. Camuflado en otras historias, en pequeños detalles que se le escapaban en cada relato, en diálogos que alguna vez escuchó o que dijo él mismo.

Dorothea salió de su memoria y regresó a Berlín, a la esquina

de la calle Harzer, y señaló con la mano la calle.

—Elena, ¿qué ves aquí?

—No sé, la ciudad.

—No —negó con rotundidad Dorothea.

Dorothea se acercó a la bicicleta y cogió la misma carpeta que Elena le había intentado dar unos minutos antes.

—Y aquí, ¿qué ves?

—Dos chicas que se despiden.

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Elena, impaciente.

—Ahí estás tú —dijo señalando la foto—. Esta es tu historia. Por alguna razón esta fotografía se te ha metido dentro y no la puedes sacar. Y la única manera de que salga de ti es que cuentes esta historia, que hables en su mismo lenguaje. El lenguaje de las historias.

Elena no pudo más que asentir.

—Vamos a empezar por el principio. ¿Dónde estaba el fotógrafo? —preguntó Dorothea.

Elena necesitó unos segundos para reponerse de la impresión causada por lo que acababa de escuchar y poder responder.

—Vamos a ver. ¿Aquí?

—No me lo parece —contestó Dorothea.

Elena se puso a buscar, y realmente era difícil saber dónde se había colocado el fotógrafo. Así que se movió por intuición y se dirigió al lugar desde el que pensaba que podría haberse tomado la foto.

Dorothea volvió a negar y le indicó el punto exacto. Justo a unos metros de la carretera, con la tienda de electrodomésticos suecos a la espalda.

—¿Allí? —preguntó aún insegura Elena.

—Sí.

Caminaron unos metros y Elena echó un vistazo desde el lugar exacto en el que casi sesenta años atrás se había situado

Horst Siegmann. Le pareció que carecía de encanto, era un sitio simple como otro cualquiera. Quizá esa era la magia de los fotógrafos, convertir un lugar corriente en algo interesante.

—¿Lo ves ahora? —preguntó Dorothea desde unos metros.

—¿El qué?

—Bajo tus pies, Elena.

Elena miró al suelo y vio un empedrado diferente a los adoquines y el alquitrán de la carretera. Eran los adoquines que marcaban el recorrido del Muro de Berlín. Recordó su charla con Ingrid y sonrió pensando que podían haber sido cerezos.

—La ciudad puede que no sea la misma —dijo Dorothea mirando la línea adoquinada—, pero siempre van a quedar restos del pasado. Berlín está contando su historia en cada esquina, en cada farola, en cada persona. Solo tienes que saber cómo escucharla. Tienes que aprender el lenguaje de su historia.

Elena miró otra vez bajo sus pies y vio el trazado que una vez siguió el Muro de Berlín.

—No sé si seré capaz.

—Estoy segura de que sí —contestó Dorothea.

BRIGITTE

La imagen se clava en mi mente.
Todos los días paso por delante de ellas y me pregunto:
¿quiénes serán esas dos chicas?
¿Por qué se miran así?
¿Qué hay detrás de ese apretón de manos?
Así que comienzo a buscarlas...

La casa de Nelly era un desastre, pero un desastre armonioso. A Elena le gustaba pasar por allí de vez en cuando, sin avisar, a la manera española. Puede que otro alemán hubiera sentido invadida su intimidad; Nelly, no. Ella era alemana, pero del tipo B, como le gustaba decir a Elena. Los alemanes del tipo B eran gente que no se ajustaba al estereotipo alemán. Aunque amasen las salchichas y las canciones del carnaval de Colonia, tenían una mente muy abierta. Eran de los que no solo viajaban por hacer turismo, sino que además intentaban comprender sociedades distintas a las suyas. A diferencia de los alemanes que persistían en el estereotipo de ser muy cuadriculados, los del tipo B eran empáticos y estaban dispuestos a conocer nuevas costumbres, nuevas recetas y, sobre todo, nuevas personas.

Quizá esto sucediera solo en Berlín, porque como decían los alemanes del resto del país, «Berlin ist nicht Deutschland», o sea, opinaban que Berlín no es Alemania. El caso era que en la ciudad Elena se había encontrado con una mayoría aplastante de alemanes del tipo B. A lo mejor porque no se puede ser nacionalista de una ciudad como Berlín.

Nelly era el perfecto ejemplo de alemana del tipo B, capaz de preparar un cuscús con menta, según una receta que aprendió en Marruecos, mientras comentaba con Elena las últimas novedades del que ella denominaba «caso Mauermädchen».

—¿Más creativa? He escrito a todos los museos, he escrito a las asociaciones de vecinos. ¡He escrito en Twitter, joder, en Twitter! —Elena soltó ese «joder» en español. Por muy buen alemán que hablara, los desfogues lingüísticos como los

insultos seguían siendo enteramente hispanos.

—¿Has escrito en Twitter?

—Sí... ¿Qué pasa? —preguntó Elena extrañada.

—Pues que nadie tiene Twitter en Alemania —dijo Nelly sonriendo.

—Me pareció que...

—Vamos a ver —la interrumpió Nelly—. ¿Cuántos años tienen esas chicas?

—Debían de tener entre dieciocho y veinte cuando tomaron la foto, así que... entre setenta u ochenta años.

—¿Tu abuela usa Twitter?

Elena tomó una cucharada de cuscús, desesperada.

—¿Y qué usan las abuelas de setenta años para comunicarse?

—Y yo qué sé. ¿Telegramas? No soy una abuela de setenta años —dijo Nelly mientras se dirigía a la nevera, allí cogió un limón y lo exprimió en el plato de Elena—. Espera, también le falta menta.

Tomó el cuenco de madera donde reposaba la menta cortada. Espolvoreó un poco mientras hablaba con Elena.

—Mira, Elena. Esto es como una red de nodos —comenzó a explicar Nelly—. Tú eres el primer nodo y estás buscando una llave que te permita conectar con el siguiente nodo, que ya estará dentro de la red.

—En cristiano, por favor —replicó Elena con una sonrisa.

—Que necesitas algo para conectar con esa generación. Algo analógico, algo pasado de moda, algo... viejo.

Elena resopló cada vez más desanimada.

—Los curas —dijo entonces Nelly muy animada—. Las abuelas van a los servicios religiosos todos los días. Tienes que ir a hablar con ellos, seguro que alguno las conoce.

—¿Quieres que vaya a hablar con todos los curas de Berlín y les enseñe las fotos?

—Es lo que haría un buen detective para resolver el caso de

las Mauermädchen. —Esto último lo dijo Nelly con voz de serial radiofónico de los años cincuenta.

Elena resopló una última vez.

—Está bien, me has convencido. ¿Qué barrio de Berlín tiene más abuelos?

—Mallorca. —Elena se rio. Por fin Nelly había conseguido sacarle una gran carcajada—. A lo mejor podíamos irnos allí a investigar. Tú y yo. La detective Oñoro y su asistente, la siempre charlatana y perspicaz señorita Bräutigam, de misión en Mallorca.

—Tengo una amiga allí, podría dejarnos dormir en su casa.

—Perfecto, ya lo estoy viendo. Todos los abuelos se reúnen a ver la puesta de sol frente al mar. Nosotras los vigilamos sentadas en una terraza tomando una sangría. Nos harían falta unos periódicos de esos con agujeros para mirar a través de las páginas.

—Y unos sombreros graciosos —aportó a la fantasía Elena.

—¡Y unos sombreros graciosos! Ellas aparecerían junto al mar. Agarradas de la mano, paseando por el paseo de la playa del Arenal. Cierra los ojos e imagínatelo.

Elena llevaba un día bastante intenso, así que hizo caso a Nelly y cerró los ojos. Trató de imaginarse a las dos mujeres, ya ancianas, caminando despacio por el paseo marítimo. Pero la imagen le resultó borrosa, era difícil visualizarlas con casi sesenta años más. Así que Elena prefirió mirarse a sí misma y a Nelly, junto a dos vasos de sangría y un periódico abierto de par en par con dos agujeritos.

De pronto, una frase le vino a la cabeza y una idea se formó en su mente.

—«Nosotros pertenecemos a un mundo de papel». ¡Eso es! ¡Eres brillante, Nelly! Ahí están mis adoquines. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Elena tomó su abrigo y salió corriendo de la casa, mientras

Nelly le gritaba preguntas que ella no respondió:

—¿Te vas a Mallorca? ¡No entiendo nada! ¿Adoquines?

Nelly se quedó un momento callada y después dijo para sí:

—Sí que soy brillante.

—Hola, buenos días. ¿El diario *Berliner Woche*? ¿Podría hablar con algún redactor?... Gracias... Sí, espero...

En el hilo musical suena una canción de los años ochenta.

—Sí, hola, buenos días. Mi nombre es Elena Oñoro... Oñoro... como «gn»... Sí. Trabajo en el museo de Treptow. Le llamo porque estamos realizando una investigación y hemos oído que tienen una sección de servicio público a la comunidad. En nuestra exposición sobre la vida del barrio tenemos una foto en la que salen dos chicas a las que nos gustaría encontrar... Sí... La foto es de 1961... Sí, un poco antigua. Lleva en el museo desde entonces... Para nosotros es un icono y desearíamos poner en contexto la imagen, por eso querríamos encontrar a las dos chicas... Sí... Sí, claro... Podría ir mañana mismo... Sí, el negativo pertenece al Landesarchiv Berlin... Por supuesto... Una última cosa: ¿podría hacer una ampliación para que solo salieran las chicas? Nos interesa que se les vea bien la cara... Sí, claro... Además, hay un soldado que está de espaldas, así que nadie puede reconocerlo. De acuerdo, pues mañana lo vemos... A en punto... Kurfürstendamm, 22... Perfecto, hasta mañana..

¿Quiénes son estas mujeres que se encontraron en la calle Harzer el 23 de agosto de 1961?

Al ver el titular en negrita y a toda página, Elena se sintió orgullosa, aunque no sabía lo que se le venía encima. El periódico se había tomado muy en serio el artículo. Al ser un diario gratuito de información local, las noticias más interesantes para los redactores eran el cambio de sentido de una avenida o los actos culturales a los que eran invitados. Sin embargo, cuando Elena comenzó a contarle la historia de las Mauermädchen a la periodista encargada del artículo, Constanze, también empezó a cautivarle la historia. Así que dedicaron una página entera a publicar la información que tenían, con una ampliación donde solo salían las dos chicas y un dato al final del artículo del que Elena se arrepentiría los días siguientes: su teléfono personal.

Nunca sabes cómo va a responder la gente al leer un caso como aquel. Elena esperaba que la noticia tuviera cierta repercusión; lo que no imaginaba era que tuviera tanta. La ciudad se volvió loca con aquella foto. El mismo miércoles en que se publicó el artículo, al llegar los primeros diarios a los buzones de los berlineses, el teléfono de Elena comenzó a sonar.

—Hola... Sí, buenos días. Sí, soy yo... Una amiga, Helga Schmiedel. De acuerdo, ¿puede darme su número de teléfono? Muchísimas gracias. Ahora es muy temprano, pero la llamaré en cuanto sea un poco más tarde.

[...]

—Hola... Sí, soy Elena Oñoro, no Onoro. Claro... ¿Una mujer que vive frente a la casa de su prima? Ajá... No sabe el nombre... Una casa gris, junto a un Kneipe... ¿Y no tiene la dirección?... De acuerdo, sí. Claro, lo buscaré en el mapa. Gracias.

[...]

—Frau Oñoro, como *cognac*... No, lo siento, no es... Sí, segura... Absolutamente... Porque Brigitte Bardot no vivía en aquella época en Berlín.

[...]

Elena se enfrentaba a un serio problema: tenía demasiada información entre manos. Había anotado cientos de números de teléfono a los que llamar y aún no era ni mediodía. Y lo peor de todo era que no podía ponerse en contacto con esa gente porque su teléfono seguía sonando sin parar. Llevaba semanas buscando una pista y ahora tenía docenas de ellas. Como solía decirle su abuela, Dios da pan a quien no tiene dientes... y dentadura a quien no tiene un real.

Estaba abrumada, pero era posible que alguna de aquellas llamadas, alguna de aquellas voces la llevara hasta ellas. Las chicas del Muro. Las Mauermädchen.

Elena pensó que, ya que se pasaría toda la mañana atendiendo al teléfono, sería mejor ir a la calle a tomar un poco de aire fresco. Cogió su móvil y su libreta y salió del museo.

Al principio le pareció una buena idea caminar mientras hablaba por teléfono, una manía que conservaba desde pequeña. No podía dejar de andar cuando contestaba una llamada. Sin embargo, se dio cuenta de que sería muy complicado escribir en la libreta mientras se movía, así que optó por una medida más conservadora.

Se sentó en uno de los bancos de piedra del parque frente al museo.

El verano se abría paso y, a diferencia de lo que sucedía en

España, las flores empezaban a mostrar todo su esplendor en el mes de junio. Los jardines estaban llenos a rebosar de color. Si su madre estuviera allí, ya habría cortado un par de flores para llevárselas a casa. A Elena esta costumbre solía ponerla de los nervios, no porque tuviera un sentimiento excesivamente protector hacia el medio ambiente, sino porque consideraba que su madre estaba robando.

Una llamada interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días.

La voz de una señora mayor al otro lado de la línea.

—Buenos días. ¿Frau Onoro?

—Sí, soy yo —contestó obviando la mala pronunciación de su apellido—. Llama por la foto del periódico.

—Sí, sí... —dijo la mujer haciendo un esfuerzo para hablar.

—¿Tiene algún dato sobre estas dos chicas?

—Sí, creo que la de la foto soy yo.

Le dio un vuelco el corazón. Elena se puso de pie.

—¿Es usted una de las chicas de la foto?

—Creo que sí... ¿Es usted extranjera? —La señora parecía desviarse del tema.

—Sí, soy española. ¿Es usted la chica de la derecha o la de la izquierda de la foto? —Las preguntas se le amontonaban en la cabeza.

—Uy, España, nunca he estado allí. Es bonito, ¿verdad? —La voz de la señora ahora sonaba más enérgica y alegre.

—¿Eh?... Sí. —Elena continuó con su interrogatorio—: ¿De qué conocía a la otra chica? ¿Eran amigas? ¿Trabajaban juntas?

—Sí, sí... Yo una vez estuve en Portugal. Sé que no es lo mismo, pero también es muy bonito.

Elena empezaba a sospechar que aquella señora lo que quería era charlar un rato con alguien. Sus esperanzas comenzaron a desvanecerse. Se puso a andar hacia las flores que había estado observando hacía solo unos momentos.

—Señora, ¿es usted realmente la chica de la foto?

—Sí, claro.

Elena necesitaba comprobarlo. Estaba cansada de hablar por teléfono y quería despejar sus dudas enseguida. Entonces vio una de las flores del jardín y le trajo un detalle a la memoria: la flor y el soldado.

—¿Recuerda al soldado que estaba junto a ustedes?

—Sí, claro.

—¿Qué tenía en la mano?

Al otro lado de la línea telefónica se hizo un silencio. Elena sabía que aquella mujer solo había visto la foto publicada en el periódico, centrada en las dos chicas, y que nada más quien hubiera estado allí podía saber que el soldado sostenía una flor.

—Un... Un fusil, ¿no?

Elena comprendió en un segundo que la mujer no era una de las Mauermädchen.

—Disculpe, señora, tengo mucho que hacer y me temo que usted no es una de las chicas de la foto.

La señora se despidió con amabilidad, consciente de que la habían pillado. Pero Elena no se sintió desanimada, ahora tenía una herramienta para tamizar la multitud de datos. A partir de aquel momento, todas sus llamadas acabarían con las mismas preguntas: «¿Recuerda al soldado que las vigilaba?» y «¿Qué tenía en la mano?».

Si las respuestas eran un simple «No sé», apuntaría los datos. La gente puede olvidar ciertos detalles después de casi sesenta años. Pero si alguien intentaba engañarla, sería muy fácil descubrirlo.

Al final del día tenía el cuaderno lleno de direcciones y teléfonos. Incluso le habían hecho falta un par de folios más para continuar con las anotaciones. Había sido agotador pero hermoso. Ya empezaba a ver luz por encima del Muro.

Las llamadas más importantes de nuestra vida solemos recibirlas en los momentos más insospechados. Como si el destino estuviera esperando a que nos encontremos en una situación incómoda. Elena estaba en el baño cuando le llegó la llamada más importante de aquel año.

Aquella mañana estaba mirando una cuenta de Instagram sobre fotografías antiguas de Berlín, sentada en uno de los retretes del museo, cuando entró la llamada.

—Buenos días.

Cogió un poco de papel higiénico.

—Hola, buenos días. Quería hablar con la señora Oñoro.

Por primera vez desde hacía días escuchaba su apellido pronunciado correctamente. La voz que le hablaba era joven, no como las de la mayoría de las llamadas recibidas, y tenía un acento bastante fuerte que Elena no sabía identificar.

—Sí, soy yo. ¿Es sobre la foto del periódico?

—Sí, creo que una de las mujeres es mi madre.

A Elena le habían dicho cosas parecidas cientos de veces, así que no se emocionó.

—¿La ha reconocido en la foto?

—En realidad no. Uno de sus compañeros del colegio la ha visto y me ha llamado. Nos ha enviado el artículo... y sí, parece que es ella.

Elena respiró hondo.

—Muy bien. ¿Puede darme su dirección y su teléfono? Intentaré hablar con ella lo antes posible, pero hay mucha gente que me ha llamado y es posible que tarde unos días en hacerlo.

—Sí, verá —dijo la chica al otro lado del teléfono—, mi madre no está precisamente bien de salud. Le pediría que no la alterase mucho.

—De acuerdo. —Elena se preparó para el cierre—. Si habla después con ella, ¿podría hacerle una pregunta? Dígale si recuerda al soldado y qué tenía en la mano.

La chica se apartó un momento del aparato, su voz se oyó lejana.

—*Mueti*, ¿recuerdas a un soldado? ¿Y qué tenía en la mano?

Elena no se esperaba que la madre estuviera cerca.

—¿Su madre está allí con usted?

—Sí, ya le he dicho que no está bien de salud. Su cabeza va y viene. Vive conmigo.

Se hizo un silencio.

—Creo que mi madre no ha comprendido bien la pregunta. Ha dicho lo siguiente: «Yo tampoco sé qué hacía con esa flor».

Elena dio un brinco en el retrete.

Era ella.

Acababa de encontrar a una de las Mauermädchen.

Elena entró en un estado de absoluta agitación. De pronto cayó en la cuenta de que estaba en el baño y no tenía nada para apuntar. Y lo peor era que tenía los pantalones bajados y no podía salir. El pánico la invadió, pero era un pánico bueno.

—Señora Oñoro, ¿sigue ahí?

Se le había olvidado que tenía que decir algo.

—Sí, perdone. Es su madre. La chica de la foto es su madre. No me lo puedo creer.

La cabeza le iba a mil por hora, necesitaba algo para escribir. Lo necesitaba ya. De repente recordó que estaba hablando a través del móvil y el móvil servía para escribir.

—¿Podría darme su dirección?

—Sí, claro. Vivimos en Zollikerberg, Zúrich.

—Zúrich, ¿Suiza?

—Sí... —La voz del otro lado se detuvo un momento antes de decir lo siguiente—. ¿Quiere hablar con mi madre?

—¿Ahora? —Elena dudó un momento, no sabía si estaba preparada—. Sí, sería estupendo, Frau...

—Meyer, Frau Meyer. —Dejó de hablar un momento mientras se oían pasos—. Mi madre se llama Kriemhild, por cierto.

Kriemhild. En aquel momento, Elena no sabía ni cómo se escribía, pero le sonaba bien.

—*Mueti*...

El micrófono del teléfono de Elena comenzó a emitir una serie de sonidos más propios de un fuerte viento que de una comunicación.

De pronto, el viento se paró y Elena escuchó una voz frágil y sencilla.

—*Hallo*.

GURDRUN

Las busco por todas partes, pero no hay ni una pista.
Es desesperante.
Hablo con testigos, voy a archivos, y nada.
Pero un día se me ocurre poner un anuncio en el periódico del barrio y...
Recibo una llamada.

—¿Y qué te dijo? —Nelly interrumpió a Elena por puro nervio, necesitaba saber de inmediato el final del relato.

—Nada.

Nelly soltó tal grito que la gente que las rodeaba se asustó. La pradera del canal estaba llena de jóvenes bebiendo cerveza y charlando al atardecer. Algunos giraron la cabeza hacia Nelly, que tuvo que pedir perdón a sus compañeros de césped.

—¿Nada? Algo te diría. Un dato, una fecha. Algo. ¡Algo!

—Nada... No entendía cómo funcionaba un móvil. Según me contó la hija, se lo ponía más atrás de la oreja y no me oía —aclaró Elena, decepcionada—. Estuvimos un rato intentando hablar y solo la oía decir: «¿Hallo? ¿Hallo?». Fue imposible.

—Podríais haber puesto el manos libres. —A veces Nelly tenía soluciones tan sencillas que Elena no entendía cómo no se le habían ocurrido a ella—. ¿Y cómo se llama?

—Kriemhild.

—Vale, tiene nombre de abuela maja. Esto es bueno —afirmó Nelly con una sonrisa—. ¿Y cuándo vas a ir a verla?

—No voy a ir yo.

—¡¿Qué?!

La gente de la pradera se volvió a girar hacia Nelly.

—Irá a verla Dorothea. Ella tiene más experiencia. Además, yo me voy la semana que viene. Tengo que preparar mi marcha. He tardado demasiado en encontrarla —respondió con pena Elena.

Nelly entendió la frustración de su amiga, así que no quiso insistir.

—Bueno, ¿y cuándo saldremos de dudas con esta historia?

¿Qué día irá a visitarla Dorothea?

—Dentro de dos meses.

—¡¿Qué?! —volvió a gritar Nelly. Esta vez la gente ya no se sorprendió. Y ella no se pudo callar—. Elena, sé que España tiene la segunda mayor esperanza de vida del mundo. —A Elena le encantaba cuando Nelly se sacaba esos datos de la manga sobre España—. Seguramente vuestros abuelos sean superresistentes. Todo de puta madre. —Esto último lo dijo en español—. Pero en Alemania los viejos se mueren.

—¡Nelly!

—Es verdad, esa señora es muy mayor. ¡Y está enferma! En dos meses se puede morir.

—¿Y qué quieres que haga? No me da tiempo —replicó Elena un poco sobresaltada—. Tengo que dejar el piso, hacer los papeles en el ayuntamiento, limpiar la casa... No puedo.

Nelly no se resignó.

—¿Cuánto tiempo necesitas para hacer todo eso?

—No sé, tres días.

—Y te marchas dentro de...

—Una semana.

Sacó rápidamente su teléfono móvil y se puso a escribir en él.

—¿Qué haces? —Elena, intrigada, no podía evitar preguntarse qué se le estaría ocurriendo.

—¿Cómo se llamaba el pueblo de la señora?

—Zollikerberg, con dos eles.

Nelly seguía tecleando, y Elena más extrañada.

—Si saliéramos a las siete de la mañana, llegaríamos sobre las cinco de la tarde. Creo que sería mejor salir a las seis.

—¿Salir adónde? —Elena sabía de lo que estaba hablando, pero necesitaba una confirmación.

—Elena, tú y yo nos vamos a... —Nelly miró el móvil para leer el nombre del pueblo— Zollikerberg a conocer a esa señora. Mañana te recojo con la furgoneta a las seis de la

mañana. Hablamos con ella, descubrimos quién es y volvemos a Berlín el día siguiente. Tres días, y todavía te sobra uno para comprar piedras del Muro para tus amigos de Madrid.

Elena la miró sorprendida.

—¿Sí?

—Elena, vamos a conocer a una de las Mauermädchen, y no hay nada que nos lo pueda impedir.

Elena tuvo el mayor subidón de adrenalina de su vida.

No se lo podía creer.

Iba a conocer a Kriemhild.

Elena pasó la noche en blanco. Iba coleccionando en su cabeza las preguntas que tenía que hacerle a Kriemhild.

«¿Eran amigas ella y la otra chica?».

«¿Por qué les dejaron despedirse?».

«¿Era comunista?».

«¿Quién fue a ver a quién?».

«¿Qué significaba "la flor del soldado"?».

«¿Por qué no se abrazaron?».

Y se preguntaba a sí misma: «¿Quién es usted y por qué me interesa tanto?».

En el despertador el tiempo cada vez pasaba más despacio y las horas se amontonaban sin que pudiera conciliar el sueño. A las cinco de la mañana decidió que ya estaba cansada de esperar y se levantaría para organizar bien la maleta que había improvisado la noche anterior.

Al sacar la ropa para recolocarla encontró la foto de las Mauermädchen que Dorothea le había dado dentro de aquella carpeta.

La miró una vez más y se percató de algo. Algo que sabía, pero sobre lo que nunca había reflexionado.

Ella era mucho mayor que las dos chicas de la foto.

Aunque le parecía extraño, así era. Elena tenía veinticinco años, y las muchachas de la foto era imposible que fueran de su edad. ¿Cuántos años tenían? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? A los dieciocho ella acababa de empezar a estudiar en la universidad, en aquella época le daba miedo hasta levantar la mano en clase. No se imaginaba yendo al Muro a despedir a una amiga. El terror la habría paralizado.

Sin embargo, ellas lo hicieron. Ahí estaba la prueba.

Quizá esa era la pregunta más importante.

¿Cómo tuvo valor para llegar hasta allí?

Eran las seis menos diez cuando Elena bajó a la calle. No podía esperar más en casa, aunque sabía que la puntualidad no era uno de los puntos fuertes de Nelly. Hacía mucho rato que había amanecido, aunque la luz del sol todavía no estaba en su esplendor y la humedad se dejaba sentir en la piel de Elena. Pensaba que no habría nadie por la calle, por eso le sorprendió oír una voz tras ella.

—Buenos días, *meine Spanierin*.

A Elena no le hizo falta darse la vuelta para saber quién hablaba.

—Buenos días, Herbert.

—Hoy has madrugado más de lo normal —observó el hombre.

—Sí, me marcho de viaje unos días.

—Haces bien. Con este calor, lo mejor es salir de la ciudad.

A Elena le sorprendió el comentario. La temperatura de aquellos días le resultaba agradable, pero jamás en su vida la habría catalogado de calurosa. Era como un día soleado de otoño en Madrid. Sin embargo, no quiso contradecirlo.

—¿Y usted? ¿Tiene trabajo?

—Sí, unos chicos se van a mudar y quieren darme un par de muebles para que los venda.

—Demasiado pronto para una mudanza, ¿no?

—El dinero vale lo mismo a las seis de la mañana que a las doce —dijo riendo Herbert.

Después se puso una gorra en la cabeza y le pidió a Elena que tuviera cuidado en el viaje, pero que no se preocupase por su casa, que él se la vigilaría. Aquellas palabras la tranquilizaron. No porque sintiese miedo de que algo le pudiera pasar a su piso, sino porque era agradable pensar que alguien

estaba pendiente cuando ella no estaba.

A las seis y veinte apareció en la calle de Elena una vieja Volskwagen T3 verde con Nelly en el asiento del conductor.

Elena ignoraba de dónde había sacado la furgoneta Nelly. Cuando se lo preguntaba, su amiga decía que la había heredado de una tía, pero ella sabía de buena tinta que Nelly no tenía tías.

Cuando estuvo a su altura, Nelly se detuvo y bajó las ventanillas.

—¿Dispuesta a subir a bordo de Gurdrun?

—¿En serio? ¿Gurdrun? ¿No le podías haber puesto un nombre más difícil?

Elena nunca había montado en la furgoneta de Nelly. La había visto muchas veces, pero siempre desde tierra. Mientras se abría la puerta trasera, Elena sintió un cosquilleo en el estómago, el mismo que había sentido durante toda la noche.

—Gurdrun, esta es Elena —dijo Nelly dirigiéndose a la furgoneta—. Es un poco gruñona, pero se lo vamos a perdonar porque está muy nerviosa y no queremos que se ponga más nerviosa todavía porque se haría pis encima y nos mancharía la tapicería.

Elena sonrió irónicamente. Dejó su maleta en la parte trasera y se acomodó en el asiento del copiloto.

—¿Lista? —preguntó Nelly.

—¡Vámonos! —contestó Elena con una sonrisa verdadera.

Cada vez que dejaba los últimos edificios de la ciudad, a Elena le impresionaba el cambio. En un minuto pasaba de las grandes avenidas y los cafés con máquinas para hacer espuma a la más frondosa y límpida naturaleza. Era una sensación maravillosa dejar en el retrovisor los gigantescos edificios de la Messe Nord para atravesar el bosque recorriendo la Spanische Allee.

—¿Música? —propuso Nelly.

—Claro, me he bajado un par de listas de Spotify...

—No, señorita —la interrumpió Nelly en un español muy de abuela—. Gurdrun vive en el mundo analógico aún. Abre el compartimento, ese que está frente a ti.

Elena lo abrió y encontró cientos de cintas de casete. Todas eran cintas grabadas, no había ni una sola original.

—No puede ser —dijo Elena con una mirada de complicidad a Nelly.

—¡Dj Nelly al rescate! —respondió esta levantando una mano como si estuviera en una *rave*—. Esta noche he grabado un par de cintas especialmente para el viaje. Son las que están más arriba.

—Pero... ¿en qué año has nacido tú, en 1960?

Nelly soltó una carcajada escandalosa y gutural, una señal de que estaba muy contenta.

Elena sacó una de las cintas que le había indicado Nelly. Con rotulador había escrito un nombre: «Mauermädchen trip».

Elena introdujo al instante la cinta en el viejo radiocasete de la furgoneta. Empezaron a sonar las primeras notas de *Misread*, de King of Convenience.

Las dos chicas empezaron a moverse al ritmo de la música.

Nelly se arrancó con los primeros versos de la canción, acompañándolos con un rítmico tamborileo en el volante. Elena decidió olvidar sus vergüenzas y seguir a Nelly en el estribillo. Y mientras cantaba, pensaba en qué pocas veces en la vida uno es consciente de estar compartiendo un momento feliz.

Berlín es cruel en invierno, pero amable en verano. Elena, acostumbrada al calor y la sequedad, disfrutaba mucho de los días soleados de julio. El sol despunta pronto y durante las primeras horas de la mañana, la luz ilumina la ciudad... o el campo. Gurdrun, Nelly y Elena navegaban entre árboles frondosos, lagos con los primeros bañistas de la mañana y praderas donde dormitaban algunos amantes de la música techno después de largas horas de fiesta.

—Esto en España no existe. Cuando sales de una gran ciudad, sigues viendo terreno y más terreno construido. No hay lugares como este. Aquí, en cuanto pones un pie fuera de Berlín todo es bosque y lagos.

—Aún no —respondió Nelly.

Elena no entendió la respuesta.

—¿Aún no? ¿Crees que el cambio climático va a ayudar a que haya más naturaleza en España?

—¡No! —Nelly no pudo evitar reírse—. Aún no hemos salido de Berlín. Todavía no hemos pasado por el Checkpoint Bravo.

—¿El Checkpoint Bravo? —Elena conocía el famosísimo Checkpoint Charlie, pero no había oído jamás hablar del Bravo.

—Era la única salida por tierra de Berlín. Todavía sigue en pie. ¿En todo este tiempo no habías salido de Berlín?

Elena tuvo que reconocerlo con vergüenza.

—No... pero, un momento, ¿salir por tierra de Berlín? Pensaba que nadie podía cruzar el Muro.

—Ay, amiga mía. Berlín, por desgracia, estaba lleno de alemanes. Aquí todo estaba perfectamente establecido. Por ejemplo, esta carretera por la que circulamos ahora era el único

punto en el que coches del Este y del Oeste compartían recorrido.

Elena se quedó perpleja.

—¿Cómo? ¿Podían viajar juntos?

—Bueno, sería mejor decir «al mismo tiempo», de forma muy controlada. Un coche que saliera de Berlín Oeste podía utilizar esta vía y atravesar Alemania del Este de punta a punta, pero sin salirse de la carretera. Igualmente, los del Este no podían entrar en zonas del Oeste.

—Esto es rarísimo. O sea, igual que si dos países enemigos compartiesen un mismo aeropuerto.

—Lo cual también pasó —dijo Nelly con un poco de sorna.

—Pero ¿cómo...?

Elena no pudo terminar la pregunta porque la interrumpió una carcajada de Nelly.

—Ya, ya. Parece inaudito. Lo sé, pero tienes que recordar que Alemania del Este y del Oeste no eran dos países enemigos. Por eso la gente no tenía ningún problema, es más, fomentaban estar lo más juntos posible.

—Vamos a ver, ¿y el gobierno de la RDA lo aceptaba? O sea, ¿la gente no intentaba escapar por aquí?

—¡Claro! Se escondían dentro del motor de los coches, se hacían pasar por conductores con los que tuvieran cierto parecido... Pero la verdad es que la carretera era uno de los puntos más complicados para escapar. No te podías fiar de nadie. La Stasi controlaba todo lo que sucedía aquí dentro. Se dice que todos los trabajadores de las gasolineras eran agentes de la Stasi. —Nelly hizo una pausa para adelantar a un coche —. Lo que sí se hacía mucho en las gasolineras era intercambiar contrabando. La gente quedaba en alguna gasolinera y, sin que nadie se diese cuenta, los del Oeste entregaban a los del Este material prohibido: libros, pasaportes, bananas.

—¿Bananas?

Nelly se rio.

—Es una vieja broma. La propaganda del Oeste decía que los niños del Este nunca habían probado las bananas. Cuando cayó el Muro, mucha gente pasó al otro lado cargada de bananas como ofrenda por la paz. —Nelly volvió a soltar una de sus carcajadas—. Imagínate a mi madre, después de casi cuarenta años sin poder comprarse unos vaqueros americanos o un disco de los Rolling Stones, cuando aparecen con... bananas. ¡Fue de locos! Por eso te decía que podían viajar a la vez y no saber nada los unos de los otros.

La risa contagiosa de Nelly consiguió infectar a Elena.

De pronto, las carcajadas de la chica alemana se transformaron en un grito.

—¡Ahí está! —Nelly señalaba una especie de puente que cruzaba la autopista de lado a lado—. ¡Checkpoint Bravo!

Elena quedó admirada ante la visión. El puente era en realidad una frontera. Una frontera que establecía un límite ilusorio, una línea que separaba un mismo país, una misma comunidad. Mientras pasaban por debajo del extraño edificio, Nelly emitió un grito que fue a medias un insulto y una muestra de exaltación. Sin embargo, Elena tuvo la absoluta certeza de que todas las fronteras eran un muro, un muro invisible y artificial que solo se construía en la cabeza de las personas.

El viaje transcurrió durante horas entre risas y confesiones, hasta que a la altura de Leipzig, Nelly comenzó a hacer movimientos de hombros.

—Vamos a tener que cambiar —dijo estirando un poco el cuello.

—¿Cambiar de qué? —preguntó Elena inocentemente.

—De conductor.

Elena la miró incrédula.

—Yo no sé conducir —declaró como si fuera una obviedad.

—¿Cómo que no sabes conducir?

—No.

—Pero... ¿no tienes el carnet de conducir? —Nelly empezaba a indignarse.

—Sí, lo tengo.

—¿Entonces?

—Nunca he conducido —respondió Elena con sinceridad—. Me saqué el carnet a los dieciocho años, pero nunca he tenido coche.

—A ver: eres española, en tu país no utilizáis la bicicleta, entonces ¿cómo ibas a los sitios?

—No sé... Me llevaban.

Elena empezó a sentirse incómoda. Nelly lo notó y bajó un poco el tono.

—Pues tendremos que hacer paradas. No puedo conducir tanto rato seguido.

Elena se dio cuenta de que las pausas retrasarían mucho el viaje, pero no se atrevió a decir nada. Empezó a hacer cálculos mentales mientras Nelly se dirigía a uno de los apeaderos con grandes aparcamientos para descansar que hay en las autopistas alemanas.

Elena había bajado de la furgoneta a estirar las piernas, pero también para pensar cómo romper el hielo que se había formado entre las dos chicas. Nelly estaba sacando un poco de comida de la parte trasera. Elena se acercó a la furgoneta, dispuesta a preguntar cualquier tontería sobre carreteras alemanas que relajara el ambiente, cuando un flamante Mercedes plateado se detuvo frente a Nelly.

—¿Necesitáis ayuda? —oyó Elena que decía el chico que conducía el Mercedes. A su lado iba otro joven, ambos con el mismo aspecto: raya del pelo bien marcada, camisa planchada y barba informal.

—¿Perdona? —acertó a contestar Nelly.

—Os hemos visto aquí solas y hemos pensado que a lo mejor necesitabais ayuda.

A Nelly le cambió la cara. No estaba enfadada, se trataba de otra cosa. En su rostro se vislumbraba un tipo de ofensa más profunda.

—No necesitamos nada.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo Nelly con cierto desprecio.

—Bueno, por si acaso, nosotros vamos a aparcar ahí enfrente. Si os hace falta algo, avisad.

El chico hizo carburar el motor por encima, lo necesario para demostrar la potencia del coche. Mientras aparcaba, Nelly no le quitaba ojo al Mercedes.

—Menudo imbécil —se limitó a decir.

Elena intentó restar importancia al asunto.

—Bueno, solo son los típicos pesados que intentan ligar.

Olvídalos.

—Es que continúo sin entenderlo. Miles de años de evolución y todavía no saben acercarse a una mujer de forma decente.

Elena pensó que tenía razón, pero no le dio tiempo a decírselo, pues Nelly se alejaba en dirección al coche. Sorprendida, decidió seguirla.

—Perdonad, ¿necesitáis ayuda? —les espetó Nelly a los chicos, a pocos metros de su Mercedes plateado.

—No sé, ¿necesitamos ayuda? —contestó el conductor con una sonrisa resplandeciente.

—Sí —dijo Nelly con gran seguridad—. La necesitáis.

—Estupendo.

—Tu coche se va a quedar tirado dentro de unos ciento cincuenta o doscientos kilómetros —aseveró Nelly mirando el coche.

—¿Cómo?

—¿No has oído el ruidito? —Nelly esperó unos segundos para ver la cara de sorpresa del conductor antes de retomar el discurso—. No has oído el ruidito. Claro que no has oído el ruidito. —Se giró hacia Elena—. No ha oído el ruidito, Elena. —Volvió a mirar al chico—. Es un pequeño pum-pum al iniciarse el proceso de combustión. Es una cosa mínima, casi imperceptible, pero que te va a costar mucho dinero. Si no me equivoco, y no suelo hacerlo, hay una fuga en el conducto del motor de explosión que está dejando entrar aire en los pistones. Los pistones frenarán la combustión, y dentro de unos ciento cincuenta o doscientos kilómetros... el coche te dejará tirado.

La cara del chico era un poema.

—Me sabe mal, pero la única solución es cambiar el motor. Por eso te decía que te va a salir caro. Lo siento.

El chico por fin acertó a articular una frase.

—No puede ser.

—Ya, es duro de aceptar. Yo que tú lo llevaría a un taller de

Mercedes, no dejaría que ningún mecánico de pueblo tocara mi coche. Te cobraría por una chapuza cualquiera que no te solucionaría el problema.

El chico empezaba a estar realmente preocupado.

—Pero ¿tú quién eres? ¿Y por qué tendría que creerte?

—Porque soy ingeniera automotriz y tengo un máster sobre distribución mecánica de la Universidad Técnica. Además, trabajo para Mercedes desde hace seis años.

Nelly empleó su mejor sonrisa falsa y se dio la vuelta.

Elena la acompañó hasta la furgoneta y ambas subieron sin decir ni una sola palabra. Mientras salían del apeadero, Elena vio por el espejo retrovisor cómo los chicos abrían el capó del Mercedes para mirar el motor.

—No tenía ni idea de que supieras tanto de coches —comentó Elena mientras regresaban a la autopista.

—Y no la tengo. —Nelly se giró para mirarla a la cara—. Me lo he inventado todo.

Hubo un segundo de silencio y después Nelly estalló en una gran carcajada.

—¿Has visto su cara? Van a pasarse todo el día esperando en un taller.

Elena comenzó a reír también.

—Estás como una cabra.

Las dos chicas continuaron riendo mientras la furgoneta atravesaba Europa.

La noche llegó y tuvieron que detenerse en medio de la nada.

Nelly acondicionó la parte de atrás de Gurdrun con un pequeño colchón y unas mantas mientras Elena preparaba unos sándwiches. Durante la cena, bajo el cielo estrellado de verano, jugaron a descubrir cuál de los dos idiomas, alemán y español, tenía la palabra más complicada de decir. Aunque Elena pensaba que «esternocleidomastoideo» podía ganar, la burocracia alemana arrasó con «steuerentlastungsberatungsvorgesprächskoalitionsrundenvereinbarungen».

Las chicas se acostaron en el pequeño habitáculo de Gurdrun. Ninguna de las dos se podía dormir, así que comenzaron a charlar como solo dos buenas amigas pueden hacerlo en la parte trasera de una furgoneta en una noche de verano.

—Y entonces el padre se mete en la cama y le dice: «Supongo que me respetarás, ¿eh, Teodoro?», y el hijo contesta: «Pero ¿qué guarrada está usted pensando, padre?». Entonces el padre le responde —Elena hace una corta pausa antes de continuar para soltar una risa—: «Déjate, déjate, que un hombre en la cama siempre es un hombre en la cama».

Elena comenzó a reírse mientras Nelly la miraba estupefacta.

—Pero... ¿cómo os puede hacer gracia eso a los españoles? —Nelly no salía de su asombro—. Una vez intenté ver una comedia en español y fue imposible. Todo el mundo hablaba a la vez, no se entendía nada. Era como el patio de un colegio.

En ese momento Nelly se puso a imitar a alguien que hablaba muy rápido. Elena continuaba riendo.

—Por si te sirve de consuelo, yo he visto muchas comedias alemanas, las he entendido todas y no me he reído ni una sola

vez.

—Ahora dirás que yo no soy una chica graciosa... —replicó Nelly con una indignación fingida.

—Tú eres muy graciosa, Nelly. No he conocido a ningún alemán ni a otro extranjero tan gracioso como tú.

—Gracias —respondió con orgullo la chica alemana.

—Aun así me respetarás, ¿verdad?

Elena estalló en carcajadas de nuevo, y Nelly se incorporó un poco para mirarla.

—Mmm, demasiado flacucha e irónica para mí. A mí me gustan las mujeres más... salvajes.

—Espera —respondió Elena con curiosidad—, ¿has estado con una chica?

—Sí, claro. En la universidad. ¿Tú no?

Elena negó intentando no parecer sorprendida.

—Se llamaba Andrea —comenzó Nelly—. Lo cierto es que nunca me habían interesado las chicas, pero Andrea... ¿Sabes esa gente que dice que le da igual el físico, que lo que les importa es el cerebro? —Elena estaba tan absorta que ni siquiera contestó—. Y una mierda, para estar con alguien tiene que haber química. Atracción física, ¿me entiendes? A mí jamás me habría interesado Andrea si no hubiera sido por su piel.

Nelly se detuvo un momento para resoplar.

—¿La piel? ¿En serio, Nelly? ¿Te ponía su piel?

—Mucho. Muchísimo. No sé explicártelo, pero hay ciertas pieles que me vuelven loca. No podría decirte si es el tono, la forma o qué... Es como el olor, ¿sabes?, algunos te gustan y otros no, pero es imposible describirlo con palabras.

Las dos chicas se quedaron un segundo en silencio.

—Y mi piel, ¿cómo es mi piel?

—Tu piel es una mierda, querida española.

Ambas se echaron a reír.

—Vaya, yo que esperaba seducirte con mis lunares y mis

poros abiertos.

Entre risas y pequeñas confidencias, la conversación fue decayendo hasta que Nelly se quedó dormida. Elena, sin embargo, no era capaz de conciliar el sueño, así que salió de la furgoneta. La noche era clara y, gracias a la luz de la luna, se veían los Alpes a lo lejos. Solo quería que saliese el sol y poder atravesar aquellas montañas.

KRIEMHILD

Se llama Kriemhild, es la chica que está en el lado oeste, a la derecha en la fotografía. Vive en Suiza y quiere hablar conmigo.
Cuando voy a visitarla me encuentro con una buena noticia y otra mala.

Lo primero que le sorprendió a Elena al llegar a Zollikerberg fue la cantidad de verdor que había por todas partes. No solo porque ella se hubiera criado en un lugar donde el color verde brillaba por su ausencia, sino porque las fotos que había visto en internet mostraban siempre un Zollikerberg cubierto de nieve.

Lo que no le impresionó a Elena fue la casa de Kriemhild. La había examinado varias veces en Google Street View y era exactamente como se la esperaba.

Nelly se detuvo frente al edificio. Solo unos metros las separaban de Kriemhild.

—¿Estás lista? —preguntó Nelly con una seriedad inusual.

Elena afirmó con la cabeza.

Las dos salieron del coche.

El olor a hierba fresca inundó la nariz de Elena.

La puerta de la casa se abrió y de ella salió una chica alta, rubia, apenas unos años mayor que Nelly.

—¿Elena? —dijo en un alemán que a Nelly le hizo gracia.

—Sí —respondió Elena desde cierta distancia.

—Soy Katharina, pero me podéis llamar Karin —se presentó acercándose con la mano tendida hacia ellas.

—Yo soy Nelly, la chófer —dijo Nelly al estrecharle la mano.

A Elena siempre le habían chocado las presentaciones frías del centro de Europa, sin embargo, le pareció que Karin lo hacía de una forma más cariñosa.

—¿Qué tal el viaje? ¿Habéis tenido algún problema?

—Ninguno —contestó Nelly sin perder la sonrisa.

Karin permaneció un momento junto a ellas antes de

invitarlas a entrar.

—Tengo que haceros una advertencia... —dijo en voz baja—. Mi madre no está bien. Si hubierais venido ayer, la habríais encontrado mejor. Es lo que tiene esto, va a días.

—¿Esto...? ¿Qué es exactamente? —preguntó Elena.

—Alzhéimer.

Una pequeña parte de las esperanzas de Elena se rompieron en aquel instante. Había imaginado que la mujer tendría un poco de demencia, quizá un problema de salud grave, pero no alzhéimer. La enfermedad que borra los recuerdos, justo lo que ellas estaban buscando.

—Podéis esperar un momento aquí —les dijo Karin en el recibidor de la casa—. Voy a prepararla.

Karin desapareció por una puerta. Las dos chicas se quedaron quietas, mirándose la una a la otra. Nelly intentó sonreír, con la intención de calmar a su amiga, pero no lo consiguió. Elena estaba taquicárdica, como si estuviera esperando una cita a ciegas o tuviera un examen para entrar en la universidad. Los segundos se le hicieron eternos, hasta que por fin regresó Karin.

—Ya está en el cuarto de estar. Dejadme que entre yo primero.

Elena y Nelly la siguieron.

Al otro lado de la puerta vieron a Kriemhild, tenía la misma mirada de la fotografía pero otro cuerpo. Aquella chica preocupada de 1961 ahora era una mujer mayor, devastada por el tiempo. Estaba sentada en una silla con un cojín ergonómico. Tenía una manta a cuadros en las piernas, a pesar de que en la casa hacía calor.

—*Mueti*, ¿te acuerdas de las dos chicas que te dije que iban a venir? Están aquí.

Elena la saludó con una mano desde la distancia, pero Kriemhild ni siquiera la miró. Nelly observó a Elena, preocupada.

La habitación quedó en silencio.

Elena rompió el hielo.

—Perdone que la molestemos. Venimos desde Berlín. —Al oír el nombre de Berlín, Kriemhild levantó los ojos por un momento hacia Elena—. Estamos buscando a dos mujeres que aparecen en una foto de 1961.

Elena de repente se acordó de que tenía la foto guardada en su mochila. Comenzó a abrir la cremallera mientras seguía hablando.

—Es una foto en la que creemos que sale usted junto a otra persona. —Elena por fin consiguió sacar la foto de la mochila —. Esperábamos que pudiera darnos más información.

Elena se acercó a Kriemhild con la foto, pero la mujer no hizo ningún ademán de ir a cogerla.

—Katharina, yo no sé quiénes son estas mujeres —dijo con una voz menos débil de lo esperado.

Elena se quedó a medio camino. Al ver el rechazo por parte de su entrevistada, dejó la foto en una mesa baja cercana a la mujer.

—Ya os dije que hubiera sido mejor ayer —dijo Karin refiriéndose a la conversación anterior—. *Mueti*, son unas chicas que quieren hablar del pasado, de Berlín.

Karin se acercó a su madre.

—¿Puedes encenderme la televisión? —le pidió Kriemhild—. Creo que ya es la hora del concurso.

Karin las miró con desaliento.

—Te van a hacer un par de preguntas, luego encenderemos la televisión.

Elena tomó al fin la palabra.

—¿Recuerda usted el día de la construcción del Muro?

Kriemhild la miró con dureza.

—Yo no quiero hablar con esta señora. Llévame al cuarto, Katharina.

Elena no lo podía creer: después de tanto buscar, ni una sola respuesta. Sus ojos estaban a punto de llenarse de lágrimas.

—*Mueti*, quédate aquí. Ahora te enciendo la tele. Yo voy a enseñarles a estas chicas unas cosas.

Karin se acercó a Nelly tras encender la tele.

—Seguidme.

Las dos chicas salieron del cuarto. Elena echó una última mirada y no pudo evitar sentir lástima, pero esta vez no por ella ni por la foto, sino por aquella mujer que veía la tele enrollada en una manta a cuadros.

Entró cariacontecida en una pequeña sala de estar junto al recibidor.

—Perdonad —dijo Karin dirigiéndose a un estante—. Hoy tiene un mal día. Cuando está así, poco se puede hacer. A lo mejor, si pasáis mañana...

—Mañana debemos regresar a Berlín —contestó Nelly.

—Pero podríamos pasar a primera hora —interrumpió Elena ante la sorpresa de Nelly—, siempre que tu madre esté despierta, claro.

—Sí —respondió Karin—. Casi no duerme.

Karin sacó del estante un álbum de fotos. En el lomo, Nelly y Elena pudieron leer: «Año 1968».

Karin les acercó el álbum y comenzó a enseñarles fotografías en blanco y negro.

—Estas son las fotos más antiguas que tenemos de ella. Es idéntica, ¿verdad?

Desde luego, Kriemhild era una de las Mauermädchen. Las fotos no dejaban lugar a dudas. El mismo pelo, la misma mirada, la misma nariz... Aunque, sin embargo, la expresión era otra. En todas las fotos salía sonriente. Sonrisas una tarde en la nieve, sonrisas con sus compañeras de universidad, sonrisas junto a un coche descapotable.

Elena pensó en cuántos sentimientos se podían desprender de

una foto. De la tristeza infinita del Muro a la alegría de los Alpes suizos. Todo en una sola persona.

—Parece que era muy risueña —dijo Nelly rompiendo el silencio.

—Ahora, sin embargo...

Nelly encontró una foto que le hizo gracia y se la enseñó a Elena.

—Mira, aquí está en España.

Elena observó la foto. Efectivamente se veía el clásico chiringuito de playa de la costa mediterránea con el mar al fondo. Kriemhild estaba sentada en una silla de plástico con un gorro blanco y, como siempre, sonreía. Tras ella, una pizarra anunciaba los platos del día.

De pronto comenzaron a oírse unas murmuraciones en el cuarto donde estaba Kriemhild.

—Perdonad —se excusó Karin—, voy a ver qué quiere.

Nelly y Elena se quedaron solas. Nelly no pudo más que decir:

—Lo siento, Elena.

Elena la miró desconsolada.

Entonces se oyeron unas voces que provenían del otro cuarto.

—*Mueti*, soy yo, Katharina.

Y en la boca de Kriemhild un murmullo.

—Rosie... Rosie... Rosie...

Nelly y Elena corrieron a ver qué pasaba.

Entraron en el cuarto y se encontraron a Kriemhild de pie, con la foto en la mano.

—Soy Katharina, *Mueti* —insistía una y otra vez Karin.

Kriemhild miró a Elena directamente a la cara.

—Es Rosie, ¿verdad? —preguntó, y se le encendió una chispa en los ojos.

Elena lo comprendió en un instante.

—Sí, la chica de la foto es Rosie.

Kriemhild le sonrió. Ahora sí que se parecía a la mujer del álbum de fotos. Buscó la mano de su hija para volver a sentarse, pero en ningún momento soltó la foto.

Karin le hizo un gesto a Elena para que se acercara.

—Rosie está preciosa —le dijo Kriemhild a Elena.

Elena se agachó junto a la mesa en la que antes había dejado la foto y su cara quedó a la altura de la de Kriemhild.

—Sí, está preciosa. —Tomó aire y continuó hablando—. ¿Recuerda qué pasó ese día?

Kriemhild le volvió a sonreír.

—Yo estaba allí, esperando. No sabía si aparecería, hacía frío.

—¿No habían quedado?

—No —respondió la mujer, emocionada—, ¿cómo iba a saber ella que yo estaría allí?

Elena intuyó que sería mejor no interrumpir su discurso.

—Hacía frío, aunque era verano. Yo sabía que no aguantaría mucho más tiempo esperando... No por el frío, por el soldado. Daba miedo, ¿sabe? Me habían dicho que no podía hacerme nada, pero a mí me daba miedo... Entonces apareció ella.

Kriemhild soltó una pequeña risita.

—Debió avisarla alguien porque su ventana no daba a la esquina. Supongo que estaba tan nerviosa como yo, pero no se le notaba. Se acercó al Muro como si fuera lo más normal del mundo. Como si solo fuera a ver a una amiga.

Kriemhild se detuvo de repente. Unas lágrimas inundaron sus ojos. Después de unos segundos de silencio dijo la frase que Elena no olvidaría en toda su vida:

—Fue en ese momento cuando se lo di.

Kriemhild se echó a llorar. Elena no sabía qué había pasado.

Karin acudió al rescate.

—Tranquila, *Mueti*.

Agarró la mano de su madre, y mientras, Elena comenzó a preguntar:

—¿Le dio? ¿Qué le dio?

Kriemhild tardó unos segundos en responder.

—El plan. Por eso han venido, por lo del plan, ¿no?

Elena estaba totalmente desorientada. Se preguntaba si no sería el alzhéimer el que estaba hablando.

—No sé a qué se refiere.

—El fotógrafo disparó la cámara justo en el momento en que se lo pasaba. Mira su mano y la mía.

Kriemhild ahora le hablaba a la foto.

—Lo hizo fenomenal, mira lo cerca que estaba el soldado y ni se dio cuenta. Se lo pasé sin que nos viera.

Elena tenía que preguntarlo, aunque eso la sacara de su concentración.

—¿El qué? ¿Qué le pasó sin que lo viera?

Kriemhild la miró a los ojos.

—El plan de fuga.

El silencio se hizo en la sala y Kriemhild repitió:

—El plan de fuga. El plan para saltar el Muro.

Elena observó la fotografía una vez más y por fin advirtió lo que hasta entonces no había visto.

Las dos manos.

La una junto a la otra.

Entrelazadas.

Y dentro un papel.

Un papel escondido a la cámara del fotógrafo, a la vista del guardia y a la mirada incrédula de Elena.

No era una despedida.

Era una fuga.

KARIN

La mala noticia es que Kriemhild tiene alzhéimer. Apenas reconoce a su hija...
Pero la buena noticia es increíble. Hace que esta historia sea única.
Porque, como os he dicho al principio, esta foto no es lo que parece.
Y estas dos chicas no se están despidiendo...

Sucedió en una gasolinera, pero podría haber ocurrido en cualquier lugar. Aquello tenía que estallar por algún sitio.

Mientras Nelly llenaba el tanque de la furgoneta, Elena había aprovechado para pasar por la tienda. Además de una bolsa de patatas fritas y unas galletitas, había metido en la cesta una botella de agua. Sin gas, siempre sin gas. No soportaba esa manía alemana de ponerle ácido carbónico a cualquier bebida.

Al llegar a la caja apareció Nelly. Estaba empapada en sudor.

—La siguiente vez que paremos debemos asegurarnos de aparcar a la sombra.

Elena no respondió y comenzó a sacar las cosas de la cesta para pagar. Cuando su amiga vio la botella de agua la tomó y, sin decir nada, se fue hasta la nevera. La cambió por una de agua con gas.

—¿Qué haces?

—Te habías equivocado —respondió Nelly.

—No me había equivocado.

—Ah, perdona... Pensaba que...

Elena dejó las cosas en la caja y se marchó.

Subió a la furgoneta, dispuesta a no decir ni una palabra más, pero no llegaría a cumplir sus intenciones.

A los pocos segundos apareció Nelly y entró por la puerta de la izquierda. La tensión inundaba el vehículo. Lo que hacía unas horas era alegría y amistad se había tornado tensión en aquella mañana de verano.

—¿Vas a decime qué te pasa?

Elena se mantuvo en silencio.

—Se te da muy mal mentir. Así que suéltalo ya —continuó

Nelly.

Y entonces estalló.

—Tenías que decir algo, tenías que hablar, ¿verdad?

—Lo siento, no sabía que iba a reaccionar así —dijo Nelly con humildad, cosa extraña en ella.

Elena respondió volviendo la cara hacia el cristal.

Nelly giró la llave y, a la vez que el motor se ponía en marcha, Elena se iba encendiendo por dentro.

—¿No podías haberte limitado a salir de la habitación? ¿No podías haberte ido en silencio?

—Perdona, fue una reacción espontánea.

—Para ser alemana, a veces tienes reacciones demasiado espontáneas... —dijo Elena sin contenerse lo más mínimo—. Hubiera sido mejor que te quedaras en Berlín.

—Eh, que yo te he traído hasta aquí y podría haber hecho cosas mucho mejores que ir hasta el culo del mundo a ver a una abuela.

El desprecio con el que trataba a Kriemhild inflamó aún más a Elena.

—O sea que de eso va todo, de ti, por eso no quieres saber nada de los muertos del Holocausto ni de esas dos mujeres, porque no quieres que te afecte.

—¿Qué estás diciendo? ¿Me estás llamando egoísta?

—Sí. —Elena se arrepintió al segundo de decirlo.

La cara de Nelly cambió de un modo que Elena nunca había visto.

—¿Egoísta? ¿Yo? Pero ¡de qué estás hablando, niñata! No tienes ni idea de quién soy. A lo mejor, antes de llamarme egoísta deberías mirarte en el espejo. Porque desde que te conozco solo hablamos de ti, de tu trabajo y de tu puta investigación.

Elena entendió que detrás de aquellas palabras era probable que hubiera algo de verdad, cosa que le dolió más todavía. Así

que solo acertó a decir algo en español que Nelly pudiera entender.

—Vete a la mierda.

Elena se giró hacia la ventana, y mientras el paisaje suizo se deslizaba ante sus ojos por su cabeza rodaban los recuerdos de los últimos momentos pasados con Kriemhild.

La habitación había quedado en silencio después de aquellas últimas palabras.

«Un plan de fuga».

Era como si se hubieran quedado rebotando en las paredes y nadie pudiera atraparlas.

Un plan de fuga.

A Elena la cabeza le iba a mil por hora y, sin embargo, no era capaz de decir nada. Frente a la mujer que tenía todas las respuestas no conseguía articular ninguna pregunta porque su cabeza no lograba encajar las piezas.

Al fin alguien consiguió hablar. Era Karin, su hija.

—*Mueti*, nunca me... ¿Quién es Rosie?

—¿No te acuerdas de ella?

Elena captó la ironía de la situación: una mujer que apenas recordaba nada preguntándole a su hija si no se acordaba de alguien a quien nunca había conocido. De pronto, volvió a pensar en su objetivo. Reconstruir toda la historia.

—Eran amigas, ¿verdad? ¿Tenían la misma edad?

—Sí, claro, aunque ella siempre parecía mayor. Era por la ropa, se la robaba a su madre. Incluso la llevaba alguna vez a la escuela.

Elena, cada vez más enternecida con aquella anciana, continuó con sus preguntas.

—¿Iban juntas al colegio?

—Sí, señorita. Ella me recogía cada mañana en esa esquina. La de la foto. Desde ahí hasta la escuela solo había un par de manzanas.

—Aquel día ¿habían quedado?

—No, no... Yo se lo dije a su padre. Sabía que a mí no me detendrían. Estaba segura.

Karin había comenzado a llorar en silencio, sin que nadie se percatara de ello. En ese momento, Elena, por fin, se lanzó a preguntar lo que llevaba un rato rondándole la cabeza.

—¿Cuál era el plan de fuga? ¿Cómo iba a escaparse?

De repente, Kriemhild se recostó en la silla y se quedó mirando a otro lugar, un lugar que no estaba en aquella habitación, un lugar que estaba muy lejos, en 1961.

—No era para ella, el plan era para su madre. Nosotras solo teníamos catorce años.

Catorce años. Elena había imaginado que eran jóvenes, pero no tanto.

—Debían seguir el plan al detalle y salir por una casa que daba al lado oeste, pero...

Kriemhild se detuvo y comenzó a llorar. Lloraba en silencio, las lágrimas le caían por las arrugas de las mejillas, y un nudo en la garganta le impedía continuar. Ninguna de las otras mujeres conocía los hechos, aun así podían intuir qué significaba ese «pero». La tensión se empezaba a acumular en la habitación. Todas las miradas se dirigían a la anciana recostada en su silla, esperando que volviera a hablar. Sin embargo, no fue su voz la que se oyó retumbar en la sala, sino la de Nelly.

—Señora, por favor, dígame que acabaron bien. Dígame que pasaron al otro lado y todo les fue bien, porque no soporto las historias tristes. Dígame que esta no lo es.

Entonces los ojos de Kriemhild abandonaron el mundo donde se encontraba, un mundo pasado al que nadie más podía acceder, y se clavaron en Nelly.

—¿Quién es esa, Karin? ¿Qué hace aquí?

—Estábamos hablando de Rosie, ¿se acuerda? —terció Elena intentando reconducir la situación.

Pero no había forma de reconducir la situación. Kriemhild

empezaba a estar muy nerviosa.

—No las conozco, Karin. ¿Qué hacen en casa?

Karin se separó de su madre y Elena supo lo que iba a pasar.

—Será mejor que salgáis —dijo Karin lo más amablemente posible—. Esto la ha alterado demasiado.

Elena miró a Nelly con los ojos llenos de reproche. Las tres se trasladaron al recibidor y dejaron a la anciana sola en el salón.

—Perdona, pero solo queremos saber qué sucedió —dijo Nelly, rogando a Karin.

—Lo siento, podéis venir mañana u otro día que se encuentre bien.

—Deberíamos regresar a Berlín hoy, no sé si nos daría tiempo a volver a pasar mañana —respondió Nelly mientras señalaba a Elena—. ¿No podemos esperar a que se calme?

—Vámonos, Nelly. —En la voz de Elena sonaba el tono de la derrota. Después se dirigió a Karin—. Ya tienes mi número, si recuerda algo más, por favor, dímelo. Y si puedes intenta preguntarle qué pasó con Rosie.

Karin asintió antes de despedirse.

Más tarde, apoyada en la ventanilla de la furgoneta, Elena solo podía pensar en la oportunidad perdida y, sobre todo, en el «pero» de Kriemhild.

Elena notó que la furgoneta frenaba y se despertó.

Tras el cristal habían desaparecido las praderas suizas y los campos asilvestrados. Incluso había desaparecido el sol. Ante ella, otra vez Berlín. La ciudad que había dejado atrás durante dos días y que pronto perdería de vista por mucho tiempo.

Nelly bajó de la furgoneta sin decir una sola palabra. Elena, aún adormilada, bajó también.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —le preguntó Elena.

—No, no hace falta —respondió Nelly con frialdad.

Elena tomó su mochila del maletero y se plantó frente a Nelly con la esperanza de hacer las paces, pero en los ojos de Nelly vio que lo que las unía se había roto.

—Que tengas buen viaje.

—Gracias —respondió Elena con vergüenza—. Perdona si antes...

Nelly la cortó rápidamente.

—No pasa nada. Está todo olvidado.

Pero Elena sabía que aquello estaba lejos de ser cierto. Muy lejos.

Y así, sin una palabra más, Nelly se montó en Gurdrun y se marchó. Elena se quedó con la sensación de haber perdido más cosas en el viaje de las que había encontrado.

Entró en su apartamento y lo primero que vio fue las cajas que había empezado a preparar para su marcha. Estaba cansada, pero el cansancio no era físico; estaba hastiada mentalmente. Se tumbó en la cama buscando calma, lo cual fue peor. Los recuerdos de los últimos dos días comenzaron a golpearle la mente. La furgoneta recorriendo las carreteras. Los

Alpes en una noche brillante. Las lágrimas de Kriemhild. La despedida de Karin. Aunque lo que más le dolió fue recordar las burbujas de la botella de agua. Las burbujas subían una a una hacia el exterior, y cada vez que una empezaba a ascender, Elena se iba encontrando peor. Tenía ganas de vomitar; no la comida, lo que quería echar era otra cosa, algo más profundo.

Quería salir de ella misma.

Se levantó y abrió el portátil.

Y comenzó a vomitar palabras.

> Hay fotografías que cuentan toda una historia.
> Dos amigas se despiden frente al Muro de Berlín a medio construir.
> Una se queda en el Este; la otra, en el Oeste.
> Pero hay historias que no caben en una fotografía.
> Y esta foto no es lo que parece.

Las palabras fluían en sus dedos. Había entrado en una especie de trance y no podía parar. Como si siguiera el ritmo de una melodía de la que sabía todas las notas pero que nunca había escuchado. Y por un momento no estaba en 2019, ni en 1961, por un momento desapareció del tiempo.

Simplemente no estaba.

No era Elena.

Sino palabras.

Y entonces, sin esperarlo, salió el punto final. Ya no tenía nada más que decir, se había quedado vacía. Lo había expulsado todo. Sentía un vacío tan grande que comenzó a llorar. Lloró como nunca lo había hecho, como si no tuviera remedio. Entonces añadió una última línea.

> Por eso pido tu ayuda. Quiero reconstruir esta historia.

Después pulsó el botón de «Twittear todo», y en aquel

momento la historia dejó de pertenecerle para convertirse en una historia global. Cientos de miles de personas buscando a Rosie. Cientos de miles de personas contando sus propias experiencias. Cientos de miles de personas agradeciéndole a Elena su relato.

Y Elena no se estaba enterando de nada porque, mientras tanto, dormía.

EL MURO

5 millones de lecturas.
39.200 likes.
1.200 comentarios.
142 fotos de despedidas.
8 publicaciones en periódicos.
5 ministros comentando la historia.
1 mes respondiendo mensajes.
Y ni una sola palabra de Nelly.
Ni una pista sobre Rosie.

BERLÍN ESTE

Where are we now?
Where are we now?

DAVID BOWIE

ELENA

Fijaos en sus caras, mirad sus expresiones.
¿Veis tristeza en sus rostros?
No.
Es otra cosa. Hay tensión, hay nervios, hay ansiedad. Hay miedo.

Berlín estaba triste.

El avión llevaba unos minutos descendiendo, pero era ahora cuando podían contemplar la ciudad. El cielo gris se reflejaba en los cristales de los edificios. Quizá por eso le parecía tan melancólica.

Los pasajeros miraron instintivamente por las ventanillas. «Berlín tiene un magnetismo especial», pensó Elena. La ciudad parecía ejercer una fuerza de atracción que llevaba a algunas personas hacia su centro. Artistas, músicos, políticos de todas las épocas habían terminado allí. Pero en ese momento, ella no quería ser atraída, no quería ser una de esas personas que gravitan sobre una ciudad. Hacía solo unos meses que la había dejado y pensaba que era demasiado pronto para volver. Se sentía como una adolescente que se encuentra con un exnovio al que acaba de abandonar.

Berlín le estaba resultando triste, y lo peor de todo era que no sabía por qué. Sin embargo, tenía que regresar.

La llamada de Dorothea la había despertado de una siesta madrileña tan solo unos días atrás.

—¿Estabas durmiendo? —fue lo primero que le preguntó Dorothea cuando ella cogió el teléfono.

Elena no quería parecer el típico cliché de la española, así que mintió.

—No, estaba escribiendo, perdona. Estaba muy concentrada. —Al decirlo se sintió igual que si le mintiera a una madre.

—Ha ocurrido algo muy extraño y necesito que vengas a Berlín.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien? —La adrenalina

reemplazó a la somnolencia.

—Sí, todo bien. Es que hemos recibido una llamada en el museo y hay una persona a la que tienes que ver. Parece que sabe algo sobre las Mauermädchen —Dorothea hablaba con voz calmada. Eso le dio un poco de paz a Elena—, pero solo quiere hablar contigo y en persona.

—¿Quién es?

—No lo sé.

«No lo sé». Una respuesta que la perseguía. Una y otra vez, «No lo sé».

Tres palabras que tiraban de Elena hacia el corazón de una ciudad que ahora le resultaba extraña. Quizá para mucha gente Berlín fuera un imán tan poderoso como lo eran para ella esas tres palabras.

Elena avanzaba por los pasillos de Tegel como quien camina por un centro comercial. Nunca había aterrizado allí y le parecía cualquier cosa menos un aeropuerto. Por la ausencia de terminales, las diminutas salas de espera, el pasillo enorme flanqueado de tiendas. Berlín era especial hasta en los aeropuertos.

Nada más salir a la calle notó que algo había cambiado en el aire. El frío le inundó los pulmones y la sensación de la piel tersándose en su cara le recordó que enero no era el mejor mes para visitar Alemania.

Por fin vio a Dorothea junto a un coche blanco. La saludaba con la mano envuelta en una manopla marrón. «Doro tiene estilo hasta en invierno», pensó Elena. Pese a la tristeza que había experimentado en el avión, verla después de tanto tiempo hizo que le diera un vuelco el corazón. Elena se dirigió hacia su antigua jefa y sin esperarlo recibió un gran abrazo. Un abrazo como si fueran familia.

—Estás guapísima, Elena. Pero, corre, pasa. Seguro que estás muerta de frío.

Elena entró en el coche con una sonrisa en los labios.

—Pensaba que vendrías a recogerme en bicicleta. ¿Desde cuándo tienes coche?

Mientras buscaba algo junto al volante, Dorothea respondió:

—No es mío. Es un coche de alquiler, ahora se pueden coger en cualquier parte de la ciudad. Solo tienes que desbloquearlo con el móvil y... —por fin encontró el botón de arranque; el motor comenzó a sonar— *voilà*. —El coche se puso en marcha —. ¿Qué tal el vuelo?

Elena pensó en hablarle de la tristeza, de los imanes, de la ciudad y de aquellas tres palabras, pero se decidió por una respuesta menos compleja.

—Aburrido.

—Ah, claro, como ahora eres famosa, un vuelo de tres horas te resultará rutinario.

Elena se rio, no pudo evitarlo. ¿Famosa ella? Una chica que siempre se había ocultado de todo, que jamás era el centro de atención, a la que, como decía su abuela, lo que más le gustaba en el mundo era sentarse y mirar.

No obstante, sabía a qué se refería Dorothea con aquel «ahora eres famosa». Al volver a Madrid se encontró muchas cosas que no esperaba: el calor pegajoso de la capital, el ruido de los camiones de la basura por la noche, las preguntas sobre su vida privada... De algún modo, había cambiado y ahora no sabía estar en España, aunque tampoco quería regresar a Berlín.

Sin embargo, lo que menos se esperaba era el e-mail que recibió a principios de septiembre. Una editorial se había interesado en la historia de las Mauermädchen y quería que Elena escribiera un libro. Su primer pensamiento fue rechazar la propuesta. ¿Escritora? Aún no sabía quién era, y mucho menos se había imaginado nunca como escritora. Siempre pensó que acabaría de profesora en un instituto, aunque de

momento no se encontraba con fuerzas para enfrentarse a unas oposiciones. Habló con su familia, habló con sus amigos, y se dio cuenta de que no tenía ningún plan de vida. Después de su paso por Berlín se había quedado seca de futuro, y quizá escribir un libro sobre las chicas del Muro llenaría un poco ese vacío. Así que aceptó la oferta y se dijo a sí misma que sería una buena forma de pasar aquel año. Pero en realidad había aceptado por una razón que no se atrevía a confesarse.

Quizá...

Con el tiempo...

Con más investigación...

A lo mejor... podría encontrar a Rosie.

Elena no quería hablar de ese tema con Dorothea; por mucho que la considerara famosa, le apetecía muy poco hablar de sí misma. Así que cambió de tema.

—¿Qué tal va en el museo? ¿Sigue todo igual?

—¿Igual? —Dorothea sonrió con alegría—. Hemos doblado el número de visitantes. Vino a vernos el alcalde... ¡Y la tele!

—¿Por las Mauermädchen?

—Por ti, Elena.

Elena no podía imaginar que las horas que pasó tecleando en su ordenador pudieran haber cambiado la vida de tanta gente.

—Y esto no ha acabado —dijo Dorothea con aire misterioso.

—¿La llamada?

—La llamada.

—¿Ha vuelto a ponerse en contacto con el museo? —preguntó Elena con ganas de saber más.

—No, solo sabemos lo que nos dijo el otro día. —Dorothea hizo una pausa para tomar una curva pronunciada—. Que la reunión sería mañana en el mismo lugar donde se despidieron las Mauermädchen y que únicamente hablaría contigo. Con nadie más.

Elena tomó conciencia de la responsabilidad que tenía

encima. Todo el mundo esperaba que terminara el puzle, en cambio, por alguna razón que no comprendía, ella ya no quería jugar.

—¿Te da miedo? —La pregunta de Dorothea la pilló por sorpresa.

—¿Qué?

—¿La cita de mañana? ¿Te da miedo? ¿Quieres que vaya contigo?

Elena dudó un momento.

—No, no creo que haga falta. Puede que se asuste si nos ve a las dos, y no podemos perder la oportunidad de conseguir la información que tenga sobre Rosie. ¿A ti te asusta algo, Doro?

—No... Bueno, sí. —Se detuvo un instante para elaborar bien la frase—. Es un hombre. Me parece extraño.

—¿Por qué?

—Esta es una historia de mujeres. ¿Qué pinta un hombre en todo esto?

El coche tomó la calle del Diecisiete de Junio justo antes de que Elena contestara.

—No lo sé, lo descubriremos mañana.

Entonces, Dorothea dio donde más le dolía a Elena, sin saberlo.

—¿Y Kriemhild? ¿Has vuelto a hablar con ella?

—No. Su hija dice que cada vez está peor y no quiere que la altere con más preguntas.

Elena miró al fondo de la calle, donde se levantaba la Columna de la Victoria. Sus ojos se fijaron en la diosa alada que habitaba en lo alto del monumento. La recordaba brillante bajo el cielo azul de verano, sin embargo, ahora estaba pálida. Una mujer por encima de la ciudad, triste y pensativa.

«Todas las habitaciones de todos los hoteles de todas las ciudades son siempre iguales», pensó Elena al abrir la puerta de la que le habían dado en el hotel de la Friedrichstrasse. Una cama lo suficientemente ancha para rodar por ella varias veces. Un televisor de plasma de pocas pulgadas. Una mesilla sin personalidad y unas cortinas tan anchas que podrían tapar dos veces la ventana.

Nada más entrar la asaltó el aburrimiento. Era cierto que no tenía ganas de volver a Berlín, pero ahora que estaba allí no pensaba quedarse encerrada en una habitación anodina el resto del día. Ni siquiera introdujo la tarjeta en el aparato para encender la luz. Simplemente dejó las maletas y se marchó.

En la calle el frío era soportable. Las nubes parecían instaladas en el cielo desde hacía semanas. La avenida Friedrichstrasse nunca había sido una de las favoritas de Elena; los edificios que en otra época habían albergado cines y teatros ahora mostraban en sus escaparates productos de marcas muy reconocidas internacionalmente, pero que poco tenían que ver con Berlín. Elena decidió encaminarse hacia el sur; visitaría la plaza de Gendanmermarkt y sus iglesias gemelas, para después perderse por las callejuelas paralelas.

En cuanto hubo recorrido los primeros metros de la avenida se percató de dos cosas. La primera era que no iba tan bien abrigada como la gente que la rodeaba. Llevaba guantes y gorro, pero su abrigo, heredado de una de sus tías, no era como los modelos gruesos y bien aislados que veía en la calle.

La segunda era que no caminaba como el resto de las personas de la avenida. La gente la adelantaba por un lado y por otro, como si fuera un coche que circulase con una rueda pinchada.

Esto le hizo recordar algo que le había ocurrido tan solo unos meses atrás en Madrid, en otra avenida, aunque muy diferente. Una tarde de septiembre, Elena fue hasta las oficinas centrales de la editorial para firmar el contrato. Una vez que lo había hecho, Elena se sintió tremendamente triste. No por la firma del contrato, sino por el pensamiento que le sobrevino después. Una vez que lo había hecho, salió del edificio pensando que debería llamar a alguien para celebrarlo. Quizá organizar una comida improvisada en algún parque con amigos o invitar a su familia a un restaurante, pero su pensamiento le jugó una mala pasada. En realidad, con quien quería hablar era con Nelly.

Aquello la hizo ponerse melancólica y decidió no llamar a nadie. Comenzó a caminar sin rumbo, preguntándose cómo podía haber cambiado en tan poco tiempo su humor debido al recuerdo de una persona. Llegó hasta el Paseo del Prado, donde cientos de turistas iban y venían. Ella seguía caminando lenta, ensimismada en sus pensamientos, cuando un turista se paró a su lado y comenzó a hablarle en un idioma que no comprendía. Le contestó en inglés y él le explicó que la había confundido con una de las turistas de su grupo. Elena se rio y le dijo que era española. Entonces el turista dijo algo que ella recordaría siempre: «No caminas como alguien de aquí. Caminas como una extranjera».

Aquellas palabras se le quedaron grabadas en la memoria. «Caminas como una extranjera». Quizá fuera el mejor modo de describirla. Caminaba como una extranjera, pero no solo en Madrid. Nunca se había sentido cómoda en ningún lugar. Cuando era pequeña siempre soñaba con vivir en otro país, aunque ni en Berlín ni en Viena llegó a sentirse como en casa.

Al regresar a Madrid tampoco se sintió cómoda. Estaba condenada a no tener *Heimat*, la mezcla de patria y hogar que los alemanes expresan con esta palabra.

Aunque era cierto que caminar como una extranjera le había permitido ir a distinta velocidad que los demás, pasear por las calles mirando lo que nadie ve, fijándose en aquello que pasa desapercibido.

Como mientras bajaba la Friedrichstrasse y vio a lo lejos algo que la sacó de sus pensamientos. Una figura conocida que no esperaba encontrarse allí. Alguien a quien deseaba y al mismo tiempo le aterraba ver.

A menos de dos manzanas, Nelly avanzaba hacia ella.

O eso creyó.

Elena no se paró a comprobarlo. Se dio la vuelta y comenzó a caminar en sentido contrario, pero no como una extranjera, sino sabiendo muy bien cuál era su objetivo: escapar de allí antes de que Nelly la viera.

Elena avanzaba con paso decidido por la Friedrichstrasse. Podría haberse metido en cualquier tienda, pero tenía miedo de que Nelly pasara por delante y la descubriera escondiéndose. Eso sería aún peor. Así que se alejó de la zona comercial para dirigirse al río Spree. Cuando llegó al puente tuvo la sensación de que el peligro había pasado, aunque no entendía bien cuál era el peligro. Se detuvo un momento para tomar una gran bocanada de aire. Su ritmo cardiaco empezó a calmarse, pero no su mente. ¿Era realmente Nelly la persona a la que había visto? ¿O era alguien que se le parecía? ¿La habría visto? ¿Por qué había huido? ¿Qué había pasado?

Elena necesitaba parar la cascada de preguntas. Necesitaba aflojar. Necesitaba un respiro. Entonces recordó un lugar que quizá la ayudaría a superar aquella crisis.

El autobús la dejó en la calle empedrada que tantas veces habían pisado sus pies. Sin duda le sentaría bien estar allí, volver a su Berlín, a su calle.

Pero aquello no resultó como esperaba.

Nada más aterrizar se percató de que los árboles habían perdido todas las hojas. La calle tenía un aspecto mucho más triste y plomizo. Aunque el verdadero problema llegó después. Elena se acercó a la tienda de tartas; quería un pedazo de bizcocho bañado en chocolate y nostalgia, pero lo que encontró le punzó el corazón. Entre la tienda de tartas y el estudio de arquitectura, un cartel enorme: E-ZIGARRETEN.

Una tienda de cigarrillos electrónicos.

¿Dónde estaba el conserje de su calle? ¿Dónde estaban los objetos de segunda mano y los muebles? ¿Dónde estaba

Herbert? ¿Dónde estaba su Berlín?

En la cabeza de Elena no cabían más preguntas sin respuesta. Así que cuando reconoció a uno de los arquitectos del estudio, un chico alto y delgado que estaba aparcando su bicicleta, se abalanzó hacia él para preguntarle:

—¿Qué le ha pasado a Herbert?

El chico se sorprendió, pero enseguida le contestó con un gesto de tristeza.

—Le subieron el alquiler. Tuvo que dejar el sótano y el piso.

Elena no se lo podía creer.

—Así es Berlín estos días.

Sin saber qué añadir, hizo una pregunta que carecía de sentido.

—¿Sabes dónde vive ahora?

—No, lo siento. Solo sé que se fue.

Así era Berlín ahora, se dijo Elena. Si alguien como Herbert no podía dejar huella, ¿quién lo haría? Eran ciudadanos de usar y tirar.

Elena se marchó convencida de que ella no le importaba a nadie en aquella ciudad.

MISTER M.

Esa tensión podría ser por el soldado que está a su lado. Pero ese soldado no empuña una pistola.
Fijaos bien en la foto.
¿No veis algo raro?
Sí, ese soldado sostiene una... ¡flor!

Las altas farolas de la Friedrichstrasse aún estaban encendidas. Eran más de las nueve de la mañana, pero la oscuridad no había desaparecido.

Elena se vistió rápido, no quería llegar tarde a su cita. Sabía que la puntualidad alemana solo permitía unos minutos de retraso, y, puesto que además había quedado con un personaje misterioso, un pequeño retraso podía ser fatal.

Mientras salía del hotel recibió una llamada de Doro.

«Mucha suerte hoy. Si necesitas cualquier cosa, avisa. La vamos a encontrar».

Fue ese «la vamos a encontrar» lo que más incrementó la tensión de Elena. Doro era una persona positiva y siempre pensaba que se podría encontrar una pista, un hilo del que tirar, hasta conseguir todas las piezas del puzle. Pero ella no había conversado con Kriemhild, no había visto sus lágrimas, no había escuchado su «pero...».

A Elena le pasó por la cabeza la idea de ir en transporte público, pero le aterraba no recordar las calles. Es curioso cómo funciona el cerebro: lugares que tenemos perfectamente situados en el mapa mentalmente desaparecen de la cabeza en pocos meses, hasta tal punto que nos resulta imposible recordar los caminos más frecuentes.

El taxi era un viejo modelo que alguna vez fue de lujo y que se había quedado un poco anticuado. El trayecto transcurrió en silencio entre Alexanderplatz y el canal.

Elena llegó antes de la hora, quizá demasiado pronto. La esquina entre las calles Harzer y Mengerzeile estaba igual que en verano. Quizá más apagada, menos cálida. Era fácil saber

que la persona con quien estaba citada aún no había llegado, porque no había nadie en la calle.

El frío todavía era intenso, así que decidió entrar en la cafetería que había a unos metros, desde donde podría ver la llegada de tan enigmático personaje. Pidió un café americano y se sentó a esperar frente a la gran cristalera. Por un momento pensó en coger el móvil para leer las noticias, pero lo descartó para no desconcentrarse y no perderse la llegada del hombre misterioso.

En aquel instante se le ocurrió la idea de que estaba actuando como una espía de la Stasi, escondida tras el ventanal, vigilando la llegada de quienquiera que fuera que estaba a punto de aparecer. Se sintió a gusto en ese papel, el de la persona que mira, que observa, sin necesidad de dar la cara. Elena pensó que si le hubieran interesado más la política y las leyes, quizá podría haber sido espía. Era muy detallista, tenía buena memoria y, sobre todo, sabía pasar desapercibida.

Sin embargo, ese pensamiento se hizo trizas cuando oyó una voz detrás de ella. La habían descubierto.

—Está todo muy cambiado.

Un señor mayor, de más de ochenta años, se acercaba con pasos cortos hacia Elena. Llevaba en la mano izquierda un café que se tambaleaba con sus andares. Para Elena fue un shock, ya que ni siquiera se había dado cuenta de que había alguien más en la cafetería. Definitivamente, no habría sido de gran valor para la Stasi.

—Antes, lo que había allí enfrente era un jardín —dijo el hombre, que dejó su taza junto a Elena para señalar con el dedo a través de la cristalera—. Allí, justo allí fue donde cogí la flor.

Elena no necesitó mucho más para saber quién era aquel hombre y por qué quería hablar con ella.

Tenía enfrente al soldado, el *vopo*, el hombre de la flor.

Quería decir tantas cosas a la vez que los pensamientos se le amontonaban en la cabeza y, sin embargo, ninguno se traducía en palabras. El hombre se sentó a su lado y le tendió la mano.

—Elena, ¿verdad? —dijo con un marcado acento berlinés.

Elena le tomó la mano y por fin pudo contestar algo, aunque no fuese muy ingenioso.

—Sí, encantada.

—Lo sabía. Ningún joven viene a desayunar a una cafetería como esta. Aquí solo venimos los viejos y los vagabundos.

—Hacía mucho frío fuera y no quería esperar...

El hombre la interrumpió.

—No se preocupe, yo tampoco habría entrado aquí si hubiera sabido que el café era tan malo.

El comentario le sacó una sonrisa a Elena.

—Bueno, tengo entendido que me estaba buscando.

—Sí, claro, claro —respondió Elena aún desconcertada. Entonces, recobrando un poco de sentido común, recordó un detalle fundamental—. ¿Le importa que grabe la conversación?

El hombre se lo pensó un momento.

—Si hay algo que no quiero que quede grabado, ¿puedo pedirle entonces que lo apague?

—Por supuesto. Le prometo que no quedará grabado nada que usted no desee.

Él asintió con la cabeza y Elena pulsó el botón de grabar.

—Empecemos por el principio. ¿Me puede decir cómo se llama?

El hombre soltó una pequeña carcajada.

—Será mejor que no se lo diga. Sé que usted es escritora. —Esto sorprendió a Elena, solo había contado a su círculo más cercano la creación del libro y no sabía cómo tomarse aquel nombre referido a ella—. Y yo soy muy mayor para que me recuerden por ciertas cosas.

—Pero de alguna forma tendré que llamarlo.

—Llámeme mister M. Así, en inglés, que suena a película de espías.

Elena volvió a sonreír. Aquel hombre, mister M., la había conquistado en tan solo un par de frases. O quizá ya lo había hecho antes de conocerlo.

Elena tomó las riendas de la conversación.

—Bueno, es usted el que ha pedido verme. ¿Por qué quería hablar conmigo?

Antes de contestar, mister M. dio un sorbo a su café.

—Es usted española, si no me equivoco. ¿Sabe cómo la llama mi hijo? La española guapa. «Papá, ¿vas a ir a ver a la española guapa?». «Papá, ha vuelto a escribir la española guapa». —Mister M. hizo una pausa para reírse—. Nunca he estado en España; mi hijo sí, pero yo no. ¿Es tan bonita como dicen que es?

—Tiene lugares muy bonitos, sí.

—Yo no he viajado mucho, ¿sabe? La gente piensa que cuando cayó el Muro todos los del Este estábamos deseando salir a otros lugares, explorar el mundo. —Se acercó un momento a Elena—. A mí me daba igual. ¿Qué se me ha perdido a mí en España o en Italia? No entiendo lo que dicen, no entiendo la comida y, lo peor, ¡tendría que ir en pantalones cortos! ¿Se imagina? Yo, a mis años, en pantalones cortos.

A Elena le pareció que este último argumento era totalmente legítimo. El hombre no se detuvo en su discurso, era de esa clase de personas que cuando toman la palabra les cuesta soltarla.

—Por eso me gusta mucho la gente que se va a vivir al extranjero. Tienen que batallar contra los elementos para vivir su día a día. Son luchadores. Por eso quería hablar con usted... Por eso y, por supuesto, porque no es alemana.

Elena decidió seguirle el juego.

—¿Qué sucede con los alemanes?

—Que han vivido la historia de Alemania. —Mister M. volvió a hacer una pausa para beber de su café—. Aquí, cada familia carga con su propia mochila de relatos. Es una mochila grande. Quizá la más grande de Europa. Cuando alguien saca una historia de esa mochila, con ella puede trastornar el presente, puede cambiar la vida de muchas personas.

—¿Cómo? —preguntó Elena, intrigada.

—No lo sé. Eso es lo que he venido a descubrir con usted.

Mister M. tomó otro sorbo de café.

—Podría empezar por contarme qué sucedió aquel día. ¿Por qué dejó hablar a esas chicas?

—Será mejor que dejemos esa pregunta para el final —dijo mister M. con una sonrisa en los labios.

—Veo que es usted muy esquivo —respondió Elena emulando la sonrisa de su entrevistado—. Todavía no me ha contestado ni una sola pregunta.

—Perdóneme, señorita. Viejas costumbres... Le prometo que ahora seré bueno y diré la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Centrémonos en las chicas. ¿Las escuchó hablar?

—Vaya, yo que quería darle una buena respuesta. En eso no puedo ayudarla mucho: no quise invadir su intimidad y me mantuve al margen. Tenga en cuenta también que esto pasó hace más de cincuenta años. La mayoría de las cosas las he olvidado.

—Si lo hubiera usted olvidado, no estaría aquí.

—*Touché*.

Mientras Elena se preparaba para lanzar la siguiente pregunta, mister M. le tocó el brazo para detenerla.

—Pero le voy a decir algo que usted no sabe: sus palabras de despedida. —Aquellas palabras tuvieron un impacto inmediato en Elena—. La del lado este...

—Rosie —puntualizó Elena.

—Rosie... Rosie ya se marchaba cuando se dio la vuelta y le gritó unas palabras a su amiga.

—¿Qué palabras?

Mister M. le pidió a Elena con un gesto que se acercara, como si fuera a contarle un secreto.

—*Die Welt ist schön, Milord*.

Elena se apartó un momento de aquel hombre tan enigmático. Tradujo las palabras en su cabeza: «El mundo es bonito, mi señor». Su mirada de extrañeza hizo que mister M. hablara de nuevo.

—Ya sabe: lalalalalala —comenzó a tararear una musiquilla con cierto aire de música de carrusel.

Elena lo miró asombrada. Mister M. se retiró hacia atrás con un gesto de descontento fingido.

—Oh, estos jóvenes. No reconocen la buena música. *Milord*, de Dalida. Fue un éxito mundial en aquellos años. Todas las chicas lo cantaban.

Volvió a canturrear la melodía.

—Perdóneme..., mister M. —A Elena le costó decir ese nombre sin reírse, pero lo consiguió—. Es que en 1961 no llegaba demasiada música europea a España.

—Ah, se me olvidaba que ustedes, los españoles, no fueron europeos hasta hace poco tiempo.

El comentario, sin entender muy bien por qué, le hizo gracia a Elena.

—Pues eso fue lo último que le dijo esa chica antes de marcharse a su casa.

—Perdone, ¿ha dicho a su casa?

—Sí, se fue a su casa. Era una de aquellas. —Mister M. se levantó y señaló unos edificios al final de la calle—. Entró por una de aquellas puertas.

—¿Recuerda cuál?

—Me encantaría contestarle que sí, pero esta máquina —se

tocó la cabeza— no funciona tan bien.

—¿Hay algo más que haya quedado registrado en esa máquina?

—La otra chica. Pobre. Se quedó devastada —dijo el hombre acompañando sus palabras con un gesto de la boca—. No se movió en un buen rato. Al principio la entendí, yo también perdí muchos amigos al otro lado. Luego tuve que pedirle que se fuera. La primera vez que le hablé no me escuchó, parecía estar esperando algo.

—A lo mejor esperaba una señal de Rosie. Algo relacionado con el plan de fuga, quizá.

—Puede ser, puede ser.

—¿Cuándo se enteró usted de que le había pasado un plan de fuga?

—¡Cuando la leí a usted! —respondió mister M. con sorna—. Una cosa es que dejara a esas chicas hablar y otra que las dejara escapar. Si lo hubiera sabido...

—¿Qué hubiera hecho?

—Prefiero volver a mis viejas costumbres y no contestarle. Tengo la impresión de que le caigo bien y no quiero que cambie usted de idea.

La mirada de mister M. seguía fija en Elena.

—¿Sabe?, no me creo eso que dice. Si hubiera sido así, si usted hubiera sido el soldado modélico que cumple órdenes, no hubiera dejado que las chicas se acercasen ni que el fotógrafo captara el momento.

—Pero, señorita, ¿no me estará acusando usted de ser una buena persona? —preguntó el anciano con una sonrisa pícara —. De lo que sí puede acusarme es de ser mal soldado. En ningún momento vi al fotógrafo. Se lo juro. Aún sigo preguntándome de dónde demonios salió. —Con un costoso movimiento se levantó y miró a su alrededor—. Por la perspectiva de la fotografía debería haberla tomado de unos

metros más atrás de donde estamos nosotros, por allí. —Señaló hacia la parte trasera de la cafetería—. ¿Cree usted que yo podía verlo de espalda a tal distancia?

La mirada de Elena indicaba que no lo creía.

—A veces, las buenas personas son las que no saben que lo son, solía decir mi abuela.

En realidad, Elena no tenía el recuerdo de habérselo escuchado decir a su abuela, pero de tantas veces que lo había repetido su madre, creía que sí.

—Su abuela era sabia, pero no me conoció a mí en aquella época.

—Dudo que la hubiera tratado mal, era un encanto.

—No me ha entendido. Por supuesto, no la hubiera tratado mal, pero habría intentado conseguir una cita con ella.

—Veo que es usted único —respondió Elena ante la mirada pecaminosa de mister M.

—Eso decían mis mujeres.

—¿Está usted divorciado?

Mister M. volvió a sentarse frente a Elena.

—Como dice un buen amigo, solo hay una cosa mejor que amar a una mujer: amar a muchas. —De pronto, mister M hizo un gesto de fastidio—. Vaya, me temo que me estoy saliendo del personaje. Yo quería aparentar ser un tipo misteriosos y seductor y ahora le estoy contando mi vida. Lo siento.

Elena, divertida, contestó socarronamente:

—No se preocupe, tampoco es que creyera que fuera a conseguir el testimonio de James Bond.

—Ah —contestó mister M. con cara de preocupación—. Yo pensaba que usted estaba buscando un héroe para su historia.

—¿Quiere serlo usted?

—Por supuesto —respondió mister M., y la sonrisa regresó a su rostro.

—Entonces, tranquilo, si escribo sobre usted, aparecerá como

un héroe.

—Me temo, señorita, que no puedo confiar en ello. ¿Cómo va a conseguir que un viejo como yo parezca un héroe?

—Muy sencillo: contando la realidad.

Mister M. sonrió sorprendido.

—Tiene usted cara de lista, señorita española. Espero que sepa escribir bien lo que le voy a contar: yo no soy un héroe, y esas chicas tampoco. Un héroe es alguien que gana siempre. Superman, un medallista de oro en las olimpiadas, un general que regresa victorioso de la guerra. Nosotros no somos héroes como ellos. Somos lo contrario. Somos todos unos perdedores. —Mister M. hizo una pausa, y por primera vez Elena vio su gesto tornarse serio—. Quizá héroes de la derrota. Lo único a lo que podemos aspirar es a perder, pero perder lo menos posible.

—Quizá esa sea una buena definición de héroe en estos tiempos: quien lucha por perder lo menos posible.

—Quizá —dijo mister M. abandonando un poco la seriedad —, pero eso se lo dejo a las escritoras como usted. Yo soy lo que fui, y fui de todo menos un héroe.

—Entonces ¿por qué dejó hablar a las chicas?

Mister M. tardó unos segundos en contestar.

—Mire, señorita, podría contarle cualquier cosa, pero seré honesto: no lo sé. —Elena lo miró a los ojos y descubrió que no estaba mintiendo—. Hay veces que hacemos cosas sin pensar. Simplemente las hacemos. Luego podemos racionalizarlas, darles una explicación, incluso arrepentirnos, pero la única realidad... es que no sabemos por qué lo hemos hecho.

—¿Usted se arrepintió? ¿Se arrepintió de dejar a esas dos chicas despedirse?

Una sonrisa esplendorosa volvió a aparecer en la cara de mister M.

—Le repito, yo no soy el héroe que está buscando, señorita.

Elena comprendió que aquella respuesta, aunque no

contestara a su pregunta, decía mucho sobre aquel hombre.

—Eso es cierto —respondió Elena—, yo no venía buscándole a usted. Yo quería encontrar a una de las dos chicas.

—A Rosie... Ya, ya conozco la historia —respondió mister M. con premura—. En eso no puedo ayudarla. La chica vino, se fue directa a ver a su amiga, hablaron unos minutos y se despidieron como le he contado. No puedo darle más detalles. Fui un mero testigo, como el fotógrafo, como... usted. —Elena iba a responder, pero mister M. no le dejó interrumpirlo—. Si me permite un consejo de viejo sabelotodo, no siga buscando.

Elena se quedó perpleja.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque usted no quiere encontrarla a ella. Usted quiere un final feliz. Y, lamentablemente, en Berlín, con el Muro de por medio, solo una de cada mil historias tiene un final feliz.

Aquellas palabras le trajeron a la mente el recuerdo de Nelly y su respuesta ante las historias trágicas.

—Pues tendrá que ser triste —respondió Elena de forma temperamental—, pero al menos será un final.

Elena se dio cuenta de que la rabia de su última respuesta no estaba relacionada con el soldado, ni con las Mauermädchen. Le parecía estar discutiendo con un fantasma que habitaba en su mente.

—Además —añadió Elena—, puede que esta sea esa una entre mil.

Mister M. volvió a sonreírle, acto seguido se puso de pie.

—Qué maravilloso regalo de la juventud es la esperanza.

El hombre se encaminó hacia la puerta y, en un tono muy calmado, le dijo a Elena:

—Señorita, ha sido un placer conocerla, pero el deber como espía me llama.

Elena se sorprendió ante la despedida.

—¿Se marcha ya? ¿No va a contarme nada más de las

Mauermädchen?

—Ojalá pudiera hacerlo, pero no hay nada más que contar.

Elena comprendió que era cierto. No tenía ninguna pregunta que hacerle, así que intentó alargar la conversación con lo primero que se le ocurrió.

—No me ha contado una cosa.

—Dígame.

—¿Qué sintió al ver la fotografía?

Mister M. se quedó unos segundos en silencio. Elena había conseguido por una vez golpearlo sin que él tuviera una respuesta preparada. Tras pensarlo un poco, confesó:

—Miedo.

Y no dijo nada más.

Ella intentó indagar.

—¿Miedo de que lo reconocieran o...?

—No, no... La foto la vi cuando ya había caído el Muro, y todo eso quedaba muy lejos. ¿Sabe de qué tenía miedo? De mí. Esas chicas, sus caras, su tristeza. Pensaba que todo era por mí.

—Pero ahora sabe que no fue así.

—Eso se lo debo a usted, señorita.

Sin saber muy bien por qué, unas palabras brotaron del estómago de Elena.

—Es extraño lo que genera esa foto. Yo, la primera vez que la vi..., escuché a mi abuela.

—¿La sabia?

—La sabia. —Elena hizo una pausa—. Es como si estuviera allí, en la foto.

—Quizá le recuerde a una de las chicas —sugirió mister M.

—No, no se parece en nada. Es por otra cosa, pero no sé el qué.

Mister M. se acercó a Elena.

—Es una imagen poderosa, esa foto —dijo—. Tal vez ahí reside el misterio: la fotografía no revela la historia de esas

chicas, sino la nuestra.

La respuesta impactó tanto a Elena que no pudo reaccionar cuando mister M. comenzó a despedirse.

—Ha sido una delicia charlar con usted. Ojalá encuentre ese final.

En el mismo momento en que mister M. salía por la puerta, Elena se levantó corriendo y lo detuvo.

— Una última pregunta. ¿Por qué ha venido?

—¿Perdone, señorita?

El frío comenzaba a entrar en la cafetería.

—¿Por qué ha venido a hablar conmigo? ¿Qué necesidad tenía?

—Señorita, aún no lo ha comprendido. Tengo una edad, y lo único que quería... —Mister M. no pudo evitar reírse, como si lo hubieran pillado en una trastada infantil—. Lo único que quiero es salir en su libro.

—¿Cómo está tan seguro de que voy a escribir un libro?

El hombre le hizo un gesto de despedida y añadió unas palabras.

—Ya le dije que era un buen espía.

Y se dio la vuelta para desaparecer por la esquina sin despedirse, forzando una salida dramática que dejó a Elena con una sonrisa en la boca y el frío en los pies.

Elena abandonó la cafetería con una energía que no había tenido desde que dio su primer paso en Berlín. Aunque el día era gris, todo le resultaba más luminoso que hacía unas horas. La esquina lucía igual, pero ella la veía de una forma diferente.

Apenas habían pasado unos minutos desde la marcha de mister M., aun así, tenía muy claro lo que debía hacer. Se fue directa hacia las casas del final de la calle, las que él le había indicado. Eran unas casas distintas del resto de los edificios vecinos, construcciones modernas con grandes ventanales y fachadas de diseño. Sin embargo, aquellos eran bloques del viejo Berlín, que todavía conservaban el antiguo *Kratzputz*, el enfoscado clásico con el que se recubrían las viviendas del Este. Antes de llegar a la primera casa se detuvo para sacar sus auriculares de uno de los bolsillos del abrigo. Tecleó un par de veces en su móvil y al segundo ya estaba sonando en los cascos la canción *Milord*. Le sorprendió que la voz que cantaba no fuera alemana, sino francesa. Era Édith Piaf. Como más tarde descubriría, en realidad la canción que le había tarareado mister M. era una versión alemana, mucho más dulcificada que la francesa. En esta última se dejaba entrever que la protagonista era una prostituta que intentaba engatusar a un milord para que pasara la noche con ella.

Mientras sonaban los primeros compases acelerados de la *chanson*, Elena se acercó a los portales de las casas donde supuestamente había vivido Rosie hacía más de cincuenta años. A la vez que la voz desgarrada de Piaf alentaba a su caballero con frases como «Allez, venez, milord», Elena paseaba ante unas enormes puertas de madera. Parecía que la letra de la

canción estuviera animándola a hacer algo, pero ella no tenía ni idea de a qué.

Elena siguió observando y escuchando la música. Caminaba frente a los portales observando cualquier detalle, como buscando pistas de lo que ocurrió tantos años atrás.

Número 51: puerta azul, poca luz. Grafitti de 1UP.

Número 52: puerta marrón, distinta tipografía en cada timbre del telefonillo, ropa para regalar en una caja.

Número 53: puerta de color rosado, con un pequeño escalón en la entrada y más limpio que los demás.

Le hizo gracia descubrir que la mayoría de los nombres escritos junto a los timbres de los telefonillos fueran extranjeros. Tuvo la impresión de que aquel lugar, que salvaguardaba la esencia de la calle, en realidad, lo defendían personas que no pertenecían a Berlín. Le pareció una bonita paradoja.

Cuando terminó la canción supo que era hora de marcharse. Allí no había nada que buscar. O eso creía ella.

ANNA

Sus caras muestran tensión porque están escondiendo algo.
Están muertas de miedo porque se están jugando la vida.
Pero ¿por qué? ¿Qué misterio esconden sus rostros?

Mientras las últimas palabras sonaban a través del altavoz del móvil, Elena escrutaba la cara de Dorothea, sentada en su despacho del museo. Estaba tan concentrada que Elena no sabía qué estaba pasando por su mente.

De pronto se irguió y emitió por fin unas palabras:

—Lo siento, Elena.

—No, no tienes que... —Pero Elena no pudo terminar la frase.

—Siento haberte hecho venir. Pensaba que quizá..., no sé..., fuera su marido o un familiar. Estoy segura de que en Madrid tenías miles de cosas que hacer, siento haberte hecho regresar.

—No te preocupes, de verdad. Me ha encantado conocer a ese hombre. Solo hay una cosa que me ha faltado preguntarle: el color.

—¿El color?

—Sí —dijo Elena volviendo la mirada hacia Dorothea—. Desde que vi la foto me pregunto de qué color sería.

—¿El qué?

—Todo —dijo señalando una de las copias que reposaba sobre la mesa—. La flor del soldado, la chaqueta de Kriemhild, el abrigo de Rosie. Por mucho que miremos la foto, siempre hay un enigma que resolver. Así va a ser imposible escribir un libro sobre ellas.

Dorothea resopló de aquella manera que tantas veces le había visto hacer Elena. Era un cruce entre un resoplido maternal y el de un general del ejército prusiano.

—No busques excusas.

—¿De qué hablas?

—Estás pensando en no escribir ese libro. En renunciar. Y no te voy a dejar.

Elena calló. La había pillado.

—¿Conoces a Heinrich Zille?

—No —dijo Elena.

Acto seguido, Dorothea se levantó y buscó algo en la estantería, como había hecho meses atrás cuando sacó el expediente de las Mauermädchen.

—Zille fue un dibujante de finales del siglo XIX. Le gustaba retratar la vida del Berlín de aquellos años. Seguro que alguna vez has visto algún dibujo suyo, es difícil no encontrarse con uno. Ah, aquí está...

Dorothea tomó un libro y se lo acercó a Elena, pero no era un libro de dibujos, era un libro de fotografías. *Das alte Berlin* («El viejo Berlín»), de Heinrich Zille.

—Pero... esto son fotografías.

—Exacto —dijo Dorothea—. Zille hacía fotografías y las usaba de modelo para sus dibujos. Eran simples herramientas de trabajo. Retrataba a obreros, amas de casas, comerciantes. —Mientras escuchaba a Dorothea, Elena comenzó a pasar las hojas del libro—. Gente normal y corriente.

Con cada página que pasaba, la admiración de Elena crecía más y más. Los rostros, las actitudes, los movimientos de aquellas personas eran algo que nunca había visto. Por muchas fotos de Berlín que hubiera revisado durante el último año, no había contemplado ninguna como aquellas.

—Después de su muerte —continuó Dorothea—, las fotos quedaron olvidadas en su taller. Le servían para trabajar, y así lo consideraba el propio Zille; no merecían ningún reconocimiento. Pero pasó el tiempo, mucho tiempo, y cuando unos investigadores las encontraron se dieron cuenta de algo: no había fotos así del siglo XIX. Había fotografías sobre el Berlín imperial, los palacios, la gente rica. En cambio, no quedaban

imágenes de ellos, de la gran mayoría de los berlineses. Si no fuera por Zille y sus herramientas de trabajo, sus rostros se hubieran perdido para siempre.

Elena captó el mensaje al momento.

—Doro, no sé si puedo... Yo no sé qué decir o qué escribir.

Los ojos de Dorothea se posaron sobre ella.

—Se perderán... Si no escribes sobre ellas, se perderán. Serán solo las Mauermädchen. No Rosie y Kriemhild. Serán solo dos chicas que se despiden delante del Muro.

La cabeza de Elena hizo un gesto, arriba y abajo, como convencida por aquellas palabras, aunque en realidad aún no había tomado ninguna decisión acerca de lo que haría.

El vuelo de Elena salía al día siguiente, así que aún le quedaba una tarde para aprovechar su estancia en Berlín. Como no tenía a nadie a quien ver, pensó en acercarse a alguno de los museos que tantas satisfacciones le habían dado en el tiempo en que vivió en la ciudad.

Abrió el ordenador para buscar las exposiciones temporales de la red de museos estatales. Sin embargo, al comenzar a teclear las letras M-U-S-E-O-B-E-R, el explorador completó de forma automática el texto de la búsqueda con un nombre en el que ella no había pensado: Museo Judío de Berlín. Elena, con las frases sobre los finales felices de mister M. aún frescas en la memoria, recordó la mañana en que Nelly le habló de aquel museo y lo que le repugnó. Y, como si de una venganza se tratase, tomó la decisión de visitarlo.

Cogió la línea de metro U6 y en pocos minutos ya estaba ascendiendo las escaleras de la estación de Kochstrasse, según su nombre oficial, aunque todos los turistas la conocían como Checkpoint Charlie. En la época de la Guerra Fría era el punto más cercano entre el ejército estadounidense y el soviético. Ahora, aquellos días de tensión habían quedado lejos y el antiguo paso fronterizo se había convertido en una especie de parque temático. Actores disfrazados de marines, banderas rojas con hoces y martillos de oferta, trozos de piedra fabricados en el siglo XXI y turistas, muchos turistas.

Elena dejó a un lado aquel trampantojo y continuó en dirección al Museo Judío, pensando en cómo la historia, el sufrimiento y el miedo se habían convertido en un souvenir vendido a mitad de precio en las tiendas de Checkpoint Charlie.

Al llegar al museo pensó que Nelly había vuelto a exagerar al describirlo. Aquel lugar no estaba diseñado para generar angustia; era un antiguo palacio barroco. De lo que Elena no se percató fue del edificio contiguo, bastante más moderno y de un estilo completamente diferente al del palacio en el que acababa de entrar.

Después de sacar las entradas, tomar una audioguía y dejar su abrigo en el guardarropa, se dirigió hacia el patio donde ella creía que estaba la exposición sobre la historia del pueblo judío en Alemania. Sin embargo, una flecha le indicó que el recorrido por el museo se iniciaba en unas pequeñas escaleras que descendían. Leyó el plano para asegurarse de que esa era la entrada, pues más bien parecía el acceso a los baños.

Elena comenzó a bajar mientras iba escuchando en la audioguía las primeras explicaciones, que también le resultaron extrañas. En ellas, el arquitecto del museo, Daniel Libeskind, pedía al visitante que apagara durante unos minutos la audioguía para pasear y adentrarse en el edificio en silencio. Así podría empaparse de la arquitectura, podría «experimentarla» y recibir después la explicación de lo que acababa de vivir. A Elena le pareció una extravagancia, pero se dejó llevar. Apagó el aparato y se dispuso a pasear por el lugar.

Lo primero que encontró fue un pasillo largo y muy iluminado, aunque sin rastro de luz natural. Por un momento, Elena creyó que se había equivocado de entrada y estaba en unas dependencias privadas del museo.

Continuó andando hacia el primer cartel, que se encontraba a unos metros de ella. Al mover los pies notó que su zancada era torpe, como si estuviera ascendiendo por una cueva, pero el suelo le parecía plano.

Llegó al cartel y vio que había tres nombres:

Elena no entendía nada, de modo que decidió que era el momento de volver a encender la audioguía y recibir la explicación. La voz de una señora le informó de que el museo está creado para «desorientar». El suelo está torcido y no hay ningún ángulo de noventa grados, aunque lo parezca. Esto genera una sensación de confusión, pretendida por el arquitecto. Ahora comenzaba a entender las palabras de Nelly.

Como una turista más, comenzó a inspeccionar los pasillos del sótano del museo judío. Iba encontrando elementos importantes en la historia de la Shoah, o lo que los occidentales llamaban Holocausto: carteles antisemitas, dibujos del horror, cartas enviadas desde campos de concentración. Mientras la voz de la audioguía le explicaba los detalles de la arquitectura, Elena miraba horrorizada la colección de objetos.

Al doblar una de las esquinas, la audioguía le advirtió de que entraba en el eje del Holocausto. La voz del arquitecto volvió a sonar en los auriculares. En un inglés muy pulcro comenzó a contar cómo ideó todo el proyecto a partir de un libro, el *Gedenkbuch*, en el que se recogían todas las víctimas judías de la persecución nacionalsocialista en Alemania. A unos pasos de Elena, tras un cristal, se encontraba expuesto el libro. En sus páginas estaban escritos el apellido, el nombre, el lugar y la fecha de nacimiento y, por último, el lugar y la fecha de la muerte de cada una de las víctimas, aunque junto a la mayoría de ellas no figuraba la fecha de defunción.

Elena se fijó también en la cantidad de nombres que cabían en una sola página. Comenzó a leerlos uno a uno. Sabía que era un gesto superfluo, nada cambiaría porque ella prestase unos segundos de atención a unos hombres y mujeres que habían muerto hacía casi un siglo, pero le pareció un gesto justo.

El libro estaba abierto por la letra S.

Solms, Else
Solms, Ely
Solms, Eugen
Solms, Martin
Solms, Meta
Sommer, Abel
Sommer, Abraham
Sommer, Abraham Albert
Sommer, Adolf
Sommer, Albert
Sommer, Anna

La voz de la audioguía seguía hablando, pero Elena había dejado de escucharla, concentrada en el libro.

Sommer, Albert
Sommer, Anna
Sommer 63

¡No era una fecha, era un apellido!

Lo que había escrito el fotógrafo detrás de la foto era un nombre, un nombre al fin... Pero ¿de quién? ¿De Rosie? ¿Rosie Sommer? En español, este nombre significaría Rosa de Verano. ¿Podría alguien tener un nombre así? ¿O era otro callejón sin salida?

La cabeza le bullía mientras la audioguía seguía soltando datos sobre el museo y los ejes que conformaban la planta. Elena sintió que debía salir de allí, y rápido. Empezó a retroceder, deshaciendo el camino que había recorrido hacía tan solo un minuto.

Su mente no paraba de lanzar preguntas. ¿Cómo lo supo el fotógrafo? ¿Por qué lo apuntó? ¿Y el número? ¿Qué significaba

aquel número?

Elena dobló una esquina esperando encontrar la escalera que la llevara de vuelta a la entrada del museo, y en vez de eso se encontró con un pasillo sin salida. Intentó orientarse y salir, pero todos los caminos acababan en falso.

Un fuerte desequilibrio comenzó a instalarse en su cabeza. Andaba, aunque no podía hacerlo recta. Cada movimiento le costaba. Era como si, al intentar avanzar, sus músculos se resistieran. No entendía lo que estaba pasando, pero quería salir.

Mientras, la audioguía continuaba encendida y enviando mensajes al cerebro de Elena, totalmente sobrepasado: «Líneas oblicuas», «Ningún ángulo recto», «Baldosas torcidas».

El museo se acababa de convertir en una trampa.

Elena doblaba y doblaba esquinas, pero nada estaba donde ella creía que estaría.

Por fin, después de unos segundos de confusión, la luz. Más exactamente la luz al final de una escalera. Elena subió los peldaños agarrándose al pasamanos para no tropezar. Poco a poco, la claridad iba disipando su falta de orientación, sin embargo, el desequilibrio continuaba.

Sin saber cómo salió directa a un gran patio. Estaba todo acristalado y dejaba pasar los rayos de un sol invernal que cubría de un color amarillento el blanquecino suelo.

Se sintió a salvo, aunque en su cabeza continuaban girando una palabra y un número:

Sommer 63

ROSEMARIE

Pero no es en el rostro en lo que deberíamos fijarnos, porque la clave está en otro lugar.
¿Aún no lo veis?
Haced zoom sobre la fotografía.
Mirad sus manos entrelazadas.

La gente curiosa suele tener una cualidad asociada a su incansable lucha por obtener respuestas: saben buscar muy rápido. Son personas que, ansiosas por saber, desarrollan tácticas para conseguir información más deprisa.

Elena era una persona curiosa, y también muy buena buscadora.

En el taxi que la llevaba al hotel había consultado en su móvil la lista donde estaba segura de que encontraría el nombre de Rosie Sommer: la lista de víctimas del Muro de Berlín.

Hubo 136 víctimas.

Soldados desertores.

Ahogados.

Suicidas.

Tiroteados, muchos tiroteados.

Pero ninguna Rose, o Rosie, Sommer o Somer.

A pesar del horror de los datos, Elena respiró aliviada. Aquel «pero» que tanto la había angustiado unos meses atrás en boca de Kriemhild no parecía significar una muerte al cruzar el Muro. Esto, en el caso de que Sommer fuera realmente su apellido.

Al bajar del taxi ya tenía claro cuál sería su siguiente búsqueda, pero para hacerla necesitaba el portátil que descansaba sobre la cama de aquel hotel que tanto detestaba.

Subió corriendo las escaleras, como si perder unos segundos esperando el ascensor pudiera desconcentrarla de la tarea. Entró en la habitación como un vendaval y, a la vez que se quitaba el abrigo y la bufanda, se puso a escribir en el teclado

de su ordenador:

Rosie Sommer Berlin

Por supuesto, el ordenador se dejó llevar por la misma confusión que ella. Todas las informaciones se asociaban con rosas de verano, una planta que al parecer necesita muchos cuidados. Elena pensó en cómo podía desbrozar los datos para llegar a lo que estaba buscando.

Entonces recordó que ya había estado en esa situación antes y que la salvación habían sido los periódicos. Quizá ahora también lo serían. Buscó el nombre de Rose Sommer en las páginas web de los diarios de Berlín: el *Berliner Zeitung*, el *Berliner Morgenpost* y el *Die Welt*.

Ningún resultado.

Sin embargo, no se desanimó. Tenía una corazonada: sabía que aquel nombre era una clave para encontrar a Rosie.

Mientras escarbaba en las webs, se le ocurrió que los periódicos tenían una sección en la que era más probable que apareciera ese nombre. Así que buscó en el traductor una palabra desconocida para ella hasta ahora en alemán: *traueranzeige*, «obituario». El anuncio del dolor en su traducción literal. El alemán, siempre tan directo y tan alejado de los eufemismos, hasta para hablar de la muerte. Elena volvió a teclear «Rosie Sommer», pero esta vez le añadió la palabra que acababa de aprender: «traueranzeige».

La pantalla del ordenador se le llenó de rosas. Rosas rojas junto a un apellido y un nombre que se repetía: Rosemarie Sommer. Aparecían hasta ocho Rosemarie Sommer, podía ser cualquiera de ellas.

Entonces dio un paso más y escribió otra palabra en el buscador. Una palabra que podía distinguir a la perfección a su objetivo: «Berlín».

Tras un segundo de espera, la pantalla mostró los siguientes datos.

Rosemarie Sommer: Berlín, 23/06/1947 – Schwerin, 13/11/2016

Elena calculó rápidamente qué edad tendría esta Rosemarie Sommer mientras se construía el Muro.

Catorce años.

Exactamente la misma que le había dicho Kriemhild. Todo empezaba a cobrar sentido.

Rápidamente abrió en una nueva pestaña un mapa de Alemania. Descubrió que Schwerin estaba a pocas horas de Berlín, pero en un lugar que no le cuadraba: en el lado este de Alemania, en la antigua RDA.

Si esa era su Rosie, esto significaba que nunca escapó de la RDA, que nunca saltó el Muro de Berlín. Era como si aquella tarde de agosto de 1961, el esfuerzo de su amiga no hubiera cambiado nada.

Elena volvió a recordar las palabras de Nelly, tan parecidas a las de mister M., sobre las historias de Berlín que siempre acababan mal. Borró aquel pensamiento de su mente y se centró en la búsqueda en internet, a la vez que marcaba un número de teléfono en su móvil. Los tonos de la llamada sonaban mientras iba descubriendo algunos aspectos de la vida de aquella mujer: era habitual en el grupo de senderismo, daba talleres de tejido en telar en el centro cultural... Y lo más interesante: había sido profesora.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta, y volvió a mirar la fecha de la defunción: 13 de noviembre de 2016. Solo hacía cuatro años. Si la hubiera descubierto antes podría haber hablado con ella, y era posible que entonces Kriemhild todavía no estuviera enferma o tan enferma.

Solo cuatro años.

No pudo evitar sentir lástima por ellas. Su historia se había perdido por cuatro años.

El móvil seguía pegado a su oreja, pero hacía tiempo que habían dejado de sonar los tonos de llamada.

«No me coges el teléfono».

«Es importante».

«He encontrado a Rosie».

«Murió hace unos años».

«Necesito un coche».

«Y una conductora».

Elena apenas durmió aquella noche. La emoción es mejor estimulante que la cafeína. A las cinco de la mañana se cansó de dar vueltas en la cama y decidió ducharse y tomar un buen desayuno en la cafetería del hotel. Después de organizar la maleta y pasar por recepción, aún quedaban más de cuarenta minutos para la hora de traspasar las puertas de cristal del hotel y salir hacia Schwerin.

Le tocaba esperar. Elena odiaba esperar, era una impaciente nata. Su madre siempre le decía que no entendía el tiempo: «No se puede dominar el tiempo. Cuanto más lo intentas, más te frustras». Pero por mucho que lo reconociera, no era capaz de relajarse. Necesitaba que el tiempo pasara más rápido. Sentada en el vestíbulo del hotel, frente a un reloj, miraba las manecillas y soñaba con poder moverlas a su antojo solo mediante el poder de su mente.

De pronto apareció una familia. Unos padres y una niña. Llevaban maletas, como ella, pero muchas más. La niña parecía cansada, se notaba que había dormido menos horas de las que necesitaba. Debía de tener unos tres años y derrochaba curiosidad. Miraba atenta cada esquina de la sala, como si estuviera a punto de descubrir algo que nadie había visto antes.

Mientras los padres entregaban las llaves en la recepción, la pequeña se acercó a las puertas acristaladas y miró afuera. La oscuridad todavía adormecía la ciudad en la calle, aun así la niña quería observar. Se acercó al cristal hasta que su respiración lo empañó. Su mirada no dejaba escapar ningún detalle. Estaba enfrascada en el juego y ni siquiera se daba cuenta de que Elena la espiaba a distancia.

«A ti lo que te gusta es sentarte y mirar».

Elena volvió a escuchar la frase de su abuela en su cabeza.

La niña de pronto vio algo y se emocionó. Llamó a su madre, llena de ilusión.

—¡Mamá, mira, ven! ¡Corre! —Estaba fascinada.

Su madre hablaba con la recepcionista y no parecía tener demasiada prisa por reunirse con su hija.

—¡Mamá, corre, tienes que verlo!

A Elena le dieron ganas de ser ella la que la acompañase, agarrarle la mano y pedirle que le enseñara aquel prodigio, que le enseñara ese mundo nuevo. Pero fue su madre quien comenzó a andar hacia ella. La pequeña la esperaba con una mano abierta. Al llegar, su madre se la tomó.

—¿Qué es, cariño?

—Un fantasma.

—¿Dónde? —preguntó la madre.

—Aquí —respondió la niña señalando el vaho en el cristal—. Tenía un fantasma dentro, pero ya ha salido.

—¿Te ha dado miedo?

—No. —Y las siguientes palabras sacudieron el mundo para Elena—. Solo quería verlo juntas.

En aquel momento, Elena lo entendió. Lo comprendió todo. Los museos, los niños que jugaban en el parque, las despedidas en el Muro, las manos entrelazadas, el lenguaje de las historias, a Dorothea, a mister M. Y lo más importante fue que se entendió a ella misma.

Aquellas manos de madre e hija decían mucho, porque lo que contaba no era lo que miraban. Lo que contaba era el plural. Miraban. Lo miraban dos personas. La una junto a la otra. Agarradas de la mano.

Elena sacó el móvil de su bolso y buscó en la agenda un número. Sabía lo que aquello significaba, pero antes de que lo encontrara apareció Dorothea en la entrada.

—¿Lista? —preguntó con una sonrisa.

—Sí... Quería... Nada, lo haré a la vuelta. —Elena miró el móvil y lo volvió a guardar—. Ya he hablado con la directora del colegio, nos espera a las once. ¿Crees que nos dará tiempo?

Comenzó a cruzar la sala mirando a la niña, que seguía agarrada a su madre.

—Sí, no habrá ningún problema.

Dorothea la acompañó hasta un coche blanco, aparcado a tan solo unos metros de la entrada del hotel.

—¿Coche de alquiler de esos que... *voilà*? —preguntó Elena con cierto tono de mofa.

—No, más barato. Nos lo presta el honorable ayuntamiento de Berlín. No podía decir que no a un regalo así. Va contra mi religión de berlinesa.

Las dos entraron en el coche preparadas para un viaje de unas horas.

Por el tono de voz que había empleado en su llamada por teléfono, a Elena le sorprendió que la directora del colegio de Schwerin fuera una mujer joven, aunque llevaba ropa muy formal que le hacía aparentar unos años más. Elena se fijó en que el tono de su piel era demasiado moreno para la estación del año en la que estaban, y pensó que quizá habría pasado las vacaciones de Navidad en algún sitio exótico, alejado del frío invierno alemán.

Las recibió en su despacho, lleno de pinturas de niños y de folletos de las actividades escolares. Dorothea y Elena se acomodaron en unas sillas de colegio frente a la mesa de la directora, que estaba a punto de sentarse cuando inició la conversación.

—Bueno, ¿qué trae a dos berlinesas por aquí?

El corazón de Elena se llenó de orgullo al escuchar que la habían confundido con una auténtica berlinesa.

—Estamos intentando recabar información sobre una mujer que vivió en Berlín, Rosemarie Sommer. Trabajó aquí en algún momento entre los años ochenta y noventa.

—Ah, claro, Rosie.

Los ojos de las dos mujeres saltaron de alegría al oír aquel nombre.

—¿La conoció?

—Muy poco. Se jubiló después de que yo comenzara en el colegio. Creo que coincidimos un año o dos.

Elena sacó la fotografía de las Mauermädchen y se la acercó.

—¿Reconoce a Rosie en esta foto, Frau Rochow?

—Puedes llamarme Sara —dijo la directora tomando la foto.

La miró detenidamente durante unos segundos—. Podría ser, pero no estoy segura del todo. Esperen un momento. Creo que tengo una foto de ella.

Sara se levantó y se acercó a una estantería y se puso a buscar.

—Aquí está.

Sacó un álbum de fotos con la etiqueta «2007-2008». Elena y Dorothea no aguantaron la incertidumbre y se levantaron a mirar junto a la directora del colegio. Mientras ella pasaba páginas, Elena intentaba descubrir cómo sería el rostro de Rosie más de cuarenta años después. Hasta que al fin Sara dijo:

—Esta es.

Una mujer con el pelo corto y gris sonreía junto a un grupo de profesores. Tenía la cara redonda con el mentón puntiagudo, y llevaba unas gafas grandes que le cubrían todo el rostro. Apenas se le veía el cuerpo, tapado por uno de sus compañeros.

Elena pensó que quizá sí, que quizá había encontrado a Rosie.

—Era muy divertida, siempre estaba gastando bromas. Los niños la adoraban.

Elena seguía absorta en la imagen de aquella mujer, así que fue Dorothea la que tomó las riendas de la conversación.

—¿Sabe algo de su infancia en Berlín? ¿Cuándo se trasladó a Schwerin?

—La verdad es que no. Nunca llegamos a tener una relación tan estrecha.

—¿Y alguno de estos profesores? —preguntó Dorothea.

—No lo sé —dijo la directora—. Lo cierto es que quedan pocos de esa época. La carrera de profesor no es longeva, la gente suele retirarse pronto.

—¿Podríamos hablar con alguno de ellos?

La pregunta de Dorothea sonó demasiado directa en los oídos de Sara.

—Si quieren yo les contaré el caso y si alguien tiene alguna información, les avisaré.

Elena seguía mirando la foto, abstraída de la conversación, hasta que de pronto una pregunta surgió de la parte no racional de su mente.

—¿Cantaba?

—¿Perdón? —se extrañó Sara.

—¿A Rosie le gustaba cantar?

—Sí, siempre llevaba una guitarra a las excursiones y les cantaba canciones a los niños.

Al escuchar la respuesta, Elena no tardó ni un segundo en sacar su móvil y preguntarle a Sara:

—¿Alguna vez le oyó cantar esta canción?

El despacho se llenó con la voz de Dalida entonando la versión alemana de la vieja canción francesa *Milord*. Sara la escuchó, atenta.

—Lo siento, no lo recuerdo. Ya le he dicho que no tuvimos tanta relación.

Elena se dio cuenta de lo absurda que era su asociación de ideas. Pensaba que si Sara hubiera oído a Rosie cantar aquella canción tendría la confirmación de que la maestra era la Rosie que tanto había buscado. Pero, en realidad, era una tontería esperar que alguien cantase una canción de hacía cincuenta años. Y aunque así fuera, daba igual: cualquier persona que hubiera vivido en aquella época la habría cantado alguna vez. Con todo, no podía dejar de pensar en las cinco palabras con que se habían despedido las Mauermädchen.

Die Welt ist schön, Milord.

Dorothea volvió a tomar el mando.

—¿Sabe si podemos hablar con algún familiar?

—Lo cierto es que no. A su funeral solo acudimos los compañeros de trabajo. No tuvo hijos y, que yo sepa, no tenía más familia.

«Otro callejón sin salida», pensó Elena.

La primera sorpresa del cementerio de Schwerin la esperaba en la entrada. Acostumbrada a los cementerios españoles, le asombró ver a varios paseantes entrar en el recinto sin ningún rastro de tristeza, con bicicletas o charlando con un café en la mano. Incluso un corredor entró luciendo sus mallas verde fosforito, preparado para dar vueltas por el lugar.

—Esto... ¿es un cementerio? —preguntó Elena.

—Sí, eso es lo que pone en la entrada —contestó Dorothea sin que le extrañara toda aquella gente.

—No sé, me imaginaba un sitio más... deprimente.

—A veces se me olvida que creciste entre santos y catedrales —dijo Dorothea con un poco de sorna—. Esto es un cementerio, pero también es un parque. Mira, lo pone ahí.

La directora del museo de Treptow señaló un cartel donde se podía leer: PARKFRIEDHOFSANLAGE. Un parque cementerio.

Para Elena no solo era un lugar nuevo, también un concepto nuevo. Intentó compararlo mentalmente con un cementerio español, pero no recordaba ninguno. ¿Acaso nunca había estado en un cementerio?, pensó. Quizá de pequeña, si bien lo cierto era que no conseguía visualizarlo. ¿Tan alejada había estado de la muerte?

La voz de Dorothea interrumpió sus pensamientos.

—Cuadrante F3. Allí se supone que está enterrada.

Las dos mujeres comenzaron a leer los nombres de las lápidas, separándose por el camposanto. Elena, expectante, miraba quiénes eran los habitantes del cementerio.

Joachim Michelberger.

Margot Schoeller.
Peter Hollunder.
Oskar Huth.
Ilse Obrig.

De pronto, una exclamación de Dorothea la detuvo. Corrió hacia ella como si lo que estuviesen buscando fuera un tesoro.

—Aquí está —dijo Dorothea con solemnidad cuando llegó Elena.

Rosemarie Sommer
Berlín, 23/06/1947
Schwerin, 13/11/2016

Las fechas que ya conocían, pero escritas en piedra. Por fin la tenían delante. Después de tantos meses, de tantas idas y venidas, después de tantas noches preguntándose quién se escondía detrás del nombre de Rosie, Elena se había encontrado con ella.

Las dos mujeres se quedaron calladas frente a la lápida unos segundos, el tiempo necesario para asimilar aquel desenlace. Después, Elena giró la cara y sonrió a Dorothea, no como si su hallazgo fuera un triunfo, más bien con la pena de no haber conseguido desentrañar por entero el misterio. Dorothea se acercó, y Elena imaginó que aquel movimiento iría acompañado de un abrazo, pero su exjefa se limitó a ponerle la mano en el hombro y a decir unas palabras que tardó unos segundos en entender.

—Será mejor que os deje solas.

Y mientras su hombro aún recordaba el peso de la mano de Dorothea, la vio marcharse por el camino que minutos antes habían recorrido. Elena volvió la mirada a la lápida... y no supo qué hacer. Le parecía absolutamente ridículo ponerse a hablar en voz alta con una piedra. Lo había visto mil veces en las

películas y siempre le había parecido absurdo. Se negaba a representar una escena de telefilme de las tres de la tarde.

Entonces ¿para qué había ido hasta allí?

Se giró y miró a su alrededor.

¿Para qué iba la gente al cementerio? ¿Por qué caminaba por el parque un día frío de invierno y se paraba unos minutos delante de una piedra? Supuso que para recordar a esa persona, para tenerla presente. Pero ¿acaso no la recordaban todos los días? Era necesario venir cada día hasta un lugar para poder recordar. A Elena le resultó irónico que ella no fuese a recordar, sino todo lo contrario, a conocer a alguien. Aunque estuviera delante de su tumba, no podía recordar ni un solo momento de su vida. Bueno, uno sí: una despedida. Una despedida que había resultado ser un plan de fuga. Entonces cayó en la cuenta de algo que había pasado por alto. Quizá no fuera una despedida fingida. Tal vez, con las manos unidas por encima del Muro, aquellas dos chicas que se sostenían la mirada se brindaban al mismo tiempo un plan de fuga y una despedida.

Y fue en aquel momento cuando comprendió qué hacía allí, por qué había viajado más de doscientos kilómetros para detenerse frente a una piedra y mirar compungida el nombre de una mujer a la que nunca conoció.

Estaba allí para despedirse de ella.

Estaba allí para decirle adiós a Rosie.

Tal como había hecho ella más de cincuenta años atrás frente a su amiga, Elena necesitaba despedirse.

Abrió su bolso y buscó entre sus cosas. Por fin la encontró. La fotografía que desde hacía meses llevaba siempre en la mente. La sacó con cuidado, como si fuera una obra de arte. Se acercó a la lápida y la puso de tal forma que pudiera mantenerse de pie. Después pensó que el viento se la llevaría volando, así que tomó una piedra del suelo, cerca de la tumba, y la colocó para

que sujetara la foto allí por mucho tiempo, tanto como fuera necesario.

Entonces dio media vuelta y echó a andar hacia el coche, donde la esperaba Dorothea. A la vez que caminaba se dio cuenta de que ahora el cementerio le parecía otra cosa. Si al entrar le había sorprendido que fuera un lugar donde pasear, mientras regresaba le pareció no un parque, sino un enorme muro tras el que se encontraban nuestros amigos, nuestros familiares, nuestros recuerdos.

Elena se volvió para mirar por última vez la tumba de Rosie. La foto tiritaba movida por el viento.

Eso le hizo recordar algo.

Algo en lo que evitaba pensar desde que salió del hotel, a primera hora de la mañana.

Cogió el teléfono móvil y marcó un número.

—Hola.

En el coche, tanto Dorothea como Elena estaban calladas. No era un silencio cómodo, como el que comparten dos amigas. Era un silencio triste; parecía que realmente volvieran de un funeral. Mientras la carretera avanzaba ante ellas, el silencio se hacía cada vez más denso, hasta que por fin Dorothea se decidió a romperlo.

—¿Triste?

Elena no quería responder porque nada de lo que dijera podría expresar sus verdaderos sentimientos.

—No, simplemente... decepcionada. —Dorothea, con las manos en el volante, se abstuvo de hacer ninguna pregunta más, pero Elena sabía que le debía una explicación—. Pensaba que lo lograríamos, que conseguiríamos saber quién era ella, por qué huyó aquel día. Pensaba que podría conocerla. Sin embargo, estamos igual que al principio. Tengo la sensación de que siempre se interpone una barrera —un muro, pensó, pero no quiso decirlo— que nos impide conocer de verdad la historia.

—¿Otra vez pensando en no escribir ese libro?

—No, al contrario. Estaba pensando en tu padre. —Esa respuesta hizo que Dorothea girase un instante la cara hacia Elena—. ¿Te acuerdas cuando me contaste lo del lenguaje de las historias? —Ella afirmó con la cabeza—. Creo que me pasa lo mismo. Por mucho que busque a Rosie, no es ella la pieza que falta por encajar. La pieza del puzle que falta soy yo. ¿Por qué estoy obsesionada con esta historia? Llevo preguntándomelo desde el principio. ¿Qué hay en esa foto que me impactó tanto? ¿Por qué llevo meses persiguiendo un

fantasma? ¿Qué tiene que ver conmigo algo que pasó hace cincuenta años? Quizá no pueda conocer nunca a Rosie, pero sí puedo intentar contestar a esas preguntas. Y creo que la única forma de hacerlo es escribir ese libro. Tal vez así, palabra tras palabra, pueda entenderme a mí y entenderlas a ellas. Sueno como una loca, ¿verdad?

Dorothea no respondió, no hizo falta, la sonrisa en su rostro reflejaba la satisfacción de quien ha cumplido con su misión.

El silencio provocó que Elena mirara por la ventana, afuera los árboles de invierno pasaban a toda velocidad. Su parte racional le decía que debía estar contenta, por fin había dado un paso hacia... hacia donde fuera. Sin embargo, su estómago sentía otra cosa. Allí había miedo, vértigo, ansiedad. Sabía que había llegado el momento.

—¿Puedes hacerme un último favor? No me lleves al hotel, déjame en la esquina de la calle Harzer con Mengerzeile.

—Claro, como quieras —respondió Dorothea desde el asiento del conductor.

MARLENE

Sí, Kriemhild no estaba despidiéndose de su amiga.
¡Le estaba pasando un papel con un plan de fuga!

La calle estaba oscura. Algunas farolas la iluminaban, pero apenas conseguían darle un poco de claridad. Elena se detuvo unos segundos en la esquina de la calle Harzer para admirarla y darse cuenta de que nunca había estado allí de noche. Todo le parecía distinto, más antiguo, como si la calle hubiera vuelto a 1961, al tiempo en el que el Muro empezaba a ser construido a pocos metros del lugar que ocupaba ahora.

Pensó en dar una pequeña vuelta, pero prefirió quedarse esperando. Igual que Kriemhild había esperado a Rosie. Pese a los guantes de lana, le dolían las puntas de los dedos por el frío. Elena se lo tomó como un castigo. ¿Un castigo? ¿Debía ser castigada? Castigada quizá no, pero sí obligada a confesar, y por eso estaba allí. Aún no era el momento, tenía que esperar.

Miró hacia el final de la calle, hacia donde había vivido Rosie. Pensó en lo aleatoria que puede ser la vida. Una simple raya trazada en un mapa había decidido el destino de una chica de catorce años. Nos esforzamos durante toda la vida por controlar nuestro futuro, pero, al final, las cosas más decisivas, como el país donde vives o la familia que te toca, son pura casualidad. Si esa línea hubiera estado solo unos pocos milímetros más allá en el mapa, quizá Rosie seguiría viviendo en aquella calle, junto a una anciana Kriemhild. Entonces, y esto estremeció a Elena, tal vez ella no contaría su historia, no estaría en Berlín en aquel momento, ni existiría el proyecto del libro, ni su nueva faceta como escritora, ni, lo más importante, tendría que estar en aquella esquina, pasando frío, a la espera de dar un paso que no quería dar.

Un paso que tardaría solo unos segundos en completar.

—Los españoles no sabéis que no se puede quedar en invierno en la calle, se te congela el pelo.

La frase estaba cargada de ironía, una ironía dura alejada de la natural alegría de aquella voz.

—Hola, Nelly —dijo Elena al ver a la que un día fue su amiga.

Apenas había cambiado en aquellos meses, quizá llevaba el pelo más corto, pero su mirada seguía siendo la misma. Aunque ahora estaba más tensa de lo habitual.

Nelly abrió los brazos con un gesto que delataba su incomodidad.

—Ya estoy aquí. ¿Qué querías?

Elena no sabía por dónde empezar. Quería soltarlo todo allí mismo, hablarle de su miedo a encontrarse con ella por la calle, del vacío en el estómago cada vez que escuchaba su nombre, de las ganas de llamarla con cada buena noticia, del miedo a no volver a verla más. Quería decirle, únicamente, que si no iban a volver a verse, si aquel día era el último de su relación, necesitaba despedirse de ella. Como Kriemhild y Rosie. Quizá no las separase ningún muro, pero cualquier amistad, por muy mal que hayan ido las cosas, necesita cerrar con una palabra: adiós.

Sin embargo, lo que dijo fue otra cosa.

—He encontrado a Rosie. Está... muerta.

La información apenas cambió la expresión de Nelly.

—Lo siento —respondió sin mucha compasión.

—Sentía que merecías saberlo —continuó Elena.

—Gracias.

—Se llamaba Rosemarie Sommer. Era profesora. Tuvo una vida buena, o eso parece.

Un silencio embarazoso se estableció entre ambas. Elena tenía la intención de contarle a Nelly toda su búsqueda, pero ahora, con ella delante, su voluntad se había esfumado. Solo

quería desaparecer. Fue Nelly la que rompió el hielo.

—¿Sabes si escapó de Berlín?

Elena negó con la cabeza.

—Vivió en el Este toda su vida. Primero aquí, en una de aquellas casas —dijo señalando en dirección al edificio que le había indicado mister M. hacía tan solo unos días—, y luego en Schwerin. Así que... no, no creo que se fugara.

—Ah.

Ese «Ah» sonó en los oídos de Elena como un aviso de que su relación con Nelly había terminado.

La Nelly que ella conocía hubiera hablado durante horas sobre el Este, sobre su posible vida, sobre miles de cosas. En cambio, ese «Ah», esa falta de respuesta, esa dejadez solo podía significar una cosa: había perdido definitivamente a Nelly. Así que respiró hondo, consciente de que era hora de explicarle que se marchaba para siempre y decir adiós.

Iba a comenzar a hablar cuando una pregunta de Nelly se lo impidió.

—¿Sabes en qué casa vivió?

No era la pregunta que la Nelly de siempre hubiera hecho, pero al menos era algo. Elena pensó que quizá todavía quedaba algo de su amistad.

—Sí. Más o menos. No sé cuál es, pero es uno de los edificios del final de la calle, me lo contó el soldado.

—¿El soldado? ¿El de la foto?

—Sí, me reuní con él. Era un tipo... peculiar, por decirlo de alguna manera. —Elena notó que Nelly tenía interés, pero no realizaba ninguna pregunta—. ¿Quieres ir a verlo?

—¿Al soldado?

Elena sonrió, cosa que le hubiera parecido imposible tan solo unos minutos antes.

—No, el edificio donde vivió Rosie.

Nelly afirmó con la cabeza y las dos comenzaron a andar

hacia el final de la calle.

Elena pensaba que debería llevar la iniciativa, pero sus sensaciones eran tan extrañas que no sabía qué decir. Así que empezó por el final.

—Me marcho en unas horas. Vuelvo a Madrid.

—¿Se acabó del todo la historia de las Mauermädchen?

—Sí... Bueno, no del todo. Me han encargado escribir un libro sobre ellas.

—Me alegro mucho, Elena. Seguro que será fantástico.

A Elena le habría gustado que Nelly lo dijera en serio, pero su tono no era el de una persona entusiasmada.

Las dos chicas llegaron al edificio donde Rosie seguramente tuvo su casa. Las dos admiraron durante unos segundos aquellas moles de cemento gris.

—Aquí es —dijo Elena—. Vivió en uno de estos tres: el número cincuenta y uno, el cincuenta y dos o el cincuenta y tres.

Al nombrar los números en voz alta le parecieron... extraños.

—Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres —repitió Elena—. Qué raro.

—¿El qué?

—Los números. Son consecutivos.

Nelly sonrió. Era la primera vez que Elena la veía sonreír desde hacía meses.

—Por mucho tiempo que hayas vivido aquí, nunca conocerás todos los secretos de Berlín. —Aquellas palabras sí sonaron como las de la Nelly de antes—. Las calles están numeradas en forma de herradura; los números comienzan al principio de la calle por un lado y cuando llegan al final continúan por el otro lado. Es un sistema muy saludable, siempre te hace andar diez minutos más de lo esperado.

—Pero no siempre es así. Mi calle tenía números pares a un lado e impares al otro.

—Claro, querida española, porque tu calle estaba en el Oeste. Allí la numeración era así.

Elena no salía de su asombro. ¿Cómo podía no conocer ese sistema de numeración después de haber vivido allí?

—Por ejemplo, esta calle —dijo Nelly—. Si fuera del Oeste, el cincuenta y dos estaría enfrente, al otro lado de la calle. Sin embargo, el número que hay allí es... —Nelly aguzó la vista— el número sesenta y tres.

El número 63.

Las dos cifras sonaron como un martillazo en la cabeza de Elena.

Se dio la vuelta y vio el número sobre la puerta de madera. Un seis grande junto a un tres redondeado.

Y después del número, una pregunta: ¿Sería allí?

Elena comenzó a caminar igual que un zombi. Nelly le preguntaba qué pasaba, pero ella solo andaba sin atender a nada ni a nadie. Por fin, cuando estuvo junto a la puerta, miró los nombres en el telefonillo.

Y allí estaba.

Sommer.
Sommer 63.

Era una dirección.

Nelly la tomó del brazo y la sacó de su trance.

—Elena, ¿estás bien? ¿Qué ocurre?

—Nelly, creo que me he equivocado.

—¿En qué?

—En todo. —Elena miró a los ojos a Nelly—. Puede que Rosie aún esté viva.

Elena pulsó el botón del telefonillo junto a la etiqueta con el nombre «Sommer».

Unos segundos de incertidumbre.

Elena no lo aguantaba.

Volvió a pulsar.

Quizá era demasiado tarde. No sabía ni qué hora era. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que por la mañana la había recogido Doro en su hotel?

Por fin se rompió el silencio, pero la voz no sonó por el telefonillo. Era la de Nelly.

—¿Quién es Sommer?

—No lo sé, lo había apuntado el fotógrafo. Pensaba que era Rosie, pero ahora dudo de todo. No sé ni qué hago aquí. No entiendo nada.

De pronto, Elena sintió una mirada de Nelly, una mirada distinta a todo lo que había visto de ella en aquel frío día de invierno. Había empatía, había apoyo, había lealtad, había... amistad.

Acto seguido, Nelly pulsó el botón del telefonillo. Lo hizo con fuerza, como si la presión pudiera resolver cualquier misterio.

Cuando terminó de pulsar, Elena la miró sorprendida.

—No lo estabas haciendo a la manera alemana.

Al instante, un zumbido en la puerta.

Zzz.

Estaba abierta.

Nelly sonrió a Elena.

—¿Ves? Así se llama en Berlín.

Las dos chicas subían a oscuras por la típica escalera berlinesa con el pavimento gastado y las paredes pintadas de color claro. A Elena le parecía que caminaban demasiado despacio, aunque en realidad estaban subiendo los peldaños de dos en dos. Influida por la oscuridad, se sentía como dentro de una película de terror. No le daba miedo que aparecieran monstruos, sino justo lo contrario, que no apareciera nadie. Que se hubiera producido una mera confusión de nombres, que Rosie jamás hubiera vivido en aquel edificio y que su búsqueda acabara aquel día. Le daba miedo el hecho de que al cabo de unas horas estaría tomando el avión hacia Madrid y que nunca volvería a ver a Nelly.

Pero se encendió la luz.

Toda la escalera quedó iluminada y la claridad rompió la cadena de pensamientos en la mente de Elena. El miedo se había evaporado y solo quedaba la curiosidad. Porque, al fin y al cabo, para Elena, la curiosidad era el antónimo perfecto del miedo. Sin la curiosidad jamás habría llegado a ese edificio, ni hubiera viajado a un cementerio en la antigua RDA ni hubiera estado nunca en la esquina de la calle Harzer muerta de frío junto a su amiga. Sin la curiosidad, no era nadie. La avidez de saber le había hecho romper cientos de barreras que ni ella misma imaginaba romper.

Un segundo después escucharon una voz.

—¡Es en el segundo piso!

Era una voz joven, viva, con tanta energía que Elena descartó al segundo que fuera la de Rosie.

Las dos chicas avivaron el paso. Cuando estaban a punto de llegar al rellano entre el primero y el segundo piso, Nelly dijo:

—Aquí es.

A Elena aquellas palabras le parecieron premonitorias, como si su amiga supiera que estaban siguiendo la pista fundamental. Por fin torcieron en la entreplanta y vieron a una joven de unos

veinte años, vestida con una sudadera de una universidad americana y con el pelo recogido en un moño. Las esperaba en el rellano de una puerta muy nueva que contrastaba con la del piso vecino.

—Buenas tardes —dijo ella mientras las chicas se acercaban. Acto seguido hizo una pregunta que las dejó descolocadas—: ¿Y el paquete?

Elena lo comprendió enseguida.

—No, creo que ha habido una confusión. No venimos a entregar ningún paquete.

—Ah —contestó ella.

Entonces Elena se vio en el compromiso de explicar qué hacían allí.

—¿Vive aquí Rosie?

La chica la miró desconcertada.

—No, creo que se equivocan.

—Somos dos trabajadoras del museo de Treptow —dijo Nelly muy segura—. Estamos buscando a una mujer que vivió aquí muchos años, en la época del Muro. Forma parte de una investigación sobre gente del barrio.

Elena quedó fascinada con la capacidad de mentir de su amiga.

—Puede ser mi abuela.

—¿Sommer? ¿El apellido de tu abuela era Sommer?

—Sí. —Elena respiró aliviada, por fin un sí en esa historia, aunque la explicación posterior no fue muy esclarecedora—. Se llamaba Johanna, Johanna Sommer.

Rápidamente, Elena sacó el móvil y buscó entre sus fotos la imagen de las Mauermädchen.

—¿Es alguna de estas dos?

Le acercó el móvil a la chica, que amplió la foto.

—No, lo siento, no la reconozco. No es ninguna de estas dos chicas. —Pero se quedó con el móvil en las manos, mirando

fijamente la pantalla—. ¿Cómo han dicho que se llama la señora que están buscando?

—Rosie.

—Rosie... Rosie...

La chica no despegaba la vista del móvil. Elena contenía el aliento, no quería hablar para no desconcentrarla, para dejar que su pensamiento buscara hasta en el último rincón de su cabeza y encontrara algo, una pista, un nombre. Pero entonces oyó la voz de Nelly, la sonora y grave voz de Nelly.

—Puede que se llame Rosemarie.

La interrupción pilló por sorpresa a Elena, que temió que se rompiera la conversación, como había ocurrido con Kriemhild.

Por suerte, se equivocaba.

—¡Ah, Rosemarie! ¿Delgada, de unos setenta u ochenta años y con el pelo corto?

Elena quiso decir que sí, pero solo pudo contestar:

—No lo sé.

—Espera —pidió la chica, y acto seguido se escabulló por la puerta.

Elena aprovechó para girarse hacia Nelly y resumir en una mirada su arrepentimiento.

—Gracias, Sherlock.

—Con mucho gusto —respondió Nelly en un español terrible.

La chica volvió al instante con un álbum de fotos en la mano. «Otra vez las fotografías», pensó Elena, «un mundo de papel». Las imágenes volvían a ser el testimonio del pasado.

La chica pasó las páginas y por fin encontró lo que estaba buscando. Le dio la vuelta al álbum de fotos y señaló una imagen.

Las dos chicas se abalanzaron a verla. En ella, un grupo de mujeres mayores posaba frente a una fuente en la plaza de algún pueblo centroeuropeo. Todas tenían entre sesenta y ochenta años y lucían ropa de verano.

—Esta es mi abuela —la chica señaló con el dedo—, y esta —dijo moviendo el dedo hacia una señora bajita con el pelo canoso— es Rosemarie.

Elena escrutó el rostro de la mujer. Vio su gesto ante la cámara, su sonrisa, sus manos, y lo tuvo claro.

—¡Es ella! Nelly..., es ella.

Después de tanto tiempo, después de dar vueltas y vueltas, después de haber perdido la esperanza, allí estaba Rosie. Le dieron ganas de abrazar a aquella chica de la que ni siquiera sabía el nombre. Abrazarla y contarle lo importante que era para ella esa imagen.

Nelly, sin embargo, sabía que quedaba trabajo por hacer.

—Perdone, esta mujer... ¿Sabe quién es?

—Era una amiga de mi abuela. Creo que de pequeñas eran vecinas o algo así. Se reencontraron años después, cuando ya eran ancianas.

Ahora Elena estaba totalmente segura de que era Rosie, su historia cuadraba a la perfección, pero un temor se apoderó de ella.

—Has dicho que era una amiga de tu abuela. ¿Rosemarie está... muerta? —preguntó Elena esperando lo peor.

—Eh...

Durante unas décimas de segundo, Elena tuvo la certeza de que su respuesta iba a ser afirmativa y, sin embargo, la chica contestó:

—No lo sé. La última vez que la vi fue en el funeral de mi abuela, por eso hablaba en pasado. Recuerdo que era una señora muy cariñosa... Perdón, he vuelto a usar el pasado.

—No te preocupes —dijo Nelly con una sonrisa—. ¿Tienes alguna forma de contactar con ella o con algún pariente?

—Vamos a probar suerte —contestó la chica mientras volvía a meterse dentro de la casa.

El silencio se impuso en la escalera. Ni Elena ni Nelly sabían

qué decir, solo querían que la chica regresara de inmediato, pero tardaba mucho. La luz se apagó.

—Lo que faltaba —protestó Nelly a la vez que encendía la luz—. ¿Cuándo va a salir? He echado polvos que han durado menos que esto.

Elena intentó aguantarse la risa, pero no lo consiguió. Cuánto había echado de menos comentarios como aquel.

De pronto apareció la chica de nuevo por la puerta.

—Rosemarie Badaczewski —dijo leyendo una pequeña agenda—. Steinweg, 8. Fritzlar, Hessen. Solo aparece la dirección. —Le pasó el cuaderno a Nelly—. Es la vieja agenda de direcciones de mi abuela. Si queréis saber algo más de ella, preguntad aquí.

Elena sacó el móvil y escribió la dirección en la aplicación de mapas mientras Nelly se despedía de la chica.

—Muchas gracias, no sabes lo importante que ha sido tu ayuda.

—De nada. Y si veis a Rosemarie, dadle recuerdos de Marlene, la nieta de Johanna.

—Gracias, Marlene —dijo Elena sin dejar de teclear.

Cuando la chica desapareció definitivamente tras la puerta, Elena y Nelly se quedaron en el rellano.

—Oh, no. Está a cuatro horas de aquí. Tendré que cambiar el vuelo, es imposible que llegue —dijo Elena con ansiedad.

—Elena, eso no es lo importante.

—¿Cómo que no es lo importante? Hay que volver a esperar. Hasta mañana es imposible ir.

—Elena, mira bien —la interrumpió Nelly. Después señaló con el dedo en el mapa del móvil—. Hessen.

—¿Qué pasa con Hessen?

—Hessen, Elena. Hessen.

Elena no comprendía nada.

Nelly tomó su móvil y tecleó en él, después le enseñó un

mapa de Alemania partida en dos con un punto negro cerca de la frontera.

—Elena, Hessen está en el Oeste.

Elena se mantuvo unos segundos en silencio intentando entender qué significaba aquello.

—¿Lo consiguió?

Nelly le respondió con una sonrisa.

—Creo que sí. Mañana saldremos de dudas.

—¿Saldremos?

Nelly volvió a sonreír y levantó una ceja.

—¿No querrás llevarte toda la gloria tú sola? Yo también quiero conocer a Rosie.

Elena no solo acababa de encontrar a Rosie, también había reencontrado a su amiga.

ROSIE

Hay que ser verdaderamente valiente a los catorce años para hacer eso. Pero, como dice el maestro, «Nunca se tienen amigos como los que se tienen a los catorce años». (¿O era a los doce?)

Mientras la música sonaba en la furgoneta, Elena aprovechó para cerrar los ojos. Deseaba dormirse, pero sabía que no lo lograría. Había pasado toda la noche en un duermevela. Se había levantado con la sensación de no haber dormido nada, por eso cerraba los ojos y se recostaba en el asiento del copiloto, pensando que la oscuridad la ayudaría a recuperar un poco de lucidez para enfrentarse al día que le esperaba.

Antes de que acabaran los últimos acordes, la voz de Nelly la sacó de su ensimismamiento.

—Esto era como el reguetón. —Elena esperaba cualquier comentario de Nelly menos ese—. Tiene mucho rollo de canción francesa y todo eso, pero al final va de lo que va...

—Pues esto era lo que escuchaban las chicas. *Die Welt ist schön, Milord* —dijo Elena a la vez que apagaba la música en su móvil.

—Un poco fuerte para tener quince años.

—Catorce.

—Peor aún —afirmó Nelly exagerando las palabras.

Elena se dio cuenta de que Nelly, sin saber cómo, había vuelto a ser ella misma. O mejor dicho, había vuelto a ser ella misma con Elena. La fría y tensa actitud de la noche anterior, al reencontrarse en la esquina de las Mauermädchen, se había tornado en comentarios subidos de tono, risas cómplices y chocolatinas a medias en aquella mañana.

—Tengo la sensación —respondió Elena— de que catorce años no significaba lo mismo en aquella época que ahora.

Nelly empezó a canturrear el estribillo. Aunque desentonaba y se saltaba partes de la canción, a Elena le pareció que no lo

hacía mal.

—Pues a esto le pones una buena base y te sale un remix muy pegadizo.

Durante unos segundos, la furgoneta se quedó en silencio. Elena pensó que era un buen momento para soltar todo lo que llevaba dentro.

—Nelly, hay algo que no te dije ayer. —La llamada de atención consiguió su efecto en la conductora—. No te llamé para contarte nada acerca de Rosie, en realidad, quería pedirte...

Nelly la interrumpió.

—Ah, no, no, no. Sentimentalismos españoles a primera hora de la mañana, no. Un alemán solo habla de sus sentimientos por la noche y, a poder ser, después de tres cervezas.

—Pero...

Esta vez no fue la voz de Nelly lo que interrumpió a Elena, sino su mirada. Una mirada capaz de tanto que a Elena no le hizo falta seguir hablando. Nelly había entendido sus dudas, su arrepentimiento, su confesión, sin ella tener que decir ni siquiera una palabra. Porque quizá así era como debía ser, como se consigue derribar un muro, cuando dos personas, por mucho tiempo que haya pasado, actúan como si nunca se hubieran separado.

De pronto, una imagen casi surrealista rompió la intimidad que se había creado dentro de la furgoneta: un león a rayas rojas y blancas dentro de un escudo azul.

—Bienvenida a Hessen. Bienvenida al Oeste.

Elena notó que se le cerraba la garganta. No sabría si sería capaz de hablar llegado el momento.

La casa era bajita, de una sola planta. No como las de las series americanas, sino una casa sencilla. O eso le parecía a Elena.

Se acercó con los mismos nervios que puede tener una novia el día de su boda o un estudiante ante el último examen de su carrera. Le costó salir del coche, notaba que algo la retenía, que estaba pegada al asiento.

Fue Nelly la que con un simple «vamos» consiguió que abriera la puerta.

La puerta estaba a tan solo unos metros, pero cada paso le costaba como si tuviera zapatos de piedra.

Tan solo le quedaba un paso cuando una duda se antepuso ante ella y la puerta: ¿debía tocar el timbre o llamar golpeando en la puerta? No sabía por qué, pero aquello le parecía crucial; no quería molestar a Rosie, si es que estaba allí dentro. Al final decidió pulsar el timbre, sin saber aún cuál sería mejor opción.

Uno.

Dos.

Tres.

Silencio.

Elena comenzó a pensar que allí no había nadie.

Cuatro.

Cinco.

Que en realidad nunca había habido nadie. Que todo había sido una broma, Marlene, el pueblo, mister M. Una broma orquestada en un foro de internet. Y ahora estarían riéndose de ella a través de una webcam...

Seis.

Siete.

Elena perdió toda esperanza, nunca encontraría a Rosie, nunca conocería toda la historia. Tocó el timbre de nuevo, para cumplir con su propósito y poder marcharse luego a casa.

Ocho.

Nueve.

Sí, volvería al invierno de días soleados y pequeñas excursiones. Se olvidaría por fin de su libro. Se olvidaría del

frío, de aquella foto, de aquel momento. Aunque hubiera sucedido, nadie lo podía revivir.

Elena se dio la vuelta en dirección a la furgoneta.

Entonces un sonido al otro lado de la puerta la detuvo.

—*Hallo?*

Una voz quebrada al otro lado de la puerta. Elena lo supo, solo por la voz, lo supo. Era ella, era Rosie.

—Hola, soy...

Un crujido de cerrojos comenzó a sonar, deteniendo la frase de Elena.

La puerta se abrió.

Las dos mujeres se miraron en silencio.

La misma mirada, las mismas cejas curvas, el mismo pelo corto. No había duda, tenía delante a... Rosie.

—Me llamo Elena Oñoro. Soy investigadora del museo Treptow de Berlín. Quería hacerle unas preguntas referentes a una fotografía tomada en agosto de 1961.

La mujer se quedó en silencio, petrificada. Elena no comprendía qué estaba pasando, pero sabía que algo estaba bullendo en su cabeza. Por fin, sus labios emitieron una respuesta:

—¿Cómo te atreves?

El tono fue tan iracundo que Elena no pudo ni tan siquiera contestar.

—Por favor, márchate ahora mismo de mi casa. Fuera.

La puerta se cerró y Elena se quedó con la sensación de haber atravesado un huracán. Llevaba tanto tiempo esperando a que se abriera esa puerta que ahora que se había cerrado no entendía qué había sucedido.

Así que volvió a llamar. Esta vez con los nudillos.

Una voz sonó al otro lado de la madera.

—No quiero hablar contigo. Vete.

—Perdone, no entiendo nada. ¿He dicho algo que la haya

molestado?

La puerta volvió a abrirse con fuerza.

—Sí —respondió Rosie traspasando el quicio de la puerta—. Sí, lo has hecho. Me has escrito.

Aquella frase sonó en la cabeza de Elena como algo totalmente artificial, como si fallase el significado, una anomalía de la lengua. «Me has escrito».

—¿Cómo te sentaría si yo contara tu vida sin preguntar? Que me pusiera a hablar de ti ante miles de personas. ¿Te ofendería? Dime, ¿te gustaría?

Elena no tenía ni idea de cómo responder a aquellas preguntas, así que solo pudo articular un simple «Lo siento».

—No, señora, no —continuó Rosie—. Además, no solo cuentas mi vida, sino que te la inventas. Parece una película americana. Tú no tienes ni idea de quiénes éramos. Ni idea.

—¿Y quiénes eran? Está claro que no lo sé, pero puede contármelo. Cuénteme qué pasó —dijo Elena casi suplicando. Ante ella, la mujer permanecía quieta. Elena pensó que quizá accedería, quizá llegaría a saber qué ocurrió exactamente, pero entonces dijo dos palabras que no debería haber dicho—: Cuéntemelo, Rosie.

La mirada de la mujer se llenó de odio.

—No me llames Rosie. Ni se te ocurra llamarme así.

Y la puerta volvió a cerrarse.

Y Elena temió que fuera para siempre.

Miró la furgoneta, donde la esperaba Nelly. Le pareció que estaba muy lejos y a la vez muy cerca. Podía andar y llegar a ella en unos segundos. Sin embargo, intuía que si lo hacía, si caminaba esos pocos metros, la distancia que la separaría de aquella puerta impediría que se volviera a abrir.

Aun así, comenzó a andar.

Avanzó cabizbaja, pensando en que lo que más le dolería sería llamar a Dorothea y decirle que esta vez tampoco tenían

la historia. Todas las preguntas quedarían sin respuesta.

Abrió la puerta de Gurdrun y, al ver su rostro, Nelly lo entendió todo. No hizo falta que Elena le contara nada. Su mirada, su forma de arquear las cejas, su respiración. Todo en ella denotaba derrota.

Fue entonces cuando Nelly le tomó la mano. No la había tocado desde el verano pasado, y ahora, mientras Nelly le apretaba la palma de la mano, se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos. No solo su contacto, sino que alguien la sostuviera como lo estaba haciendo ella en aquel momento.

De pronto, Nelly le soltó la mano.

—Dame un segundo.

Con un movimiento rápido salió de Gudrun y se dirigió hacia la casa. Elena supo que estaba tramando algo.

Por la ventanilla de la furgoneta vio cómo Nelly se acercaba a la puerta donde ella había sido repudiada. Nelly llamó con una naturalidad que a Elena le parecía alucinante. Lo que a ella le había costado un mundo a Nelly le resultaba sumamente fácil.

La puerta se abrió, pero desde la furgoneta Elena no consiguió ver a Rosie. Nelly hablaba con ella. Gesticulaba de forma exagerada, como siempre que hablaba con un desconocido.

Después de unos segundos, la puerta volvió a cerrarse.

Elena sintió que el fracaso era total.

Y, sin embargo, Nelly sonreía.

Nelly se acercó a la ventanilla del copiloto. Elena tuvo que bajarla a toda prisa para oírla.

—Le he dicho que necesitaba urgentemente un baño. Se ha apiadado de mí. Ahora voy a hacer ver que cojo el neceser. No sé para qué, pero así parecerá que necesito más tiempo. Tienes unos minutos para hablar con ella. Entrarás ahí dentro y la convencerás de que te cuente qué pasó. —Elena se quedó

inmóvil, así que Nelly tuvo que volver a animarla a salir del coche—. Ahora.

Elena abrió la puerta del copiloto como un zombi y caminó los pocos metros que faltaban hasta la casa de Rosie con un solo pensamiento en la cabeza: no podía salir de esa casa sin saber qué había ocurrido aquel día de 1961.

Cuando las dos chicas cruzaron la puerta, la dueña de la casa no se presentó a recibirlas. La luz del baño para invitados estaba encendida y la puerta abierta. De pronto oyeron unos ruidos que provenían de la cocina, a tan solo unos metros de ellas.

—Buena suerte. Voy a hacer el pis más largo de mi vida —dijo Nelly mientras se escabullía hacia el baño.

Elena tomó una buena bocanada de aire y se encaminó a la cocina. Allí estaba Rosie, aunque nunca más se atrevería a llamarla así. Sacaba copas de cristal de un viejo lavavajillas y las colocaba en una estantería. Elena tuvo la impresión de que simulaba no haberla visto, porque a pesar de que se acercaba hacia ella, seguía colocando las copas sin detenerse.

—Venía... —A Elena la voz se le cortó; carraspeó un poco—. Venía simplemente a pedirle disculpas. Siento haberme apropiado de su historia, no era mi intención que...

—Disculpas aceptadas —dijo la mujer sin dejar su labor.

A Elena le dolió mucho más escuchar aquellas palabras que todo lo que le había dicho en la puerta. Aquello no era una declaración de guerra; era algo más grave, era indiferencia. En una guerra podía batallar, contra aquel vacío solo podía rendirse.

Y eso fue lo que hizo.

Se dio la vuelta y avanzó hacia la puerta del baño. Llamó dos veces y Nelly respondió que esperara un momento. Al segundo le abrió la puerta.

—¿Ya? Ni siquiera me ha dado tiempo a hacer el pis real. El ficticio iba a durar mucho más.

—No quiere hablar, Nelly. No hay nada que hacer.

Un gesto reflejó la decepción en la cara de Nelly.

—¿Segura?

—Segura.

Nelly se acercó y abrazó a su amiga.

—No te preocupes. Como diría cualquier punki de mi barrio, haz pis en esta maldita ciudad y volvamos a Berlín.

Elena tenía ganas de llorar, pero no quería hacerlo delante de Nelly, así que se separó de ella y pasó al cuarto de baño.

Ni siquiera tenía ganas de hacer pis, solo quería soltarlo todo, pero no podía. Estaba congestionada de sentimientos, no le salían. Sola en mitad de aquel cuarto de baño austero, esperaba a que le brotaran las lágrimas.

Entonces oyó un ruido. Provenía de la cocina.

No se podía creer lo que estaba escuchando.

Eran risas.

Una era de Nelly, sin duda, pero la otra... No podía ser de Rosie, así que entreabrió la puerta para escuchar mejor. Y fue entonces cuando lo confirmó. Se estaban riendo. Las dos.

Una especie de calor comenzó a subirle por el pecho, el corazón se le aceleró y la cabeza no paraba de darle vueltas. Al principio pensó que era ira, que el temperamento español que tan bien se había guardado durante su estancia en Berlín empezaba a salir de su escondite. Escuchar a Rosie, tranquila y relajada junto a su amiga, le estaba poniendo de los nervios. Era ella quien la había buscado por todas partes, quien iba a escribir su historia, quien debería estar riendo con aquella mujer. Entonces cayó en la cuenta. Se sentó en la taza del váter y en su cabeza surgió una idea; no era ira lo que sentía, era envidia. Envidia de... Nelly.

Mientras Nelly hablaba de su furgoneta y Rosie le hacía

preguntas sobre ella, sus celos aumentaban. No podía soportarlo, así que se levantó y se miró en el espejo. La imagen que le devolvió no era la que ella esperaba. Ya no tenía la cara triste y compungida, al borde de las lágrimas. Vio su rostro sereno, como cualquier mañana al levantarse, como si no estuviera en casa de Rosie y su amiga no le acabara de clavar un puñal por la espalda.

Entonces unas palabras resonaron en su cabeza.

«Sentarse y mirar».

Ella no estaba dentro de la historia, por eso no había tristeza en su reflejo. Como cuando era pequeña, permanecía escondida, en un lugar seguro, espiando a los niños que jugaban. Durante todo este tiempo, durante toda la investigación acerca de las Mauermädchen, había estado escondida. Quería saber y preguntaba, como un detective de una vieja novela negra, pero nunca se había implicado. Nunca le había hablado de su furgoneta a ninguna de las personas con las que se había cruzado en aquel año, aunque no tuviera una. Nunca les había contado que el primer chico que la besó se llamaba Raúl, ni que tenía que tomar las galletas de dos en dos para que nunca quedase una sola en el paquete o que el primer día de universidad también fue el primer día que tomó café. Eran datos inofensivos, sin importancia, pero eran los suyos. Y no se los había mostrado a nadie, ni tan siquiera a Nelly. Porque no había pertenecido a esa historia, había estado fuera todo el tiempo, había estado sentada y mirando.

Pero eso se iba a acabar.

Salió del cuarto de baño con una decisión que no había tenido en meses. Se fue directamente a la cocina, donde Rosie y Nelly charlaban de pie. Elena habló muy rápido, interrumpiendo su conversación.

—El primer chico al que besé se llamaba Raúl.

Las dos mujeres la miraron atónitas. Rosie enseguida volvió

los ojos hacia Nelly, como reclamándole una explicación, pero Nelly seguía petrificada.

—¿Estás bien, Elena?

—Sí, solo quería que supierais que el primer chico al que besé se llamaba Raúl.

Nelly comprendió que algo no iba bien, así que tuvo que excusar a su amiga ante aquella señora mayor que se había quedado estupefacta.

—Discúlpela, está muy cansada. Lleva muchos viajes seguidos. —Miró a Elena—. Será mejor que te sientes y te relajes un poco.

Elena clavó los ojos en Nelly, pero antes de que pudiera contestarle, la voz de Rosie resonó en la habitación.

—A lo mejor te vendría bien un café. ¿Quieres que te prepare uno?

Aquella propuesta sonó como música en los oídos de Elena. Era la primera vez que Rosie se dirigía a ella con dulzura. Elena se lo agradeció y se sentó a esperar su café mientras Nelly la miraba, confusa.

—¿Tú quieres uno? Perdona, he olvidado cómo te llamabas —preguntó Rosie sacando una fornida cafetera italiana.

—Me llamo Nelly, con dos eles y una y griega al final.

—«Mariposa, ¡a todos los seres buenas noches! Las importancias de la vida y la muerte se hunden con tus alas sobre la rosa abajo que se marchita con el arco de luz que madura hacia casa. Qué bello más allá está pintado en tu polvo. Qué signo real en el secreto del aire» —recitó Rosie a la vez que llenaba el depósito de la cafetera.

Ahora era Elena la que no comprendía la sonrisa de Nelly.

—Es de Nelly Sachs, ¿verdad?

—Efectivamente. Hay días que no recuerdo ni cómo me llamo, pero mi cabeza aún tiene guardados en algún lugar los poemas que aprendí en el colegio —dijo Rosie con una sonrisa

en los labios. Encendió el fuego de la cocina y colocó la cafetera encima—. ¿Te llamaron así por ella?

—Por Sachs... no. Creo que nunca vi a mi madre leer un libro de poesía. Creo que simplemente le gustaba el nombre.

—Es un bonito nombre, no conozco mucha gente que se llame así.

—¿Y usted? —dijo Nelly—. ¿Por qué se llama Rosie?

La pregunta sorprendió a Elena. Le parecía demasiado personal, aunque Nelly la había realizado con una naturalidad pasmosa.

—Hacía mucho que nadie me llamaba Rosie. Mucho tiempo... —La anciana sacó tres tazas y le dio una a cada chica —. Mi nombre es Rosemarie. Todo junto. Me molesta mucho cuando lo separaban en dos nombres. Rose y Marie. Porque esa no soy yo. — Rosie aprovechó la pausa para sentarse en su silla —. Me llamo así por una amiga de mi madre. Nunca la llegué a conocer. Murió cuando mi madre estaba embarazada. Quiso homenajearla de esa manera. No sé si lo consiguió.

El borboteo de la cafetera advirtió a Elena como si de una señal de alarma se tratase. Estaba pasando otra vez: el juego había comenzado y ella se había quedado fuera, así que no dudó ni un momento en entrar en la conversación mientras Rosie se levantaba a retirar la cafetera del fuego.

—Yo me llamo Elena por una frase equivocada en el momento oportuno. —Su llamada de atención tuvo el efecto que esperaba, y las dos mujeres la miraron intrigadas—. Mi padre decía siempre que los nombres no se deciden, son los nombres los que te eligen. Yo me iba a llamar Celia, como mi abuela, pero a mi madre no le gustaba. No es que tuviera nada contra mi abuela, simplemente no le gustaba el nombre. Mi padre tampoco es que estuviera muy de acuerdo, pero no quería decepcionar a su madre, a la que adoraba. Total, que el día del bautizo, el cura se me acercó a la cabeza y comenzó a

derramarme el agua por el pelo. Entonó la oración típica del momento «Yo te bendigo con el nombre de...», pero, de pronto, se quedó callado. Se le acabó el agua y siguió en silencio. Así que cogió más agua de la pila y volvió a echarla, sin decir nada. Resultaba que se le había olvidado el nombre. Mis padres estaban muy extrañados porque no sabían qué pasaba. Entonces el cura, en vez de preguntarles el nombre, decidió ponerse creativo y dijo: «Yo te bendigo con el nombre de Elena».

—¡No! —gritó Nelly.

—Sí, mi nombre fue un error.

—¿Y tu abuela? ¿No dijo nada? —Era Rosie la que preguntaba, lo cual hizo inmensamente feliz a Elena. Lo hacía mientras vertía el café en las tazas. Por fin estaba conversando, conversando de verdad con Rosie.

—No lo sé, supongo que, en España, lo que dice un cura... es ley.

—¿Nunca se lo has preguntado? —dijo Nelly.

—No. Mi abuela murió joven, apenas la conocí.

Entonces, ante la sorpresa de Elena, Rosie hizo otra pregunta. Por fin había entrado en el juego.

—¿Joven? ¿Qué significa joven para ti? ¿Cuántos años tenía?

Elena dudó.

—No lo sé exactamente, cincuenta o sesenta.

—Sí que era joven —dijo Rosie volviéndose a sentar.

—¿Y de qué murió? —preguntó Nelly como si estuviese preguntando la hora.

¿De qué murió? Elena intentó buscar en su mente, pero estaba absolutamente bloqueada.

—No lo sé —farfulló.

No lo sabía. Su abuela, la que siempre se sentaba en el banco con ella, la que le cogía la mano, la que casi le da su nombre, la única que entendía por qué le gustaba mirar. Y no sabía de

qué había muerto.

Revolvió y revolvió en su memoria, pero no encontró ninguna pista, ningún recuerdo. Simplemente, un día desapareció. Ya no estaba. De repente, a Elena le pareció que regresaba a los cuatro años, tenía miedo y necesitaba una mano a la que agarrarse.

Nelly y Rosie seguían hablando, pero Elena ya no estaba con ellas. Se había ido. Rosie las había invitado a entrar en su salón, una habitación llena de cuadros con paisajes y recuerdos de viajes pasados. Elena se había sentado como una autómata junto a Nelly en un sofá con tapicería de flores, pero no podía seguir la conversación, porque estaba a miles de kilómetros de distancia, sentada en un banco de madera, mirando a unos niños jugar.

—Si hubiera sabido que tenía visita habría encargado unos buenos *Baumkuchen*, al estilo berlinés —decía la anciana.

—No se preocupe, con el café es suficiente —respondió Nelly.

Hasta que Elena regresó.

—No lo sé... No sé de qué murió mi abuela. Un día desapareció y no puedo recordar por qué. Simplemente se fue. Así es como se apaga la vida. Los recuerdos se van perdiendo a través de los años, la gente deja de recordar. Las personas acaban siendo rostros anónimos en una fotografía y nadie sabe quiénes eran. Quizá por eso estoy aquí, porque no quería que usted fuese un recuerdo en blanco y negro. Quería saber quién era usted. Quería saber cómo se reía, cómo andaba, cómo miraba. Antes, en la puerta, me ha preguntado qué hacía aquí. Esto es lo que hago. Conocerla, hablar con usted de nombres, tomar un café. En unos minutos me marcharé sin saber qué pasó aquella tarde de 1961, pero con la certeza de que he estado ante una persona extraordinaria.

Nelly se quedó de piedra. Nunca había visto a Elena hablar

así, con ese aplomo. Sin embargo, Rosie actuó como si fuera lo más normal del mundo. Continuó bebiendo su taza de café.

—Yo no soy una persona excepcional.

—Sí, sí lo es —respondió con firmeza Elena—. Lo es usted y lo es Kriemhild. Ambas son personas excepcionales.

—Solo hicimos lo que teníamos que hacer.

—Quizá eso es lo excepcional. Quizá eso es lo interesante de la fotografía, dos personas haciendo lo que tenían que hacer. Mientras el mundo se volvía loco, mientras la gente se empeñaba en hacer lo contrario a lo que dictaba la lógica, ustedes dos mantuvieron la cordura e hicieron lo que tenían que hacer.

—¿Fugarse?

—No. Darle la mano a una amiga.

La respuesta impresionó a Rosie, tanto que no pudo contestar. Simplemente se levantó, recogió su taza y se dirigió a la cocina.

Nelly seguía atónita mirando a Elena. Esta le devolvió la mirada.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Ahora ya nos podemos ir.

—Ya lo veo —dijo Nelly, saliendo de su asombro.

Las dos chicas se levantaron dispuestas a marcharse, pero en ese momento la voz de Rosie interrumpió su plan.

—¿Podéis ayudarme aquí en la cocina? Mis manos ya no son las de antes y tengo miedo de romper una taza.

Nelly fue más rápida que Elena.

—Elena la ayudará, yo tengo que ir a... arreglar una cosa de la furgoneta antes de salir.

Elena negó con la cabeza, pero Nelly insistió con un gesto y unas palabras susurradas: «Ve, ve». Elena siguió moviendo la cabeza de un lado a otro hasta que Nelly tomó la iniciativa.

—Hasta ahora, volveré en diez minutos.

Y desapareció del salón.

A Elena no le quedaba otra opción. Cogió las tazas y se dirigió a la cocina.

KIM

Pero, lamentablemente, esta historia no tiene final.
No sabemos qué pasó con Rosie después de recibir el plan de fuga.

A Elena le gustaba la porcelana de Rosie. Aquellas tazas le parecían de otro tiempo, de otro lugar, como sacadas de una película de criadas y lores británicos. Mientras las recogía de la mesa para ponerlas en el fregadero, dudó si preguntarle sobre su procedencia. Al salir del baño se había prometido no actuar como una detective, y ese interés podía parecer demasiado detectivesco. Sin embargo, Rosie la sorprendió con una pregunta personal.

—¿Qué tal la mudanza a España?

Elena comprendió que había seguido su perfil en Twitter, donde iba informando acerca de su nueva vida. Aquello le gustó, le hizo sentir que Rosie le estaba tendiendo una mano.

—Complicada —respondió Elena—. Es difícil ser de aquí y de allí. Cuando estaba en Berlín echaba de menos muchas cosas de España; ahora que estoy en Madrid, no dejo de pensar en Berlín.

—Berlín es una mala amante. Te lo digo por experiencia... —aseguró Rosie tomando las tazas y comenzando a lavarlas—. Cuando te alejas, siempre piensas no hay lugar mejor que Berlín, pero cuando estás allí... nunca te lo pone fácil. Una mala amante.

Elena notó un tono de tristeza en aquella frase, pero no quiso incidir.

—Usted, ¿qué echa de menos de Berlín? —La pregunta le salió casi automáticamente; hasta que no la hubo formulado no se dio cuenta de que había vuelto a ponerse el sombrero de detective.

Rosie paró de fregar las tazas. Por un momento, Elena pensó

que había metido la pata, pero Rosie solo estaba haciendo memoria.

—Las calles vacías. Recuerdo caminar por las grandes avenidas como si las hubieran construido solo para nosotras. —Ese «nosotras» le sonó especial a Elena, aun así lo dejó pasar. No quería interrumpir el discurso de Rosie—. Echo de menos los helados de Wannsee. Las noches de nevada en la puerta de Brandemburgo; en ningún sitio del mundo cae la nieve como allí. Echo de menos el tintineo del tranvía en las noches de verano. Echo de menos los detalles que a nadie le importan.

Aquella confesión fue mucho más de lo que Elena esperaba; se le clavó en el corazón, con la sensación de que por fin había conseguido conectar con ella.

—Yo echo de menos las farolas. —Rosie la miró esperando una explicación—. En Madrid, la calle siempre está iluminada, en Berlín no. En Berlín puedes caminar unos metros a oscuras hasta la siguiente farola. Así la calle te da un respiro.

Rosie colocó las tazas limpias en un escurreplatos, junto al fregadero, mientras afirmaba con la cabeza, dando a entender que comprendía lo que quería transmitir Elena.

—¿Puedo decirte algo con sinceridad? —preguntó Rosie, sin dar tiempo a Elena a responder—. Pensaba que eras idiota.

Aunque las palabras sonaron fuertes, a Elena no la pillaron por sorpresa.

—Todo ese rollo de las redes sociales. Poner las fotos para que las vea todo el mundo, contar qué has comido. Eso solo lo hace un idiota.

—Bueno, en las redes sociales hay de todo. También gente que hace cosas interesantes.

Rosie suspiró profundamente, como tomando aire para acometer una tarea desagradable.

—Vale, pero ¿por qué mentiste sobre nosotras?

La pregunta sí que desconcertó a Elena. Se quedó estupefacta

y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Mentir? ¿Yo he mentido?

Rosie volvió a suspirar.

—Puedo entender que te inventaras lo del papel. Los escritores siempre le dais un toque más... épico al asunto.

—¡Me lo contó ella! Kriemhild me lo explicó.

—No lo creo.

Entonces, Elena recordó las palabras de Kriemhild hacía unos meses: el plan de fuga. El plan para saltar el Muro. Ella nunca había dicho nada de un papel. Aquella imagen se había colado en su imaginación. Si aquel papel no existía, realmente entendía el enfado de Rosie.

—Pero eso me da igual —continuó Rosie—. ¿Sabes lo que realmente me molestó?

—¿El qué? —preguntó Elena, ansiosa.

—Que escribieras que fue una despedida triste.

Elena no esperaba aquella respuesta. La dejó sin habla.

—Es uno de los recuerdos más bonitos de mi vida. Uno de esos momentos únicos... —Rosie estaba a punto de quebrarse —, y no, no fue triste.

A Elena la acució la necesidad de defenderse.

—En la foto sus caras son de tristeza.

Rosie abrió la boca para contestarle, pero se calló. Elena estaba confusa. Hubo unos segundos de silencio; la anciana estaba pensando. Por fin Rosie comenzó a hablar.

—Si te enseño una cosa, ¿me prometes que no escribirás nada?

Elena no dudó.

—Se lo prometo.

La mujer salió disparada de vuelta hacia el salón. Elena la siguió como el prisionero sigue a un policía. Rosie se acercó a una estantería donde había muchos libros y algunos viejos VHS. Tomó uno de los primeros vídeos y lo introdujo en el

reproductor.

La televisión se encendió y en la pantalla aparecieron unas imágenes en blanco y negro.

Dos chicas separadas por un muro. Kriemhild estaba de espaldas, apenas se le veían la coleta y el abrigo oscuro. Al otro lado, Rosie, con su pelo corto y su chaqueta de lana. El plano era más escorado que el de la foto, tanto que el soldado ni salía.

De pronto, Rosie pulsó un botón del reproductor y las imágenes cobraron vida. Aquellas chicas de catorce años estaban en movimiento. La foto estática que había perseguido durante tanto tiempo ahora cobraba vida.

Pero eso no fue lo que más le sorprendió a Elena. Lo que más la conmovió fue que...

Estaban riendo.

Reían como dos amigas que se acababan de encontrar. Como dos amigas hablando de los últimos cotilleos del colegio. Como dos amigas que se echaban de menos. Reían, tan solo como dos amigas.

Los ojos de Elena se fueron humedeciendo mientras veía a las dos jóvenes reír.

Justo en ese momento, Nelly se asomó por la puerta y miró a Elena, extrañada. Elena se limitó a decir:

—Yo tenía razón. No era una historia triste, nunca lo fue.

Nelly observó las imágenes de la pantalla. Las dos chicas seguían riendo por encima del Muro. Ella sonrió también. Elena la miró y se emocionó al pensar lo bonito que era compartir aquel momento con su amiga. No pudo evitarlo y la tomó de la mano.

Rosie rompió el silencio.

—Me lo trajo el fotógrafo.

—¿Siegmann?

—Sí. Aquel día estaba con un reportero de la televisión. El

vídeo nunca llegó a emitirse, pero, años después, vino y me lo regaló. Qué jóvenes éramos.

Elena separó su mano de la de Nelly para secarse las lágrimas de los ojos e hizo la primera pregunta que se le pasó por la cabeza. No era la más obvia, pero fue la que le salió de dentro.

—¿Lo ha visto Kriemhild?

Rosie detuvo el vídeo, y la habitación pareció perder la luz. Como si aquel nombre fuera un tabú, al oírlo Rosie había cambiado su gesto.

—No lo sé.

La conexión se había roto, Elena lo notó. Había vuelto a ponerse la placa de detective y había asustado a su testigo. O quizá la presencia del nombre de Kriemhild había desatado una reacción de defensa. El caso es que Rosie ya no quería hablar con ella y la siguiente frase lo dejó claro.

—Será mejor que os marchéis. Berlín está muy lejos.

Elena entendió el trasfondo de la última frase: Rosie no quería recordar, y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Nelly, en cambio, insistió.

—Perdone, ¿le importa si nos quedamos unos momentos para...?

—No —la interrumpió Elena—. No hace falta, Nelly. Vámonos.

Nelly la miró desconcertada. Elena enfiló hacia la salida. Rosie las acompañaba.

Elena abrió la puerta de la casa y esperó a que llegara Rosie para despedirse.

—Ha sido un placer conocerla. Le prometo que no escribiré nada de lo que ha pasado aquí. Gracias por dejarnos entrar en su casa.

Rosie hizo un gesto con la boca que Elena no supo descifrar, quizá era una forma de decirle adiós.

Nelly se acercó a Rosie y, saltándose cualquier protocolo, le

tomó la mano.

—En cuanto vuelva a Berlín, la espero para llevarla a probar el mejor *Baumkuchen* de la ciudad.

Rosie sonrió y le apretó la mano con fuerza.

Las dos chicas salieron de la casa cabizbajas. Elena iba delante y se dirigía con paso decidido a la furgoneta. Rosie las miraba marcharse desde el quicio de la puerta.

Elena entró en la furgoneta y bajó la ventanilla para despedirse con la mano. Tenía una sensación extraña: por un lado, su cerebro no dejaba de recordarle que no había conseguido las respuestas que había ido a buscar, pero su cuerpo se sentía relajado, como si hubiera dejado un peso en aquella casa.

Nelly, sin embargo, caminaba con una sonrisa pícara, como la de una niña a punto de hacer una travesura. Entonces, cuando estaba a punto de entrar en el coche, miró a Rosie y le gritó cinco palabras.

Cinco palabras que lo cambiaron todo.

Solo cinco palabras.

—*Die Welt ist schön, Milord*.

Rosie, desde la lejanía, fue a hacerle un saludo con la mano, pero, a mitad de camino, su brazo se detuvo.

La mujer comenzó a caminar en zapatillas de andar por casa hacia la furgoneta como poseída. Balbuceaba algo que las dos chicas no conseguían entender desde la furgoneta. Nelly se le acercó y Rosie la tomó con fuerza del brazo.

—¿Puedes repetirlo?

—*Die Welt ist schön, Milord*.

Rosie bajó la cabeza. Estaba emocionada y no quería que la viesen. Elena salió de la furgoneta y se puso a su lado. La mujer estaba llorando. Sin que hiciera falta preguntarle, comenzó a hablar.

—Lo había olvidado... *Die Welt ist schön, Milord... Wenn du*

auch einsam bist. —Entonces Rosie miró a los ojos a Elena—. No me acordaba de la canción. No me acordaba. ¿Cuántas cosas más habré olvidado? Y, sobre todo, ¿cuántas cosas más olvidaré?

Elena la miraba y sabía que debía guardar silencio, dejar que fuera ella quien tomara la decisión.

—Elena, ¿quieres entrar en casa otra vez, por favor?

Elena pulsó el botón de grabar sin ni siquiera saber qué era lo que estaba a punto de registrarse en su móvil. Tenía a Rosie sentada frente a ella, en el mismo sofá en el que Elena le había confesado hacía unos minutos la razón por la que había ido a verla. Nelly se había quedado de pie, al otro lado de la sala, como si fuera una profesora que vigila a los niños a distancia.

La grabadora del móvil llevaba varios segundos encendida, pero no había captado ningún sonido. Elena sabía que debía ser paciente. Rosie aún seguía conmocionada por lo que acababa de ocurrir.

Por fin se rompió el silencio.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Rosie.

—Puede contarnos lo que quiera.

Nelly se estremeció de alegría al oír el «contarnos» que acababa de decir Elena, incluyéndola en la investigación.

—No recuerdo ni cuándo la conocí. Siempre estuvo ahí. Supongo que sería en clase, aunque también puede que la conociera del barrio. Vivíamos a apenas una manzana, y en aquella época los niños salíamos a la calle a jugar. Era normal conocerlos a todos por su nombre, apellido y dirección. Lo que sí recuerdo con claridad es que cuando nuestros padres dejaron de acompañarnos al colegio, Kim y yo comenzamos a ir juntas hasta la escuela.

Elena se conmovió cuando Rosie pronunció el nombre de Kim. Era la primera vez que escuchaba a Rosie hablar de la mujer a la que había conocido meses atrás y le gustó saber que ella también la llamaba con un diminutivo cariñoso.

—Precisamente era en esa esquina, la de la foto, donde

quedábamos cada día. Era una especie de ritual: salíamos de casa, con el desayuno aún en la boca, y siempre gritábamos lo mismo en cuanto nos veíamos.

—*Die Welt ist schön, Milord* —se adelantó Nelly.

—Exacto. Recuerdo que yo tenía un carnet, una especie de tarjeta de estudiante. Nuestra escuela estaba en el Oeste, así que para ir a clase debía mostrárselo a los *Vopos*, los policías que controlaban la frontera. Muchas veces le gritaba cosas a Kim para que supiera que había llegado. Aquel año estábamos locas por Dalida, así que, mientras hacía los trámites para pasar, yo le gritaba «Die Welt ist schön, Milord», y ella debía responder: «Wenn du auch einsam bist». —Rosie hizo una pausa, como si saliera por unos momentos del trance del recuerdo—. Me parece que sucedió en otra vida.

Elena intentó reconducir el relato hacia el momento que más le interesaba a ella.

—Aquel día, el del Muro, el de la fotografía, ¿también habían quedado? ¿Sabía que ella estaría allí?

—No, en absoluto. Yo no sabía nada. La vi en la calle. Simplemente, la vi y eché a correr hacia ella. Olvidé hasta nuestro saludo. Solo quería verla. Pensaba que el soldado me lo impediría, por eso fui lo más rápido que pude. Creo que incluso corrí, no me acuerdo. —De pronto, el rostro de Rosie esbozó una sonrisa—. Lo más divertido de todo es que la gente siempre piensa que fue una despedida. —Rosie se levantó y de la misma estantería donde guardaba el vídeo sacó una carpeta. La abrió y cogió la foto que tantas veces había visto Elena—. No fue una despedida, fue un reencuentro.

Elena volvió a mirar la imagen.

Los rostros.

Las manos.

El Muro.

Todo lo que le provocó tristeza cuando lo contempló por

primera vez ahora tenía otro significado. Ahora veía la ilusión de dos jóvenes, casi dos niñas, que volvían a verse.

Nelly se adelantó a intervenir antes de que Elena pudiera decir nada, pero esta no se molestó, al contrario. Le pareció una buena forma de continuar la conversación.

—¿Y el soldado? ¿Por qué no las detuvo?

Rosie volvió a sentarse en la butaca, haciendo grandes aspavientos con la mano.

—¡Qué sé yo! Era joven, lo mismo era hippy y pacifista, o simplemente le dimos pena.

—Creo que fue porque ustedes le gustaban. —Elena recordó que no le había contado nada acerca del soldado—. Lo he conocido. Es un señor que, cómo lo diría, no duda en regalarle una rosa a una mujer aunque luego tenga que discutir con un capitán.

—¿Lo has conocido? ¿Cómo?

—Llamó al museo y conversé con él en la esquina de la calle Harzer con Mengerzeile. Era... es un tipo muy peculiar. Creo que le caería bien.

—¿Y te dijo por qué lo permitió?

—Se lo pregunté, pero no me dio ninguna respuesta clara. Supongo que hay cosas que no sabemos explicarnos ni a nosotros mismos. Fue él quien me contó lo de la canción. —Rosie estaba atónita ante la revelación, pero Elena todavía estaba deseosa de conocer toda la historia—. Si quiere puedo mandarle el audio de la entrevista con todo lo que me contó.

—Me encantaría.

—¿Qué más recuerda de ese día?

Rosie se reclinó en la butaca.

—Lo cierto es que yo apenas me enteré de lo que pasó aquel día. Es Kim la que tiene la información. Qué pena que... —Rosie volvió a separarse del respaldo de la butaca—. Mi padre fue el que lo empezó todo. ¿Sabéis lo que es un motor bóxer de

seis cilindros?

Las dos chicas negaron con la cabeza.

—Pues mi vida cambió por culpa de un motor bóxer de seis cilindros y tampoco sé lo que es. Suelen ser las cosas que no conoces, las que no puedes controlar, las que te cambian la vida. Por ejemplo, Berlín. Se partieron familias enteras, barrios, incluso algunas historias de amor... Todo por algo que... que nadie podía controlar. Eso mismo le pasó a nuestra familia con el motor bóxer de seis cilindros. —Rosie hizo una pausa para tragar un poco de saliva—. Mi padre era mecánico, trabajaba en el Oeste, en un taller de coches americano. Tenía un cliente rico, uno de esos a los que les gustaba sacar a pasear su descapotable los días calurosos de verano. Aquel verano hizo un tiempo estupendo. Me acuerdo de que antes de que cerraran el Muro fuimos un par de veces a la playa de Wannsee para refrescarnos. Mi padre no, mi padre solía trabajar más en verano. En la zona oeste siempre había coches que necesitaban un arreglo. Igual que aquel motor bóxer de seis cilindros. El cliente lo llevó a última hora del sábado y le dijo a mi padre: «Si lo tienes listo mañana por la mañana, te ganarás una buena propina». Que fuera fin de semana le dio igual a mi padre; no por el dinero, sino por el rompecabezas, ¿sabes? Si empezaba a arreglar algo, no podía parar hasta encontrar la solución. No sé si me entiendes.

Elena lo entendía perfectamente. Pensó que si ella y el padre de Rosie se hubieran conocido, se habrían llevado bien.

—Así que se quedó en el taller toda la noche, apretando tuercas y llenándose las manos de grasa. Cuando acabó era de madrugada, de modo que no tenía sentido volver a casa, volver al Este, para regresar a primera hora del domingo y entregar el coche. Se echó en un viejo camastro que tenían en el taller y se durmió. Sin saber que su insignificante decisión cambiaría el rumbo de nuestras vidas. Muchas veces me pregunto qué

habría sido de nosotros si esa noche hubiera regresado a casa, o si le hubiera dicho a aquel cliente: «Lo siento, tendrá que esperar al lunes». Si algo he aprendido, después de tanto tiempo, es que las grandes decisiones de nuestra vida son las que se toman casi sin reflexionar. Lo que nos cambia para siempre... a veces es simplemente tomar un camino distinto para volver a casa.

—Entonces ¿fue él el que habló con Kriemhild?

—Creo que en un principio no. Aquello fue una solución de última hora. Mi padre había hablado con la policía del Oeste para trazar un plan de huida. Tardaron varios días en encontrar una forma de sacarnos. Por eso la foto está tomada unos días después, con el Muro a medio construir. El plan era sencillo: alguien se infiltraría en Berlín Este y le haría llegar un plano o unas instrucciones a mi madre. Después, cuando se hiciera de noche, nosotras dos pasaríamos al otro lado. No sé cuál fue el problema, el caso es que el infiltrado no apareció. No sé si le detendrían o qué. Aquellos días eran muy confusos. El caso es que la huida estaba preparada y no podían avisarnos. Así que necesitaban a alguien rápidamente. Mi padre se puso muy nervioso y se le ocurrió que podía llamar a Kim. Ella no dudó ni un momento.

De pronto, al decir esas palabras, Rosie se rompió. No lloró, no hizo ningún gesto, solo le fue imposible continuar. Como si el peso de tantos años la detuviera, como si se hubiese topado con un muro. Elena y Nelly la miraban, expectantes, pero la mujer se mantenía en silencio.

—Yo no hubiera ido —dijo Nelly de repente—. Yo no me hubiera acercado al Muro ni para mirar cómo se construía.

Elena se volvió hacia ella, sorprendida. Estaba segura de que, de haberse quedado al otro lado del Muro, habría ido a ver a una amiga. «Nelly es así», pensó. Y entonces una pregunta le cruzó la mente: ¿qué hubiera hecho ella? No tuvo tiempo de

responderse porque Rosie retomó el relato, de nuevo animada.

—Lo peor... Lo peor fueron las horas de espera. Recuerdo la maleta abierta en la cama. ¿Cómo decidir qué llevarme? Lo que cupiera dentro vendría conmigo, el resto se quedaría atrás. Para siempre. —Las últimas palabras sonaron más graves que las demás—. Mi madre corría de un lado a otro por casa. No sé qué hacía. Y yo era incapaz de meter nada en la maleta. Estaba paralizada. Al final tuvo que venir mi madre y meter lo que ella creyó oportuno. —Rosie, que había estado con la mirada perdida mientras recordaba, fijó los ojos en Elena—. En tu historia decías que fuimos valientes, que éramos dos chicas valientes. Otra mentira. Valiente lo fue Kim, yo estuve asustada todo el tiempo.

—Pero lo hizo, ¿no? Cruzó el Muro y llegó al Oeste.

—No lo hice yo, lo hizo la adrenalina. Mis piernas saltaron por el patio trasero y corrieron hasta la casa que nos habían indicado. Yo no sabía ni dónde estaba, me limitaba a seguir a mi madre como una niña perdida en mitad de la ciudad. Una ciudad que se había convertido en un laberinto. —Ahora sí, las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de Rosie. Avanzaron de forma lenta por su rostro. Rosie se las secó con la mano y ya no brotaron más, como detenidas por una orden de la mujer—. Luego llegamos a una casa; estaba todavía en el Este, pero, por absurdo que parezca, daba a una calle del Oeste. Los primeros días era así: las viviendas estaban en el Este, pero las aceras eran del Oeste. Luego tapiaron todos aquellos edificios y sacaron a las familias de sus casas. Pobre gente.

—O sea —interrumpió Nelly—, ¿solo tuvieron que salir por la puerta y... marcharse?

—Dicho así parece sencillo, pero te puedo asegurar que no lo fue. Había guardias que vigilaban la zona. Las puertas eran, por supuesto, lo que más controlado estaba. Así que tuvimos que saltar por una ventana. Lo recuerdo y se me pone la piel de

gallina. La *Grüne Minna*, la furgoneta de la policía del Oeste que nos iba a rescatar, estaba a tan solo unos metros, pero a mí me parecía que estaba lejísimos. Mi madre iba delante. Yo en lo único en que pensaba era en no perderla, si nos disparaban o si nos pasaba algo, quería estar a su lado. Corría y corría detrás de ella. Se me hizo eterno. Pero por suerte no pasó nada. Bueno, sí. —De pronto, un esbozo de sonrisa apareció en su rostro—. Entramos en la furgoneta y dentro había un guardia de Berlín Este. Por un momento pensamos que habíamos caído en una trampa, que estaba allí para detenernos. Pero no. Era un desertor. No debía ser mayor que nosotras.

Rosie se quedó mirando al vacío, como si pudiera ver el rostro de aquel joven. Sin embargo, Elena se dio cuenta de que su mirada se posaba en una foto que había tras ella. Una foto en blanco y negro. Dos niñas caminando de espaldas por una calle de Berlín. Una con el pelo corto y la otra, largo. No se distinguían sus rostros, aunque Elena pensó que la niña del pelo corto tal vez fuera Rosie. ¿Sería Kriemhild la otra?

De repente, Rosie salió de su ensimismamiento y dijo:

—Y eso es todo. Esa es la historia de mi huida.

Parecía que la energía con la que Rosie había hablado hacía tan solo unos segundos se hubiera desvanecido. Daba la impresión de que fijarse en la foto de las dos niñas la hubiera trastocado.

Entonces, Elena hizo algo que ni ella misma se esperaba. Se levantó y pulsó el botón rojo de la grabadora de su móvil. Lo que dijeran a continuación no quedaría registrado. Rosie se sorprendió del gesto, pero no de la pregunta que vino después.

—Son ustedes dos, ¿verdad? —dijo Elena mirando la foto—. Kriemhild y usted.

El rostro de Rosie volvió a relajarse.

—Sí, debíamos de tener unos once años. —Rosie se levantó y se acercó a la foto. Nelly también acudió a la llamada. Solo

Elena se quedó en su sitio—. Es curioso cómo funciona la memoria a nuestra edad. Hace selección de lo vivido, borra un montón de malos momentos y deja los recuerdos alegres. Por ejemplo, ese día —dijo refiriéndose a cuando les tomaron la foto a ella y a Kriemhild de niñas— lo recuerdo a la perfección. Y no pasó nada especial, jugamos en la calle y más tarde cenamos en casa. Puré de patatas y salchichas. ¿Cómo puedo acordarme de eso?

—Lamentablemente, uno no elige qué recordar —respondió Nelly.

—¿Sabéis qué recuerdo bien? El día que me despedí de Kim. —Al oírlo, Elena se acercó a Rosie, atraída por el titular que les acababa de dar—. No fue nada espectacular, un día normal, como el de esa foto. Quedamos en su casa y nos divertimos. Habían pasado pocos días desde la huida. Escuchamos discos en el tocadiscos de su hermano, hablamos de chicos y nos reímos. Recuerdo mucho su risa. —Rosie sonrió al decirlo—. Después nos fuimos de Berlín.

De pronto, Rosie se quebró y comenzó a llorar. Todo lo que había estado resistiendo salió en aquel momento como un torrente. Nelly, sorprendida, le pasó un brazo por el hombro e intentó sofocar su llanto. Elena no sabía qué hacer viendo a aquella mujer sollozar, pero Nelly, con un gesto de la cabeza, le indicó que se acercara a ella. Elena le hizo caso y al aproximarse, Rosie la cogió de la mano. Tenía un tacto suave a la vez que rugoso.

—Nos fuimos de Berlín y... —Rosie le apretó la mano mientras hablaba—. No volví a verla. Nunca.

Elena supo al instante lo que significaba aquel «nunca» para Rosie. Detrás de aquella palabra se encontraba una despedida, pero una más fría y más horrible que la del Muro. La despedida del tiempo. La amistad que se va olvidando en la distancia, una vieja foto guardada en un álbum. Elena lo entendió porque ella

había estado a punto de hacer lo mismo con Nelly, por suerte había dado una vuelta a su destino y había conseguido volver a tener a su amiga a su lado.

—A lo mejor pensáis que fui egoísta, pero la verdad es que solo fui una idiota. Ni siquiera sabía que estaba enferma. Me enteré cuando leí tu historia. —Rosie hizo una pausa y, con mucho esfuerzo, preguntó—: ¿Cómo está?

Elena no sabía qué responder, así que solo pudo decir la verdad.

—Mayor.

—Que no os engañe nadie. Envejecer es una mierda. A la edad a la que me despedí de Kim pensaba que las grandes cosas de la vida estaban por llegar. Creía que las cosas interesantes, las verdaderamente interesantes, me ocurrirían en la vida adulta: el amor, el trabajo, los hijos... Qué ignorante era. Nunca me he sentido más viva que en aquella época. Quién pudiera tener otra vez catorce años. Quién pudiera volverse a equivocar como lo hacía yo entonces. Daría lo que fuera por volver a ver a Kim al otro lado del Muro. No para despedirme, sino para disfrutar un día más con ella.

Elena miró a Nelly y sintió que ese día más, ese día extra del que hablaba Rosie estaba ocurriendo en aquel momento para ella. Su amiga, su número dos, sus comentarios tocapelotas, su risa en cascada estaba junto a ella y juntas podían con todo. Incluso con la tristeza de Rosie.

—Nosotras no tenemos una máquina del tiempo —dijo Elena —, pero tenemos una furgoneta.

Nelly le devolvió una sonrisa victoriosa.

ROSIE Y KIM

Por eso pido tu ayuda. Quiero reconstruir esta historia.

2020	1961
La puerta de la casa se abrió.	
	El Muro estaba al fondo.
Karin les abrió la puerta con una familiaridad inesperada.	
	Rosie se sorprendió al ver a su amiga al otro lado.
Rosie entró en la casa. Nelly la seguía.	
	Kriemhild la saludó con la mano. Estaba nerviosa.
Elena traspasó la puerta y recordó el día que había salido de allí, pensando que nunca volvería.	
	Rosie corrió hacia ella, sabía que el soldado la detendría, pero tenía que ir.
Rosie por fin la vio. Allí estaba, sentada en su silla. Igual pero distinta.	
	El soldado la miró perplejo. Rosie pasó a su lado.
Kriemhild la miraba. La acababa de reconocer	
	Kriemhild se aproximó al Muro.
Kriemhild se levantó.	
	Rosie fue hacia ella.
Rosie se acercó a Kriemhild.	

Las dos amigas entrelazaron sus manos.

Y, sin que nadie lo viera, se pasaron un mensaje.

DALIDA

Si alguien sabe algo de Rosie.
O de Kriemhild.
O sabe cualquier cosa relacionada con esta historia, por favor, que se ponga en contacto conmigo por privado.

El aeropuerto estaba abarrotado, sin embargo, a Elena le pareció que estaba vacío. La gente caminaba de aquí para allá, adelantándola con su ilusión por las vacaciones, sus negocios en el extranjero y sus planes de futuro, pero Elena sentía que no había nadie a su alrededor. Era como si en aquel pasillo solo estuviesen dos personas. Ella y su amiga Nelly. Se acercaba el adiós, y aún no sabía si estaba preparada. Nelly caminaba a su lado, arrastrando una de sus maletas, en silencio. Algo poco habitual en ella y Elena lo sabía.

Elena vio aparecer a lo lejos el cartel de la puerta treinta y siete, la del vuelo con destino a Madrid, y no pudo aguantarlo más. Se detuvo.

—No sé cómo hacerlo —le dijo a Nelly, que también se detuvo.

—¿El qué?

—Llevo toda la mañana pensándolo y no sé qué hacer ni qué decir.

—¿De qué hablas, Elena?

—De despedirme de ti. No voy a poder...

Una lágrima comenzó a caer por su mejilla. Nelly soltó la maleta y tomó la mano de Elena.

—¿Te has despedido de Doro?

—Sí.

—¿De las Mauermädchen? ¿Del museo?

—Sí.

—¿De las *Currywürste*?

La pregunta le arrancó una sonrisa a Elena.

—No, las odio.

—Vale, de las salchichas no hace falta despedirse, pero de todo lo demás has sido capaz de hacerlo. Conmigo también lo conseguirás.

—No, es diferente.

—¿Por qué?

—Porque de ti no quiero despedirme.

El comentario enterneció a la joven alemana, que, en medio del ruido y los viajeros, no pudo evitar abrazar a su amiga.

—Esta historia no va a tener un final triste. ¿Sabes por qué? —le dijo Nelly al oído—. Porque no va a tener final. Esas son las mejores historias, las que continúan. Fräulein Oñoro, no hace falta que te despidas de mí. No voy a marcharme a ningún lado.

Elena pensó en decir que era ella la que se marchaba, pero prefirió callar y disfrutar del abrazo de su amiga.

—Entonces ¿qué se dice en una no despedida?

Nelly rio y se separó unos centímetros de Elena.

—Nada. Vete sin decir nada, pero espero ver tu culo latino por aquí en poco tiempo.

—Por supuesto.

Las dos chicas se cogieron las manos por última vez y, al separarse, el recuerdo del tacto de las manos de Nelly se quedó en los dedos de Elena.

Elena echó a andar hacia la puerta treinta y siete, con la determinación de no darse la vuelta y mirar a su amiga.

Pero un grito interrumpió su camino.

—¡Ya sé lo que se dice en una no despedida! —Era Nelly, que seguía en el mismo sitio—. *Die Welt ist schön, Milord!*

Elena le sonrió desde la distancia al escuchar los versos de Dalida.

—*Wenn du auch einsam bist!*

Así era como deberían despedirse siempre dos amigas, pensaba Elena mientras avanzaba por el pasillo hacia el avión.

Con una canción y una promesa de volver a verse.

Cuando estuvo instalada en el asiento abrió su mochila con determinación, sacó el ordenador portátil y lo puso sobre la mesita frente a ella. Sin dudarlo comenzó a teclear.

> A veces los recuerdos que no tenemos duelen más que los que podemos recordar. Recuerdo agarrar su mano, sentirla cálida sobre la mía. Sin embargo no puedo recordar mucho más. Mi abuela, mi familia, mi pasado... es un misterio para mí. Comienzo este libro sin saber adónde me va a llevar. Solo sé que voy a intentar descubrir quién era mi abuela. Porque si logro entenderla a ella, quizá haya una posibilidad de que me entienda a mí.

Elena pulsó la tecla de punto con fuerza y después apoyó la cabeza en el respaldo. Por fin sentía que había empezado algo en donde se sentía segura. Un lugar en el que su abuela y ella podían estar juntas de nuevo. Al fin, había encontrado su pequeño *Heimat*. Sentada en un lugar imaginario junto a su abuela y mirando a unos niños jugar. Comprendió que ese era el poder de la escritura: la escritura era un plan de fuga. Un plan de fuga para los recuerdos perdidos, para las noches de insomnio, para los amigos que olvidamos. La escritura podía hacerle saltar cualquier muro, incluso el del tiempo.

Elena no lo sabía, pero en los siguientes meses necesitaría un plan de fuga como aquel. Comenzaba una época de despedidas diferentes, sin tocar otra mano, sin poder dar un abrazo, sin poder sentir a la otra persona.

Ajena aún a todo esto, decidió guardar el documento con la fecha de aquel día.

24 de febrero de 2020

Dedicado a todas las personas de las que nunca pudimos despedirnos.

Berlín, 2022

Y si no sabes nada de ellas, por favor, retuitea el primer tuit del hilo para que pueda verlo más gente y quizá podamos encontrar una pista sobre Rosie.

Agradecimientos

A David, por encontrarme una tarde en el río y decirme: «Yo a ti te conozco». No creo que nunca haya aprendido de otra persona tanto como de ti sobre cómo hay que vivir la vida.

A Víctor, por ser mi cómplice, mi consejero y mi vecino. Me has enseñado tantas cosas que tendría que escribir otro libro para poder ponerlas todas.

A Mateo, por demostrarme que nunca se tienen amigos como los de los doce años. Gracias por estar a mi lado todo este tiempo.

A Mónica. Da igual el muro que nos pongan por delante, nosotros lo derribaremos siempre.

A Sara, por dejarme invadir su casa siempre que he necesitado escribir una página de este libro y por cuidarme todos estos años en Berlín. Ojalá siempre estuvieras a la vuelta de la esquina.

A Mariana, por recordarme mis monstruos una noche madrileña y confiar como nadie lo ha hecho en que yo era escritor. Mariana, te debo mucho más que un agradecimiento en un libro, te debo mi nueva vida.

A Elena y a Gonzalo, por hacer la pregunta equivocada en el momento oportuno y, cómo no, por darle un nombre a mi protagonista.

A Laura, mi psicóloga, por desbloquear mi escritura y recordarme que en «literatura solo hay una forma de fracasar: no escribiendo».

A mis guionistas favoritos, Dani, Ainhoa y Rubén, por ser los primeros en leer este libro y haberme concedido la gracia de un

«doble ña».

A Clara, por confiar en mí cuando ni yo mismo lo hacía y ver esta novela antes que nadie.

A mis padres, Javier y Pilar, por apoyarme en todos y cada uno de mis planes. Ahora que soy padre, entiendo cuánto habéis hecho por mí.

A Ana madre, por echar una mano siempre que lo necesitamos, aunque estemos a miles de kilómetros.

A todas y cada una de las personas que alguna vez han leído en Twitter alguna de mis historias. Sin vosotros jamás hubiera podido escribir este hilo..., quiero decir, este libro.

A Berlín, *Die Welt ist schön, Milord... Auf Wiedersehen*.

El Muro de Berlín se construyó para separar.
Pero ningún muro puede dividir una buena amistad.

Dos jóvenes se cogen de la mano frente al Muro de Berlín, aún a medio construir. Una se queda en el Este, la otra en el Oeste. Es 23 de agosto de 1961 y el Muro apenas lleva diez días en pie, pero ya separa el barrio de Rosemarie del de Kriemhild, que no saben cuándo volverán a verse.

Elena acaba de mudarse de Madrid a Berlín cuando descubre, en el pequeño museo donde trabaja, una fotografía que le llama la atención y la curiosidad la empuja a indagar sobre la verdadera historia de ese instante y sus protagonistas. ¿Qué esconden realmente? ¿Conseguirían reencontrarse? ¿Se trata de la captura de una auténtica despedida?

Basada en la historia real y en la fotografía de las Mauermädchen, esta emocionante novela nos habla de las cicatrices de una ciudad dividida, del dolor que produce el recuerdo y el vacío que deja el olvido, así como de las amistades que nos salvan y sobreviven a la distancia que pretenden imponer los muros.

Jorge Corrales es licenciado en Filología hispánica y diplomado en Guion y escritura cinematográfica por la ECAM.

Ha residido durante años en Berlín y actualmente cuenta con más de 90.000 seguidores en Twitter, donde sus hilos sobre Historia y curiosidades de la capital alemana se han vuelto virales.

De uno de ellos nace su primera novela, *Las chicas del muro*, donde entrelaza dos tiempos a través de una conmovedora historia de amistad.

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Jorge Corrales
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Thomas Grenz (Archivos del Estado de Berlín, F Pre. 290 Nº 0076482),
por la fotografía de portada e interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7355-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las chicas del muro

Berlín oeste

Elena

Nelly

Viktoria

Ingrid

Dorothea

Brigitte

Gurdrun

Kriemhild

Karin

El muro

Berlín este

Elena

Mister M.

Anna

Rosemarie

Marlene

Rosie

Kim

Rosie y Kim

Dalida

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jorge Corrales

Créditos